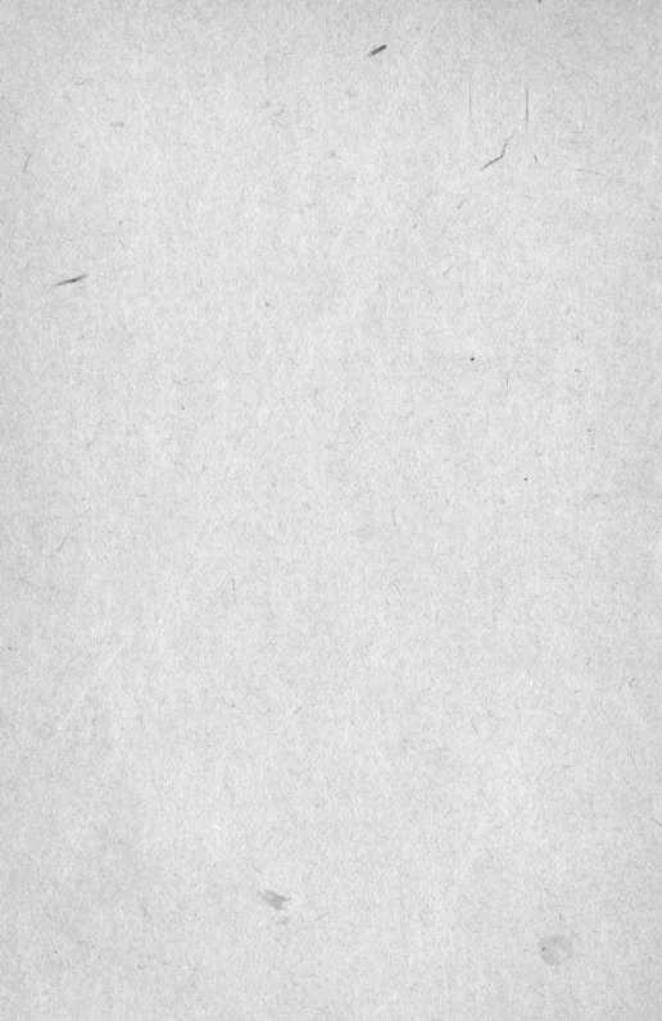




LE 12 OCTOBRE

LA MORT DE JESUS



EL MES DE OCTUBRE

consagrado á la gloriosa Virgen

SANTA TERESA DE JESÚS

COMPATRONA DE ESPAÑA



Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

EL MES DE OCTUBRE

CONSAGRADO Á LA

SERÁFICA VIRGEN Y MÍSTICA DOCTORA

SANTA TERESA DE JESÚS

Ó SEA

DEVOTO EJERCICIO

Para obsequiarla durante todos los días de dicho mes

POR

Enstaquio de Salcedo



MANILA

ESTAB. TIPOGRÁFICO DE J. MARTY,

Carriedo, 6.—Santa Cruz

1895

CENSURA ECLESIÁSTICA

Los infrascritos tienen el honor de informar, que examinado el manuscrito á que se refiere la instancia presentada por D. Eustaquio de Salcedo, vecino de esta capital, nada han hallado que desdiga del dogma católico y moral cristiana.

Manila 25 de Julio de 1883.—
FR. BERNARDINO NOZALED A.—FRAY
JUAN VILÁ.

Manila, 27 de Julio de 1883.

Por las presentes y por lo que á Nos toca, concedemos la licencia necesaria para que se pueda imprimir el manuscrito titulado: «Mes de Octubre consagrado á Santa Te-

resa de Jesús;» en atención á que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral —P. A. de S. E. I.—El Provisor Gobernador Eclesiástico, LIC. FRANCISCO PAJA.— Por mandado de S. S.—JOSÉ CONSUNJI, Vice Secretario.





VIVA JESUS Y SU TERESA

A la esclarecida Virgen Avilesa, Seráfica Madre, Reformadora del Carmelo y Mística Doctora Santa Teresa de Jesús.

Dichosísima Virgen: justo, justísimo es, que todos los corazones católicos y especialmente los de vuestros amantes devotos, se afanen en tributaros alabanzas por cuantos medios tengan á su alcance, ya que el Señor os hizo depositaria de su honra divina como verdadera Esposa suya, y porque sois antorcha refulgente que brillais en el cielo de la Católica Iglesia, como astro de primera magnitud. Yo, Santa amadísima, el último y el más indigno de vuestros devotos, no quiero dejar de unirme al concierto de alabanzas que desde todo el mundo católico

se os dirijen, pero especialmente desde esta vuestra querida patria, de la que sois honra y préz y su Compatrona y Abogada, en unión de María Inmaculada, y de aquél apóstol de Jesucristo llamado el hijo del trueno, á quien la Santísima Virgen, todavía en carne mortal, visitó y entregó su preciosa imagen y el santo Pilar en Zaragoza, de aquél que luego más tarde, acudió al socorro de los españoles en Clavijo.

A ese fin, os ofrezco este modesto trabajito, que como fruto de mi mente deja mucho que desear, pero que es fidelísima expresión del amor que, desde los primeros años de mi vida os he profesado, y débil muestra del agradecimiento de mi alma hacia Vos, por los muchos beneficios, que mediante vuestra intercesión poderosa, con Dios Nuestro Señor, me habeis otorgado.

Vos sabéis perfectamente, amorosísima Teresa, que el único móvil que me impulsó hace años á escribir esta obrita, es el mismo, en que me inspiro hoy al publicarla, esto es; el aumento de vuestro culto, el que seáis de día en día más conocida y más amada por vuestros compatriotas y más obsequiada por todos los que

se precien de ser vuestros devotos.

Dignáos aceptar benévola este librito, y bendecidlo, para que sirva de aprovechamiento á las almas á quienes lo dedico, como es mi único deseo; y en retorno de esta sencilla demostración de mi amor por Vos, como la «mujer más agradecida del mundo», que sois, pues así os llamabais, bendecidme también desde el sólio de gloria que ocupais en el cielo, á fin de que algún día pueda cantar allí con Vos eternamente, las misericordias del Señor.

Eustaquio de Salcedo.



A LOS DEVOTOS TERESIANOS



Hallándome en Cavite á principios de 1882, cuando el mundo católico se preparaba á solemnizar el tercer centenario del glorioso tránsito á los cielos, de la admirable Virgen Avilesa, Santa Teresa de Jesús, ocurrióseme la idea, que puse en práctica enseguida, de escribir estos devotos ejercicios, al objeto de que los amantes admiradores de tan gran Santa, pudiesen obsequiarla de una manera especial durante todos los días del mes de Octubre en que la Santa Iglesia celebra su fiesta principal; pues en diferentes ocasiones había oído lamentarse á muchos de ellos, de que en nuestra España se careciese de esta piadosa práctica, que tan agradable había de ser á la Mística Doctora, como provechosa á

sus numerosos devotos. Cuando, con la ayuda de Dios, los hube terminado y me disponía á publicarlos, tuve noticia de que el infatigable apóstol teresiano, (como así puede llamársele,) el digno presbítero, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, D. Enrique de Ossó, hallábase escribiendo también otra obrita análoga que se había de titular «Mes de Santa Teresa de Jesús» y que á la mayor brevedad pensaba dar á luz. Dí entonces gracias á Dios, porque persona tan competente como ilustrada tratase también por su parte, de llenar el vacío que notaban los buenos teresianos, y desde aquel momento, desistí por completo de dar á la prensa mi trabajito, que ya se hallaba aprobado por la autoridad eclesiástica de este Arzobispado de Manila, bien seguro como estaba, de que el Sr. Ossó, cuyas obras conocía y apreciaba en lo mucho que valen, podría desempeñar este cometido de modo mucho más satisfactorio y cumplido que yo pudiera hacerlo.

Han transcurrido doce años desde aquel entonces, y hoy, accediendo á las muchas y reiteradas instancias que se me han hecho, por parte de personas que me mere-

cen el mayor cariño y respeto, decidome por fin á publicarlo; y no por cierto con la intención que me guió al escribirlo, de llenar un vacío, puesto que ya está llenado de una manera magistral, sinó con la esperanza, de que vosotros, devotos de Teresa, á quienes lo dedicó, nunca podréis considerar como superfluo ó extemporáneo, nada de aquello que más ó menos directamente, pueda redundar en gloria de Dios y honor de su dilectísima sierva Santa Teresa, nuestra Seráfica Protectora, porque jamás considerareis que ha sido alabada suficientemente.

Motivos sobradamente poderosos existen, para que profesemos una especialísima devoción á la Virgen Carmelitana, máxime los que hemos nacido en el suelo español, pues que ella es gloria de nuestra patria, honor de nuestro pueblo y nuestra Compadrona y Abogada ante la Majestad divina. Sí como españoles estamos muy obligados á amarla, no lo estamos menos como católicos, porque entre las muchas razones que á este propósito se podrían aducir, tenemos; que Teresa de Jesús, era una criatura especialísima, cuya preciosa alma no

solamente fué preservada por Dios del pecado capital, sino que también del venial consentido, cual si fuera mujer sobrehumana ó ángel en carne mortal, como dijo la Sagrada Rota.

Doctora Mística de la Iglesia, sus escritos han sido siempre y lo serán en todo tiempo, antorcha luminosa que alumbra la más oscura inteligencia, y revelación pasmosa, de las inefables gracias que están vinculadas, en la íntima unión del alma con su Dios á que ella en tan alto grado fue elevada.

Fundadora de la Delcalzés Carmelitana, que tanto bien ha producido á la Iglesia, su fecundidad es admirable, pues sus hijos é hijas se multiplican de día en día y se difunden de modo maravilloso por todo el orbe, llevando en pós de sí, el suave aroma de las virtudes de su Santa Madre, que no parece sino que quiso dejárselas como en herencia, en prenda de su maternal amor.

Favorecida por Dios Nuestro Señor en grado sumo, estuvo constantemente extasiada en la contemplación de los más sublimes arcanos y totalmente endiosada, dí-gámoslo así; ya, recibiendo del celestial

Esposo á guisa de arras, en señal de místico desposorio, un clavo de su mano divina, mientras le encarga que de allí en adelante vele por su honra como verdadera esposa suya; ya, transverberado su puro corazón por el dardo de oro y fuego del Serafin, que lo abrasa más y más en las llamas del divino amor; ó ya, oyendo al mismo Jesucristo que en dulcísimo coloquio la dice: «Teresa, te amo tanto, que á no haber criado el mundo antes, por tí sola lo hubiera criado;» frases estas, como veis, verdaderamente inconcebibles en boca del Hombre-Dios, al tratarse de una humana criatura al fin, que bastan por sí mismas, para hacer la más acabada apología de esta gloriosísima Santa.

Para dar más amenidad á estos ejercicios, y con el fin de que puedan servir como de acicate, para acrecentar la devoción hácia esta gran Santa, he puesto en todos los días del «Mes», en calidad de ejemplos, algunos de los muchos hechos milagrosos atribuidos á su poderosa intercesión, según los refiere, en la «Vida» que escribió de la Santa, su ilustre confesor el Venerable Fr. Diego de Yepes, Obispo de

Tarazona, varón ejemplarísimo y capaz por tanto, de merecer todo nuestro entero crédito.

Las máximas que van intercaladas en el libro, son todas originales de la Santa, conservando la misma pureza de estilo de aquella floreciente época de nuestra literatura castellana, que fué ilustrada con los insignes escritos de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, el Beato Juan de Ávila y los Fray Luises de León y de Granada.

Pongo también al final, los Gozos y el precioso Himno que en honor de la Santa, compuso hace algunos años, el ilustrado Sacerdote á inspirado poeta, D. Juan Bautista Altés, así como tres hermosísimas poesías originales de la Santa Madre, compuestas sin duda, en alguno de aquellos raptos de divino amor en que su corazón de continuo se abrasaba.

Plegue á Dios, devotos teresianos, que este humilde librito que os ofrezco, inspirándome únicamente en el amor que profeso á la Santa de nuestro corazón, y en vuestro aprovechamiento espiritual, halle entre vosotros benévola y simpática acogida, y sirva como es mi deseo, para aumentar

la devoción y culto hacia esta gran heroína, que sí en el siglo pudo honrarse, con los nobles é ilustres apellidos de Cepeda, Dávila y Ahumada; en religión se glorió, con el dulcísimo, augustísimo y sacratísimo sobrenombre de Jesús, que es nombre sobre todo otro, el más santo que ha sido dado al mundo, ante el cual dobla la rodilla y se postra de hinojos toda criatura, en el cielo, en la tierra y en los abismos; nombre en fin, por último, como dice el Apóstol San Pedro, el único por medio del cual, podemos salvarnos.

EL AUTOR.

Manila, 15 de Octubre de 1895. Fiesta de Santa Teresa de Jesús.





ACTO DE CONTRICIÓN

MES DE OCTUBRE

CONSAGRADO Á SANTA TERESA DE JESÚS

✠ Por la señal, de la Santa Cruz, etc.

ŷ. Abrid, Señor, mis labios y mi voz pronuncie vuestra alabanza.

ñ. Señor, venid á mi socorro con presteza.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
Ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

Os rogamos, Señor, que prevengais nuestro corazón con vuestra gracia, para que todas nuestras acciones y oraciones tengan en Vos su principio, y corone su fin vuestra misericordia. Amén.

ACTO DE CONTRICIÓN

MES DE OCTUBRE

Señor mío Jesucristo, Criador y Redentor de mi alma, puesto en vuestra divina presencia y á vuestros sagrados piés, con el mayor afecto de mi corazón, arrepentido y humillado como otro pródigo y publicano, os pido con el más vivo sentimiento y dolor, perdón de todos mis pecados y maldades, y me pesa de lo íntimo del corazón de haberos ofendido. ¡Ah, Señor! ¡y cómo no se me parte el corazón, de pena, viendo que os he ofendido, siendo yo una vilísima criatura y Vos, un bien sumo, bondad infinita, hermosura inmensa, fuente de toda gracia y la misma santidad; y siendo yo polvo y nada, y Vos, Dios de Majestad infinita y Criador del universo! ¡Cómo á vista de tanta ingratitude y maldad no lloro inconsolable! ¡Cómo siento tan poco mis culpas! Más sí, Dios mío, ya las siento

de veras; ya las quiero llorar amargamente como Pedro y la Magdalena; ya me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Tened misericordia de mí, que soy alma pecadora, pero ya arrepentida; y dadme vuestra gracia para no ofenderos más en adelante. **Piedad, Señor, piedad y perdón. Amén.**

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS DEL MES

Señor nuestro Jesucristo, que satisfecho por la fidelidad con que correspondió á vuestra divina gracia, la singularísima Virgen, Santa Teresa de Jesús, os dignásteis, no solamente hermohear su alma con tantas y tan preciadas virtudes, sinó que amorosamente la otorgásteis, tan admirable cúmulo de gracias sobrenaturales, que llegásteis á convertirla en criatura más angélica que humana, en verdadera Esposa vuestra y en depositaria y celadora de vuestra misma divina honra, dándola en arras, como señal del místico desposorio que con ella contrajisteis, uno de los clavos que horadaron vuestras divinas manos en el santo árbol de la cruz; y para enardecerla aún más, en las llamas de vuestro divino amor, dispusísteis, que un ardiente Serafín traspasase su corazón con un dardo de fuego: gracias os damos, Señor, desde lo más íntimo del nuestro, por todas las gracias y privilegios que tan abundantemente derramásteis sobre esta dilectísima Esposa vuestra, á quien hemos elegido por Protectora y

Abogada en todas nuestras necesidades espirituales y temporales. Vos habeis manifestado, Señor, en diferentes ocasiones, por medio de algunos siervos vuestros, lo mucho que la amais, y cuanto os agrada que la honremos é invoquemos. Deseosos, pues, ¡oh Señor! de complaceros, acudimos durante todo este mes de Octubre á honrar y venerar á vuestra amorosísima Esposa Teresa, nuestra tierna Madre; interponiendo su poderosa mediación, para que por sus méritos, nos concedais las gracias especiales que solicitamos de vuestro generoso Corazón, la imitación de las virtudes que resplandecieron en tan gran Santa y la perseverancia final, que nos haga merecer la gracia de gozaros y alabaros con ella, eternamente en los cielos. Amén.

Ahora se rezarán tres Padre nuestros Ave Marías y Gloria Patri, en acción de gracias á Nuestro Señor, por los singulares dones que concedió, á su purísima Esposa Santa Teresa de Jesús.



ORACIÓN DIARIA PARA TERMINAR EL EJERCICIO

Insigne española y preclara Virgen Avilesa, Santa Teresa de Jesús, gloria de nuestra fe, honra de nuestra patria, mujer humildísima, caritativa, obediente, llena de celo por la gloria de Dios, portento de penitencia, Serafín abrasado en el amor de Dios, Esposa de Jesucristo y depositaria de su honra divina, verdadera y amante hija de María Santísima, devotísima del bendito Patriarca San José, cuyo culto propagasteis y extendisteis por toda España, angel en carne mortal en quien Dios tanto se complació, que á no haber criado el mundo antes, por Vos sola lo hubiese criado, Santa dichosísima, que tantos y tan singulares favores recibisteis del cielo, criatura iluminada por el Espíritu Santo, célebre literata, inspirada poetisa, sabia doctora de la Iglesia, Reformadora del Carmelo, Madre de numerosísimos hijos esparcidos por toda la redondéz de la tierra, asom-

bro de todos los siglos, y finalmente, protectora especialísima de vuestros amantes devotos: oíd, Santa amadísima nuestra, las fervientes súplicas que os dirigimos, en el trascurso de este mes, consagrado á celebrar vuestras glorias y á ensalzar vuestras virtudes. Sed siempre para nosotros, poderosísima Abogada; libradnos de las asechanzas del maligno espíritu, guiadnos por el sendero de la Ley divina, preservadnos del pecado, y sobre todo; en nuestra última hora, cuando el infierno haga el último esfuerzo para perdernos, salvadnos Vos, gloriosa Virgen, de la diabólica astucia, y conducid nuestras almas hacia aquella vida de arriba, que es la vida verdadera. Amén,



DÍA PRIMERO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De cuán necesaria es la oración

PUNTO PRIMERO.—Compuesto el hombre de dos sustancias, cuales son, espíritu y materia, há de necesitar indefectiblemente de dos diversas clases de alimentos, el corporal, que tomamos para conservar nuestra vida, y el espiritual, que es la oración, para conservar la vida de nuestra alma que es la gracia divina. Si descuidásemos el primero, nos sobrevendría una enfermedad y después la muerte del cuerpo; pero si nos abandonásemos en el segundo, nuestra fé, iría languideciendo poco á poco, hasta contraer la enfermedad de la indiferencia y por último, la muerte eterna del alma. Ya vemos, que si importante es un alimento, mucho más lo es el otro, puesto que la falta del espiritual tiene muchas más fu-

nestas consecuencias que la falta del corporal. ¡Qué cuidado tan grande, pues, tenemos que tener de alimentar nuestro espíritu de la oración! y no me refiero aquí á la oración vocal, que buena es también, sinó á la oración mental, ó meditación, que es la más eficaz para nuestras almas, según declaran todos los Santos Padres de la Iglesia. Sin la oración, el alma se vé privada de la luz. Quien tiene los ojos cerrados, dice San Agustín, no puede ver el camino que conduce á la patria. Las verdades eternas son cosa del todo espirituales que no se ven con los ojos del cuerpo, sino tan solo con los del espíritu, esto es, pensando y reflexionando.

Las personas que no hacen oración mental no ven estas verdades, por esto no tienen idea alguna de la importancia de la salvación, ni de los medios necesarios para conseguirla.

El Señor, nos asegura, que el que contempla las verdades de la fe, la muerte, juicio, eternidad dichosa ó infeliz que nos aguarda, jamás pecará. «Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás.» San Buenaventura decía, que la oración mental era

como un espejo que nos muestra todas las manchas de nuestras almas, y finalmente, nuestra amada Santa Teresa, escribía al Obispo de Osma lo que sigue: «Aún cuando nos parezca que no hay en nosotros imperfección alguna, descubrimos un gran número, desde que Dios nos abre los ojos del alma, como suele hacerlo en la oración »

PUNTO SEGUNDO.—Como quiera que nosotros, pobres y miserabilísimos pecadores, nada podemos sin la gracia divina, necesitamos recurrir á la oración, para alcanzarla y conservarla en nuestras almas, pues sino la pedimos, no la hemos de obtener, porque Dios tiene dispuesto, que le pidamos lo que necesitemos, tanto para la vida del alma como para la del cuerpo.

«Pedid y recibireis, llamad y se os abrirá» nos dice en su Santo Evangelio. «Cuanto pidieris al Padre celestial en mi nombre, se os concederá,» con lo que se vé claramente, que aún para adquirir la divina gracia, que es la que nos pone en condiciones de que Dios nos oiga, hay que empezar por pedirla. Aunque no estemos en su gracia, pidiendo y rogando, el Señor

nos la ha de conceder, poniendo también en práctica el medio que tiene en su Iglesia á ese fin, que es, el Sacramento de la Penitencia.

San Pedro de Alcántara, gran maestro de oración y confesor de nuestra Santa, dice: «que aunque la oración por sí, no es más que una virtud sola, nos habilita y mueve á todas las otras virtudes y que es, como un estímulo general para todas ellas,» lo que se comprende muy bien, pues para pedir á Dios las otras, necesitamos hacerlo por medio de la oración. El gran Doctor de la Iglesia San Agustín, consigna en sus obras el siguiente principio: «Nadie puede venir al camino de la salvación si Dios no le llama; nadie puede obrarla aún llamado, si Dios no le ayuda; nadie puede merecer esta ayuda ó auxilio, sino lo pide por la oración» luego es innegable, que la oración, es como la llave de toda la vida espiritual y el único medio de conseguir las virtudes.

PUNTO TERCERO.—San Alfonso María de Liguorio, ilustre Doctor de la Iglesia, dice: «que sin la oración, el alma no tiene la fortaleza necesaria para resistir á los ata-

ques de los enemigos de la salvación y practicar las virtudes cristianas »

No teniendo oración no es posible salvarse; así lo demuestra San Buenaventura, por estas palabras: «Si quieres alcanzar fortaleza y virtud para vencer las tentaciones del enemigo, si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, y si quieres finalmente, desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, sé hombre de oración, porque en ella se recibe la unión y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas.» Santa Teresa, también asegura esto mismo, diciendo: «que el alma que descuida la oración mental, no tiene necesidad de demonios que la lleve á los infiernos, pues que ella misma se arroja en él.»

Dichosos los que se afianzan á este escudo de la oración, pues ella vence las tentaciones, lava los pecados, enardece la caridad, certifica la fe, fortalece la esperanza, alegra el espíritu, purifica el corazón y lo enciende en el fuego del amor de

Dios. Tan grandes y tantas son, las excelencias que trae consigo la oración, que Santa Teresa afirma; «que alma que tenga con perseverancia oración, está salvada.» Oremos pues continuamente, si queremos asegurar lo que más nos importa, que es nuestra salvación eterna.

OBSEQUIO.—Recibir los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, ó al menos hacer intención de recibirlos lo más pronto que sea posible.

JACULATORIA

Santa Teresa de Jesús, alcanzadnos la divina gracia por medio de la oración.

EJEMPLO

Estando el Conde de Lemos muy enfermo é inspirando mucho peligro, la Condesa, su mujer, que tenía un poco de carne de la Santa, púsola al Conde y al punto mejoró y se puso completamente bueno. Como había experimentado la Condesa este efecto en dicha reliquia, estando en gravísimo peligro D. Gaspar Cortés hijo del Marqués del Valle, aconsejó pusiesen al enfermo la santa reliquia, lo cual se hizo y sanó también. Lo mismo sucedió con un hijo del Conde de Salinas, al cual por me-

dio de la misma señora, se le aplicó la reliquia que le valió mucho más que otras medicinas, pues recobró la salud. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Cada vez que comulgares pide á Dios algún dón por la gran misericordia con que ha venido á tu pobre alma.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Tèresa de Jesús; por la divina gracia que siempre tuvisteis con Vos y por medio de la cual pudisteis seguir el camino de perfección; os suplico, Santa mía, pidais á Dios me la conceda, á fin de que pueda yo entrar también por ese mismo camino, que es el que conduce al cielo. Amén.



DÍA SEGUNDO

LECTURA PARA ESTE DÍA

Del modo que se debe orar

PUNTO PRIMERO.— Observa S. Agustín, que para obtener las gracias que necesitamos, no basta rogar con la boca, sino que hay que hacerlo con el corazón.

Este Santo Doctor á propósito de las palabras de David: «Clamé al Señor con mi voz,» hace observar, que muchas personas, claman, no con la voz interior del alma, sinó tan solo con la voz del cuerpo. «Clamad con vuestros pensamientos, con vuestro corazón, añade, que entonces Dios escucha;» lo cual está conforme, dice, San Alfonso Ligorio, con el lenguaje del Apostol. Las oraciones vocales se rezan frecuentemente con distracciones, con la voz corporal y no con la del corazón, especialmente cuando son muchos, y sobre todo, cuando las

rezan personas que no hacen oración mental; así es, continúa el mismo Santo, que Dios las escucha poco y rara vez las atiende. Vemos á muchos rezar el rosario, el oficio de la Virgen y otras prácticas exteriores y no obstante viven en pecado, más cuando uno se dá á la oración mental con constancia, es imposible continuar en pecado; ó se dejará la oración ó el pecado. Un gran siervo de Dios decía: «Oración mental y pecado, no pueden andar juntos.» «Prueba en efecto la experiencia, dice el mismo San Alfonso, que, los que se consagran á la oración, difícilmente caen en desgracia de Dios; y si por desdicha sucumben, con tal que no dejen la oración, pronto vuelven en sí y á Dios.» Por relajada que esté un alma, si persevera en la oración, dice Santa Teresa, el Señor acabará por conducirla á puerto de salvación.

PUNTO SEGUNDO.—La oración mental, es el medio que tenemos para comunicarnos con Dios, y es también el medio que el Señor emplea para comunicarse con sus criaturas, pues en la oración es donde nos habla y nos dá sus inspiraciones. Santa Teresa dice, que muchos se quejan de que

van á la oración y no hallan á Dios en ella; y añade, que es, porque van con el corazón lleno de las cosas de la tierra. Despegad vuestro corazón de todo, sigue diciendo, y buscad á Dios y le hallareis.

Antes de entregarnos á la oración, debemos recojer el espíritu y despegarlo de todo lo terreno, para que así pueda mejor elevarse á la contemplación de las cosas celestiales, y podamos oír más claramente, las inspiraciones que el Señor se digne comunicarnos. Será también muy conveniente, que elijamos un lugar lo más posible retirado, á fin de que estemos más abstraídos de las cosas del mundo y nos molesten menos las distracciones.

El mismo Señor, por medio del Profeta Oseas, así nos lo aconseja: «Tomaré el alma del justo, llevarla hé á la soledad y allí le hablaré al corazón» lo que demuestra, que para oír la voz de Dios, es preciso, que nuestro corazón esté, mientras oramos, libre de los afectos terrenos, y nuestro pensamiento, puesto únicamente en Dios á quien queremos oír. Para hablar á Dios, nota San Gregorio, no basta la soledad del cuerpo, es necesario además la del co-

razón. Dijo el Señor un día á Santa Teresa; «muchas almas hay á quienes de buena gana hablaría; más el mundo hace tanto ruido en su corazón, que mi voz no puede hacerse oír.»

San Alfonso, dice, que desde el momento en que un alma, desprendida de todo lo terreno, se pone en oración, Dios se le comunica y le hace conocer el amor que le tiene.

PUNTO TERCERO.—Es también la oración mental, el acueducto ó canal, según espresión de un piadoso escritor, por donde se reciben todas las gracias que Dios quiere otorgar al alma; donde se conocen nuestras imperfecciones y las virtudes que nos faltan y donde se adquiere las fuerzas necesarias para luchar con nuestros espirituales enemigos. Debemos, pues, aprovechar el tiempo que dediquemos á la oración, en examinar el estado de nuestra conciencia y pedir á Dios sus luces, para que nos la haga ver tal cual ella es; y una vez que nos hallamos penetrado bien de su estado, manifestar al Señor nuestras necesidades, y con la mayor humildad, pedirle que nos dé su gracia, (sin la cual nada podemos,)

para combatir nuestras pasiones, especialmente aquella que más nos domine y sobre la que hemos de librar los primeros combates, para seguir después con las demás, hasta conseguir, con la ayuda de Dios, desarraigarlas todas y adquirir en cambio, las virtudes contrarias á ellas. De este modo, con el favor divino, poco á poco iremos haciendo progresos en el camino de la perfección, al cual somos llamados todos.

Es necesario tener muy presente, que la oración, para que sea provechosa al alma y que merezca ser atendida de Dios, há de ser humilde, confiada y perseverante; humilde, porque debemos ir á ella, pensando en lo que somos, polvo y ceniza, pecadores miserables, que vamos á ser admitidos en audiencia ante un Señor de majestad tan inmensa, quo no se desdeña en comunicarse con nosotros á pesar de nuestra bajeza y miseria; confiada, porque debemos tener la convicción de que, lo que pedimos, si no es cosa que se opone á nuestra salvación y por el contrario la facilita, nos lo ha de conceder más ó menos pronto; y no porque lo merezcamos, sino puramente como dón de su infinita bondad; y últimamente,

perseverante, porque debemos orar continuamente y no cansarnos de pedir, aunque veamos que tarda en concedérsenos la gracia pedida, sinó esperar que Dios nos la concederá en mayor ó menor plazo, porque Él es fiel para aquellos que le sirven y no los deja sin consuelo. Emprendamos de una vez el camino de la oración mental, si aún no lo hemos emprendido, que él nos ha de conducir al cielo, como asegura la Santa de nuestro corazón.

OBSEQUIO.—Tener un rato de oración mental, recordando lo que Nuestro Señor sufrió en el Huerto de las Olivas, que era el asunto de meditación que más enternece á la Santa.

JACULATORIA

Santa Teresa de Jesús, Reformadora del Carmelo, reformad mi corazón.

EJEMPLO

El Padre Baeza, fraile de San Francisco, de Alba de Tormes, tenía un oído en muy mal estado con una fístula y no oía nada absolutamente. Fué un día después de Vísperas, al Monasterio de las Mon

jas Carmelitas descalzas, y con mucha fé, puso su oído enfermo sobre el brazo de la Santa Madre, que allí se custodia en un hermoso relicario, y aquella misma tarde sanó del todo, y contándolo en seguida á muchas personas, quiso que se tomase testimonio de tan claro y evidente milagro. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

En todas las pláticas y conversaciones, mezcle siempre algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella admirable y continua contemplación, en que ejercitásteis vuestra alma todo el tiempo de vuestra vida; os suplico, Santa amadísima, infundais en la mía, el amor á tan necesaria é indispensable virtud, para que meditando en mi maldad y en lo que debo á Dios, derrame lágrimas de sincera contrición, que me purifique de mis pecados Amén.



DÍA TERCERO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la altísima oración que tuvo Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Cuando un alma se dá á la vida interior ó de la oración, el Señor acostumbra prodigarle sus consuelos, para desprenderla del todo de los placeres del mundo; más cuando está bastante firme en la vida espiritual, le retira la mano para poner á prueba su amor, para ver si le sirve y le ama fielmente, y no por las dulzuras espirituales, que son frecuente recompensa de la devoción, aún en la tierra. Algunas almas débiles, luego que se ven en sequedad, se figuran al momento que Dios las ha dejado, ó que la vida espiritual no es para ellas, como dice San Alfonso Ligorio, y por esto descuidan la oración y pierden cuanto han hecho. Para llegar á ser alma de oración, es menester armarse de valor y

constancia á fin de no aflojar en tiempo de sequedades.

Santa Teresa, que fué muy experimentada en estas sequedades y desolaciones de espíritu, que sufrió por más de veinte años, apesar de lo cual perseveró constante en la oración, dice á este propósito: «El demonio sabe, que el alma que se dá á la oración con perseverancia, es pérdida para él. Desde que una persona persevera en la oración, sean cuales fueren los pecados que el demonio le haga cometer, tengo para mí, que el Señor acabará por llevarle á puerto de salvación. El que no se para en el camino de la oración, llega siempre pronto ó tarde. Con las sequedades y tentaciones prueba el Señor á los que le aman y aunque esta prueba durase toda la vida, el alma jamás debe dejar la oración; tiempo vendrá en que todo le será bien pagado.»

Todos los Santos han sufrido estas sequedades en la oración, aunque unos en mayor grado que otros, pero todos han sido perseverantes en ella, pues de no haber sido así, no hubieran llegado á ser Santos.

PUNTO SEGUNDO.—Sublimes ejemplos de oración tenemos entre los Santos

del Señor, pero entre todos ellos, merecen citarse como admirables; los dados, por San Pablo primer ermitaño, San Antonio Abad y San Basilio, en los desiertos de la Tebaida; San Jerónimo, en la Palestina; San Benito, en el Monte Casino; San Francisco de Asís, en Santa María de los Ángeles; San Bernardo, en el Claraval; San Pedro de Alcántara, en Arenas; y San Ignacio de Loyola, en Manresa; y entre las Santas Vírgenes, descollaron notablemente, Santa Gertrudis, Santa Paula, Santa Clara, Santa María Magdalena de Pazzis, Santa Catalina de Sena, Santa Verónica de Julianis y Santa Lutgarda. Si todos estos ejemplares de oración son asombrosos, no lo es menos, nuestra insigne compatriota Santa Teresa de Jesús, cuya vida no fué otra cosa que una continuada oración, en la cual se extasiaba de tal manera, que pudo llegar á decir con la Esposa de los Cantares: «Yo duermo, pero vela mi corazón.»

Desde sus más tiernos años, dió nuestra Santa, muestras inequívocas de lo mucho que la agradaba orar y del alto grado de oración á que andando el tiempo había de llegar. Ella misma nos lo dice, por estas

palabras: «De que ví era imposible ir á donde nos martirizaran por amor de Dios, mi hermano y yo, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa, procurábamos como podíamos hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo.» Las aspiraciones de Teresa, por tener oración, siempre fueron grandes, pues á su claro entendimiento no se le podía ocultar, la importancia de esta virtud, base fundamental de todas las demás; así es, que desde muy joven ya, emprendió con asiduidad la práctica de la oración mental, en la que bien pronto hizo admirables progresos con la ayuda de su divino Esposo, que la llamaba á ese camino, para poderse comunicar con ella y regalarla amorosamente con tantos y tan señalados dones.

PUNTO TERCERO.—Catorce confesores de la Santa, hombres todos de los más doctos, graves y piadosos que en España florecieron por aquella época, dieron testimonio en el proceso de su canonización, de que Teresa había llegado al más elevado grado de oración que se conocía.

Por espacio de más de cincuenta años, fué su cotidiano alimento espiritual, la oración, con la cual nutrió su alma para prepararla á recibir tantas gracias, como el Señor se dignó derramar sobre ella.

Si una sola vez estuvo en peligro, aunque algo remoto, de perder su alma, fué á causa de haber abandonado un poco la oración, por una mala entendida humildad, como ella dice. Esta fué la peor tentación que tuvo en toda su vida.

Por medio de la oración, llegó á unirse tan íntimamente con Dios, que pudo decir con el Apóstol San Pablo: «Vivo yo, más no yo, porque Cristo Jesús es el que vive en mí.» Con la oración, venció todas las grandes dificultades que se fueron presentando, al llevar á cabo la gloriosa reforma de la orden carmelitana y la fundación de sus Monasterios.

Todos los favores singularísimos que la Santa Madre recibió del cielo, fueron por conducto de la oración. Orando estaba, cuando fué transportada en espíritu al infierno, gracia que el Señor la dispensó para prevenirla precisamente acerca de las tentaciones contra la oración, pues allí le

mostró, el sitio en que habría estado su alma, si hubiera dejado la indispensable práctica. Orando también estaba, cuando en espíritu fué remontada al cielo y vió en él á su padre y á su madre, manifestándole el Señor el lugar que allí la tenía destinado, en premio de sus merecimientos. Cuando se le apareció un día, después de comulgar la Virgen Santísima y el Señor San José, que la pusieron una capa blanca bordada de oro y un maravilloso collar del mismo metal y piedras preciosas, estaba en oración; y finalmente, cuando fué transverberado su corazón por el dardo de oro y fuego del Serafin, también oraba. Todo lo cual es una evidente prueba, de cuanto agradaba á Nuestro Señor la altísima oración que tuvo la Santa Madre. Orémos, pues, nosotros también, con constancia, que así salvaremos nuestra alma y agradaremos á Dios.

OBSEQUIO.—Rezar un *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri*, para que el Señor nos conceda la virtud de la oración por los méritos de la oración de Teresa.

JACULATORIA

Santa Teresa de Jesús, maestra de la oración, enseñadme á orar con fervor y devoción.

EJEMPLO

Doña Luisa de Aragón, hija del Virey de Aragón que fué, había prometido estando en Zaragoza, ser monja Carmelita descalza; sobrevinole unas fuertes tercianas que la postró mucho, por lo que pidió á las religiosas descalzas de aquella ciudad alguna reliquia de la Santa, poniendo más fé en ella que en los médicos de la tierra para alcanzar su salud; púsola sobre su cabeza con mucha devoción, suplicando á la Santa la librase de aquella enfermedad. Púsose enseguida bien y reconociendo la gran merced que Dios lo había dispensado por medio de Santa Teresa, se determinó á cumplir su voto, tomando á los pocos días el Santo hábito en el Convento de Madrid. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

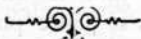
MÁXIMA

Pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros mismos, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos á Dios, y pidiéndole muchas

veces misericordia, es desatino. Importa mucho y el todo á los que se dán á la oración, una grande y eficaz determinación de no parar, hasta llegar á beber del agua de vida, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabajese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera se hunda el mundo.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús, por la continuada oración que tuvísteis durante toda vuestra preciosa vida; os suplico, Santa mía, me alcanceis del Señor esta virtud, á fin de que pueda hacerme digno, ó á lo menos, no tan indigno como soy, de disfrutar con Vos de la eterna bienaventuranza. Amén.



DÍA CUARTO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la humildad que tuvo Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—La humildad, es la virtud que más agrada á Dios, puesto que fué aquella en que más ejemplos nos dió Nuestro Señor Jesucristo, cuando vino al mundo á encarnarse en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» nos dice, en su Santo Evangelio. Toda su vida, fué un modelo perfectísimo de humildad. Nació en un establo, vivió pobre, ganando el sustento con el sudor de su frente en el humilde taller de un carpintero, cual era su padre putativo el Señor San José, y murió en afrentoso patíbulo, el que pudo nacer en el más suntuoso palacio de la tierra, vivir en la opulencia y no morir, puesto que era Dios y todo.

lo podía; y como si todas estas humillaciones no fueran suficientes para enseñarnos la virtud de la humildad, hizo más aún, quedándose sacramentado en nuestros altares hasta el fin de los tiempos, encerrado en los sagrarios, lleno de amor por nosotros.

«A quien miraré con amorosos ojos sino al humilde,» nos dice por su Evangelio. La humildad, por otra parte, es también la virtud que más nos une con Dios y la que Él más ama, pues ya sabemos, como por faltar á ella, fueron lanzados á los abismos los ángeles rebeldes en gran número, castigo único impuesto á las criaturas angélicas; lo que indica también, que el pecado contrario á ella, la soberbia, es el que más reprueba la Majestad divina.

PUNTO SEGUNDO. — La Santísima Virgen María, que tantos ejemplos nos dió de humildad, en su hermoso cántico del «Magnificat», ponderando esta virtud, dice: «Derribó del solio á los poderosos y ensalzó á los humildes» de lo que puede desprenderse, que para Dios los humildes, son siempre los preferidos. No mira Él las jerarquías ni las clases sociales como nosotros, solo vé el corazón humilde, y á ese, es al que atiende y al que dá su gracia.

El Apóstol San Pablo, sobre esto mismo, dice: «El que se ensalza, será humillado y el que se humilla, será ensalzado.» No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á vuestro santo nombre, sea dado el honor y la gloria, dice el Real Profeta. Debe, pues, el hombre, reconocerse como pobre y despreciable ante Dios y comprender que el por sí, nada és, ni nada puede, sin el divino auxilio, y que nada tiene suyo, porque todo lo ha recibido de Dios; y por tanto no ensoberbecerse ni vanagloriarse, ni por talento, hermosura, honores, y bienes de fortuna; recordando, que todo eso, si lo tiene, Dios és el que se lo ha dado, únicamente como prestado, puesto que Su Majestad puede quitárselo si lo tiene á bien. Nuestro Señor definió así, la soberbia mundanal: «Todo lo que es alto y noble ante los ojos de los hombres, es vil y despreciable ante los de Dios.»

PUNTO TERCERO.—El gran Doctor San Agustin, hace la siguiente apología de la humildad: «Si me preguntais cual es lo primero en la Religión y en la Escuela de Cristo, te contestaré, la humildad; si me preguntas cual es lo segundo, te contesto,

la humildad; si me preguntas cual es lo tercero, te respondo, la humildad; la humildad y siempre la humildad.»

Los ejemplos dados por Nuestro Señor, y su Santísima Madre, así como las máximas del Evangelio y las sentencias de los Santos Padres de la Iglesia, se grabaron tan profundamente en el corazón de Santa Teresa, que llegó á practicar esta virtud en grado muy subido, como nos lo demuestran muchos pasajes de su santa vida.

Jamás, creyose digna, de las grandes mercedes que recibía de Dios, antes al contrario, siempre manifestó el sentimiento que la producía, el que todos por regla general la tenían en gran opinión. En la fundación de Sevilla, por que supo que algunos la habían levantado falsos testimonios, dijo: «Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quien soy.» En sus monasterios, apesar de ser la Priora, nada hacía sin consultarlo con todas sus monjas, pues creía siempre, que lo que se les ocurría á los demás, era mucho mejor que lo que á ella se le ocurriera.

El mayor tormento que tuvo en su vida, dice ella misma, era tener que escribir las

mercedes y favores que el Señor la hacía y solo por obediencia á sus confesores, fué que se resignó á escribirlas. Todo su afán, en una palabra, era el imitar en cuanto le fuese posible, la humildad del Divino Maestro. Procuremos imitarla en esta virtud y así seremos ensalzados como ella.

OBSEQUIO.—Hacer tres actos de humildad, en honor de la que tuvo nuestra Santa.

JACULATORIA

Santa Teresa, poseedora de los secretos de Dios, hacedme conocer su voluntad divina en todo y por todo.

EJEMPLO

En Villanueva de la Jara, había una buena mujer llamada Francisca López, que tenía una hija cuyo nombre era Eulalia, bastante enferma; había perdido el habla y no podía ni abrir la boca para tomar ni aún líquido. Desauciada de los médicos, acudió su madre á Santa Teresa, pidiendo á las Madres Carmelitas de aquella villa, alguna reliquia de la Santa; y como estas vieron la aflicción y devoción de la pobre madre, la Priora se la dió. Se la pusieron á la enferma y al instante

abrió la boca, recobró el habla, pudo comer y quedó del todo sana al siguiente día. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

DÍA QUINTO

MÁXIMA

Nunca decir cosa digna de loor, como de su ciencia, virtudes y linaje, sinó tiene esperanza que habrá provecho, y entonces sea con humildad y consideración de que aquellos son dones de la mano de Dios.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; que en tan alto grado poseísteis la preciosa virtud de la humildad, imitando de este modo al divino Salvador. Suplicoos, Santa mía, me alcanceis de Dios esta indispensable virtud, sin la cual no es posible gozar de la gloria eterna. Amén.



DÍA QUINTO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la paciencia que tuvo Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Después que nuestro primer padre Adán, pecó, dióle el Señor una vida de trabajos y miserias para él y sus descendientes, como justo castigo de su desobediencia; más sabiendo que las fuerzas del hombre son escasas para soportar, sin desesperarse, tan enorme peso, creyó conveniente poner á su alcance el tesoro de la santa paciencia á fin de que pudiera servirle de contrapeso, y de este modo hacer más soportable la vida del hombre en este valle de lágrimas. Por desgracia nuestra, no sabemos usar como debiéramos de tan inagotable tesoro, pues que muchas veces solemos entregarnos en brazos de la desesperación, y de este modo, tras de hacer más insoportables nuestras

tribulaciones, nos precipitamos en la ruina eterna. No debemos nunca impacientarnos por nada, teniendo en cuenta que todo lo de acá es caduco y no ha de durar. Cuando seamos tentados de impaciencia, miremos el ejemplo del Santo Job, el hombre pacientísimo por excelencia, que aún en medio de tantos sufrimientos y tanto abandono, con que el Señor quiso probar la fidelidad de su corazón, decía: «Si recibimos los bienes de Dios, ¿por qué no hemos de recibir también los males? Dios me lo dió todo, Dios me lo quitó, sea siempre bendito su nombre.»

PUNTO SEGUNDO.—El camino de la gloria, según nos dice el mismo Jesucristo por su Evangelio, es tan estrecho y largo, cual ancho y corto lo es, el del infierno: si queremos ir por el primero, nos es muy necesario la paciencia, puesto que todo él se compone de riscos y asperezas. Con impacencias nada se consigue, ni en lo divino, ni en lo humano, pues todas las cosas tienen su tiempo fijo y nada adelantamos con quererlas precipitar. Aún en el camino de la perfección, son muy contraproducentes las impacencias, porque el

alma se fatiga si vé que adelanta poco, se cansa y concluye por dejar la senda comenzada.

«La paciencia,» por el contrario, «todo lo alcanza,» como dice Santa Teresa, y así, no debemos turbarnos por nada, esperando en Dios y poniendo los medios para conseguir nuestro deseo, con calma y tranquilidad de espíritu.

En las pérdidas de seres queridos ó de bienes, en las enfermedades, en las persecuciones y en todas las ocasiones de disgusto ó tribulaciones, que el mundo ofrece, debemos ampararnos en la paciencia; en las murmuraciones ó calumnias que contra nosotros se levanten, en los insultos y palabras ofensivas, tengamos también paciencia, dejando á Dios, que todo lo puede, que defienda nuestra causa cómo y cuando lo tenga á bien, que no dejará de hacerlo si ponemos el asunto en sus divinos manos, y por último; en las tentaciones con que el enemigo nos asalte, tengamos también paciencia y sufrámoslas resistiendo á ellas é implorando á la vez el divino socorro, sin el cual nada podríamos.

PUNTO TERCERO.—Nuestra querida

Santa, amó tanto esta virtud, que no solamente la practicó toda su vida de modo admirable, como lo demuestran aquellas frases que constituyeron su divisa: «Señor, ó morir ó padecer, no os pido otra cosa para mí,» sino que la encarga mucho á sus hijas. Este fué su constante pensamiento y todo su más vehemente deseo.

No solo no la cansaban los sufrimientos y tribulaciones, sinó que hasta se alegraba de ellos y pedía á Dios la mandase más, creyéndose dichosa cuando tenía que padecer. En cierta ocasión, que una de sus hijas se lamentaba de los muchos padecimientos que la aquejaban, hubo de decir á la Santa Madre, que estaba ya cansada de tanto sufrir; oyéndolo la Santa, la reprendió dulcemente y la dijo, que no se quejase, pues la vida era buena, únicamente, para padecer y sufrir.

Más de veinte años estuvo padeciendo gravemente, ora con enfermedades, ora con persecuciones y contradicción de buenos, que es la pena mayor, como ella dice, que se puede sufrir en este mundo. Nunca se la oyó, ni un suspiro, ni una queja, antes al contrario, cantaba alabanzas á Dios en

medio de los padecimientos, diciendo, que se regalaba con ellos. Admirémosla, porque verdaderamente asombrosa fué en esta virtud de la paciencia, y procuremos imitarla en cuanto nos sea posible.

OBSEQUIO.—Sufrir con paciencia los disgustos, enfermedades ó contrariedades que tengamos, para honrar á la pacientísima Teresa.

JACULATORIA

Haced ¡oh Tesesa! que á vuestra imitación amemos los trabajos de la vida.

EJEMPLO

Francisco Gómez, carpintero y vecino de Alba de Tormes, estuvo muy enfermo de los ojos, hasta el punto de no ver casi, y no poderlos abrir á causa de los dolores; estando así, fué á ver á las Madres descalzas de aquella villa y las pidió alguna reliquia de la Santa. Las Madres le hicieron entrar en la iglesia y acercar los ojos al santo brazo de Teresa, que allí se venera, y en seguida se puso tan bueno, que á los seis días pudo trabajar ya en su oficio, dando gracias á Dios. (Vida lib 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Cuando algo le reprendieren, recíbalo con humildad y ruegue á Dios por quien le reprendió.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; que con tan asombrosa paciencia sufristeis todos los trabajos de esta vida; suplícoos me alcanceis del Señor, sufra con paciencia todas las aflicciones y trabajos que su divina Majestad me enviare, para que así, purificada mi alma aquí en la tierra, como el oro en el crisol, pueda merecer la bienaventuranza eterna. Amén.



DÍA SEXTO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la pureza virginal de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Es la pureza, una completa renuncia á todo deleite carnal por lícito que sea; es virtud verdaderamente angelical, porque los que la practican se asemejan á los ángeles del cielo y hasta en cierto modo, como dicen algunos Santos Padres, les superan, pues que aquellos espíritus carecen del mérito principal, que es la lucha que se establece entre la parte espiritual y la corporal del hombre, rodeado como se halla de enemigos tan poderosos, como el mundo, el demonio y la carne. La pureza, que es virtud también celestial, descendió del cielo para infundirse en el alma de nuestros primeros padres Adán y Eva, los cuales al perderla, perdieron con ella, todos los bienes con que el Señor quiso dotar virtud tan hermosísi-

ma. Desde la funesta prevaricación de nuestros primeros padres, pocos fueron los que pudieron practicarla, hasta que Dios quiso adornar con ella, el alma purísima de la criatura que había elegido para Madre suya.

Desde que el Cordero sin mancha nos la recomendó, y predicó con su ejemplo, al venir á sacrificarse por nuestra salvación, con el aumento de gracia que la redención trajo consigo, se nos ha hecho mucho más fácil y accequible, siendo numerosas las almas que hoy la practican, como no podía menos de suceder, después que tantos Santos de uno y otro sexo, la han practicado y enseñado con su ejemplo y escritos.

Es tan del agrado del Señor esta preciosísima virtud, que nos ha dado incesantes é inequívocas pruebas de ello en el trascurso de los siglos.

Para su precursor, eligió un hombre virgen, como fué San Juan Bautista; para Madre suya, una virgen, la más admirable de todos los tiempos; como virgen también quiso que fuese, el Patriarca San José, que había de hacer aquí en la tierra, las veces de Padre con su Unigénito Hijo. Entre sus discípulos, amó especialmente á San Juan

Evangelista, por ser virgen y á él le confió, hallándose pendiente de la Cruz, el encargo de atender y cuidar á su Santísima Madre, y de hacer para con ella las veces de hijo. En fin, se vé siempre con claros ejemplos, la predilección del Señor, hacia las almas que poseen ésta nunca bien ponderada virtud.

PUNTO SEGUNDO.—Los efectos que en el alma causan la posesión de la virginal pureza, no pueden ser más excelentes, pues en primer lugar, la predispone á recibir inefables gracias de Dios, y en segundo lugar, la une íntimamente con Él por medio del amor; así vemos, que al alma más pura y por tanto más encendida en su divino amor, es á la que más mercedes otorga.

Siendo tan grandes los beneficios de la pureza, muy grande también ha de ser el cuidado que hemos de tener en conservarla, por razón de que es muy fácil perderla ó empañarla al menos, puesto que es esta virtud, como un limpio cristal, que al menor descuido se empaña ó se rompe y claro es, que una vez perdida no se vuelve á adquirir jamás.

+ No cabe duda, que el conservarla es en extremo difícil, porque para ello hay que luchar constantemente con el más poderoso de los tres enemigos de nuestra alma, cual es la carne, que siempre la llevamos con nosotros, y que continuamente nos presenta combate, con armas seductoras para nuestra parte material. Por eso decía San Agustín: «que de todos los combates que debe sostener el cristiano, los más duros y difíciles son los de la carne, en los cuales, es muy frecuente la lucha y muy rara la victoria.»

Difícil es, ciertamente, conservarla y si no se contase con la gracia de Dios, que nos ayuda, podría asegurarse que era imposible; pero como Dios nunca la niega cuando se le pide fervorosamente, y con ella se vence todo, resulta, que es más fácil su práctica de lo que parece á nuestra débil naturaleza.

Hija de la pureza, es la virtud de la castidad, que puede adquirirse ó conservarse, la que todos los cristianos estamos obligados á guardar, lo mismo el soltero, que el casado, que el viudo ó el sacerdote, cada uno dentro de su respectivo

estado; unos absteniéndose de todo deleite sensual; y otros usando solamente, de lo que es lícito usar para el fin del matrimonio.

La castidad, aunque no es tan perfecta como la pureza virginal, no obstante, es agradabilísima ante los ojos de Dios y absolutamente indispensable para salvarnos como todos sabemos, puesto que: «nada manchado entrará en el reino de los cielos.»

PUNTO TERCERO.—El amor que Santa Teresa profesó siempre á la pureza, fué tal, que continuamente pedía á Dios que la quitase la existencia, antes que permitir la perdiese ó la empeñase en lo más mínimo; oraciones que el Señor oyó, pues siempre la libró de las tentaciones contra ella.

Solo una vez, que ya profesaba, fué molestada con una tentación impura, que ella repugnaba grandemente, estando pidiendo á Dios la librase de ella, se le apareció Nuestro Señor y la aseguró, que de allí en adelante no la volvería á molestar el enemigo con esta clase de tentaciones, con cuya promesa quedó la Santa muy consolada, y ya desde entonces no volvió á sen-

tir ninguna de esta índole, las que tanto aborrecía, como ella nos lo asegura por estas palabras: «Cosas deshonestas, naturalmente las aborrecía.»

No solamente odiaba la bendita Santa, el pecado contrario á la pureza, sino que también todos los demás, aún los veniales, llegando hasta el punto de ofrecer á Dios con voto, el no ofenderle ni aún levemente. Tal era la pureza de su corazón.

Demos gracias á Dios, porque concedió á Teresa un alma tan pura, y pidámosle, que conserve en la pureza á los que la poseen, y en la castidad, á los que no pudiendo ya, practicar aquella virtud, podemos al menos, conservarnos castos en la medida que exige nuestro estado.

OBSEQUIO.—Desechemos con repugnancia, siempre, pero especialmente en este día, las tentaciones impuras con que seamos molestados por el enemigo, para honrar así, la pureza virginal de Santa Teresa.

JACULATORIA

¡Oh purísima Teresa! librad de toda impureza nuestro corazón.

EJEMPLO

En el Convento de Malagón, había una monja Carmelita descalza, llamada María de la Trinidad, que padecía unas recias tercianas, á las que le sobrevino un fuerte flujo de sangre por las narices, que le duró desde la hora de vísperas hasta el otro día. Hiciéronla muchos remedios y ninguno le fué provechoso, hasta que la Madre María de San Jerónimo, priora de dicho convento, le puso una reliquia de la carne de la Santa y enseguida cesó el flujo y desapareció por completo la fiebre. (Vida lib. 4.^o cap. 3.^o)

MÁXIMA

Nunca hablar sin pensarlo bien y encomendarlo mucho á Nuestro Señor, para que no hable cosa que le desagrade.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella singularísima y virginal pureza que tanto resplandeció en Vos, todo el tiempo de vuestra vida; os suplico, me alcanceis del Señor, que viva yo exento de toda impureza de pensamiento, palabra y obra, cumpliendo con la castidad correspondiente á mi estado. Amén.

DÍA SÉPTIMO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la obediencia de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—La obediencia, camino es de la humildad y su inseparable compañera, sin ella no es posible ser humilde; puesto que el obediente declina su voluntad por completo á la persona á quien obedece, sean padres, maestros, ó superiores, lo cual es un acto de verdadera humildad. La obediencia es virtud admirable, porque en ella el hombre aprende á humillarse por su Dios, prescindiendo de su voluntad, que es el mayor sacrificio que el hombre puede hacer; ya que la libertad de acción ó libre albedrío, de que se priva por la obediencia, es la más hermosa de las prerogativas con que el Criador ha dotado á las criaturas.

San Buenaventura, dice acerca de esta

virtud lo siguiente: «Toda la perfección de la religión, consiste, en la renuncia de la voluntad propia.» Ejemplo admirable de obediencia lo tenemos en Abraham, cuando se disponía á sacrificar en el altar del Señor á su hijo Isaac, cuyo sacrificio impidió visiblemente Dios, satisfecho de la obediencia del buen padre á quien en recompensa, colmó de bendiciones, y le prometió, que de su descendencia nacería el Deseado de las naciones, el Mesías, como así se cumplió.

PUNTO SEGUNDO.—La obediencia, la predicó con su palabra y ejemplo el divino Salvador, primeramente, cuando por obedecer á su Eterno Padre, tomó carne humana en las purísimas entrañas de María Santísima, y después, viviendo sujeto á su Madre María y á su padre putativo el glorioso Patriarca San José.

Por obedecer á la ley divina, quiso sujetarse á la Circuncisión, aunque como Dios, estaba exento de ella, y en la noche víspera de su pasión, cuando se hallaba orando en el huerto de Ghetsemaní, nos dió también sublime ejemplo de obediencia, cuando dirigiéndose al Eterno Padre, le dijo: «Pa-

«dre mío, si es posible, pase de mí este caliz sin que yo lo beba, pero no se haga mi voluntad sino la vuestra» con lo cual demostró, de manera bien patente, su completa sumisión á los eternos decretos.

San Francisco de Asís, mi Seráfico Padre, que fué tan gran imitador de nuestro divino Redentor, profesaba un amor entrañable á esta virtud, como lo demuestra, el que así que hubo renunciado el cargo de General de su orden, pidió á Fr. Elías, su sucesor, un Guardian de cuya voluntad dependiese en todo y le fué señalado Fray Angel de Rietè, al que siempre obedeció con gran sumisión y amor.

No pueden ser mejores los efectos de la virtud de la obediencia en el alma, por cuanto que al obedecer á los superiores, se hace la voluntad de Dios, que es quien manda por medio de ellos, puesto que toda autoridad dimana de Él como sabemos; y obedeciendo á Dios no puede uno ser engañado, porque escrito está: «El que pone su confianza en Dios, no será jamás confundido.»

PUNTO TERCERO.—Fué Santa Teresa de Jesús, muy aventajada en la virtud

de la obediencia, como se puede ver por los ejemplos tan heróicos que nos ha dejado en el trascurso de su vida monástica. Solía decir muchas veces, que el no tener obediencia era no ser monja, pareciéndola que todas las demás virtudes, respecto de la obediencia, son como accidentes comparados con la sustancia; porque la obediencia al religioso, le constituye en ser de religioso y faltando esta, aunque otras muchas virtudes tenga, le falta todo.

Una vez dijo la Santa, que si todos los Ángeles del cielo se juntasen y le dijiesen una cosa, y sus Prelados y Confesores otra, aunque supiese que eran Ángeles efectivamente, no haría sino lo que sus superiores le mandasen; porque esto, decía ella, es lo más seguro, y siguiendo esto no me puedo engañar, pero lo otro si puede ser ilusión mía. Otra vez, estando en el Convento de Veas, obedeció á su Prelado contra lo que creyó ser revelación divina, y preguntándole él, porque le había obedecido, si entendía que lo otro era revelación de Dios, nuestra Santa le dijo: «Sí, tuve revelación de esto, pero en ello me podré yo engañar y en obedecer á V. R. que

es mi Prelado, sé cierto que no voy engañada.» Volvióle á replicar el Padre, que lo encomendase á Dios otra vez, y que le dijese lo que sentía; la Santa lo hizo, y le dijo: «Hame dicho Nuestro Señor, que se hará la fundación de Madrid, como antes me lo había revelado; pero dice, que por el medio que la obediencia me muestra se hará mucho mejor.»

Para terminar la apología de esta virtud, pondré aquí estas hermosas palabras, que la Santa repetía con frecuencia: «!Oh virtud del obedecer que todo lo puedes! En tí está la seguridad de no errar en el camino del cielo, la quietud que tan preciada es en las almas que desean contentar á Dios y la cesación de nuestros bulliciosos movimientos, amigos de hacer su voluntad.»

Obedezcamos, pues, ciegamente, como lo hacía Teresa, á todos los que sobre nosotros tengan alguna autoridad, sin reparar en sus cualidades ó condiciones, sino pensando que Dios es quien les ha dado esa autoridad y que obedeciéndoles, obedecemos á Dios, que es quien nos ha de dar el premio.

OBSEQUIO. — Obedezcamos siempre,

pero particularmente en este día, con verdadera humildad, todo lo que nos manden nuestros superiores.

JACULATORIA

¡Obedientísima Teresal hacednos obedientes hasta la muerte.

EJEMPLO

Doña Margarita Laso de Castilla, Condesa de Triburcia, estando en viaje para Alemania, entró en la iglesia de descalzas Reales de Madrid á despedirse de la Priora, hallóla en cama con un grandísimo dolor de cabeza que la ponía en alguna gravedad; sacó una reliquia de la Santa que siempre llevaba consigo, y poniéndola sobre la cabeza de la Priora, en el acto cesó el dolor y púsose buena completamente, quedando toda la comunidad asombrada y teniendo por milagrosa tan repentina curación. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

A tu Superior ó Confesor, descubre todas tus tentaciones, imperfecciones y repugnancias, para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por la virtud de la tan ciega obediencia que siempre ejercitásteis, cumpliendo con uno de los tres votos monásticos; suplicoos, Santa mña, me alcanceis del Señor, viva siempre obediente á sus divinos mandamientos y á los de su Iglesia Santa, á fin de que pueda asegurar mi salvación. Amén.



DÍA OCTAVO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la pobreza que tuvo Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—En tres clases se divide la pobreza; en pobreza forzosa, pobreza voluntaria, y pobreza de espíritu. La forzosa, como su nombre lo indica, es la del que carece de bienes de fortuna y aún quizás de lo preciso para las necesidades de la vida.

Si el que es forzosamente pobre, sabe resignarse con su suerte, haciendo de la necesidad virtud, esta misma pobreza le sirve de medio de santificación; pero si por el contrario, vive ambicionando riquezas ó no sabe llevar con paciencia el estado de pobreza en que á Dios plugo colocarle, entonces, esa misma pobreza le servirá de motivo de condenación, por no resignarse con la divina voluntad.

Pobreza voluntaria, es la que abraza una persona, que pudiendo disfrutar de riquezas, porque Dios se las ha dado, las deja todas para vivir pobre con Cristo en una órden monástica, como se vé continuamente, ó en el mismo siglo, como han existido bastantes casos.

Pobreza de espíritu, finalmente, es aquella que abraza, el que teniendo bienes de fortuna y hasta riquezas, vive haciendo buen uso de ellas, porque á Dios plugo dárselas, pero como si no las tuviera, porque no pone en ellas su corazón; sinó antes al contrario, está siempre dispuesto á perderlas si así fuese la voluntad de Dios.

Vemos, pues, que la pobreza, en cualquiera de estas tres calificaciones, es provechosa para el alma, con tal, que se sepa dirigirla á Dios y al fin, único importante, de nuestra salvación.

PUNTO SEGUNDO.—La pobreza, es virtud tan preciosa, que Nuestro Señor Jesucristo, en el sermón de la montaña, dirigiéndose á las turbas que le escuchaban, les dijo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» No solo la predicó con su palabra,

sino con su ejemplo, naciendo entre pobres pañales, viviendo pobre y muriendo pobre sin tener donde reclinar su cabeza.

Los más grandes Santos de la Iglesia, nos dieron tambien muchos y muy grandes testimonios de su amor por esta virtud y la han encomiado grandemente. San Bernardo, entre ellos, dice: «No pongais vuestro corazón en los bienes de la tierra, que poseidos, son un peso; amados, manchan la conciencia; y perdidos, traen la desesperación.» Jesucristo, Nuestro Señor, en una ocasión dijo: «En verdad os digo, que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos» pero no hay que tomar esto al pié de la letra, porque no fué el ánimo del Señor, anatematizar las riquezas, que al fin es un don suyo, ni menos excluir de su reino á los ricos, sino demostrarnos únicamente, el peligro que se corre de perder el alma, usando mal de las riquezas; pues á Él no se le podía ocultar, que los hombres, tan inclinados á las cosas de la tierra, abusarían de las riquezas y pondrían en ellas todos sus sentidos, ya con el afán de aumentarlas ó con el temor de perderlas, sirviéndoles á la vez de medio para

satisfacer desordenados apetitos y de lazos de perdición eterna.

PUNTO TERCERO.—De la pobreza, fué amiga en extremo, Santa Teresa de Jesús, pues en su preclaro talento, perfectamente comprendía, que esta virtud era importantísima para el aumento de su perfección. Amábala grandemente, queriendo solo tener lo necesario para el sustento y demás de la vida, y aún muchas veces lo poco que tenía lo daba á algún necesitado, diciendo, que no le hacía falta alguna. Ella deseaba que sus Conventos no tuviesen rentas y que sus monjas no fuesen pesadas, con demandas ó súplicas de limosna á los pueblos en que vivieran, no hallando otra manera de procurarse el sustento, sino por medio del trabajo manual y evitar así á otros las molestias é impedir también la ociosidad en los Monasterios, puesto que la ociosidad, decía, es la puerta de todos los vicios. En la santa regla que escribió para sus monjas, tratando de la pobreza, dice lo que sigue: «Hace de vivir de limosna, sin ninguna renta en los Conventos que estuvieren en pueblos ricos y acaudalados, donde esta se pudiera llevar, y en

los pueblos donde no se pudieran sustentar de solas limosnas, puedan tener renta en común, pero en todo lo demás, no haya alguna diferencia de los Monasterios de renta á los de pobreza, y mientras se pudiesen sufrir no haya demanda; mucha sea la necesidad que les haga traer demandas, sino ayúdense con la labor de sus manos, como hacía S. Pablo, que el Señor les proveerá de lo necesario. Como no quieran más y se contenten sin regalo, no les faltará para poder sustentar la vida; si con todas sus fuerzas procuran contentar al Señor, su Majestad tendrá cuidado que no les falte su ganancia.»

Amemos la pobreza á imitación de Teresa; siempre ella sea nuestra inseparable compañera y pongamos toda nuestra satisfacción en ser pobres con Cristo, si queremos reinar con Él en el cielo.

OBSEQUIO.—Hagamos hoy algún acto de desprendimiento de todo lo que poseemos, usando en adelante todos esos bienes, como sino los poseyeramos.

JACULATORIA

¡Oh Virgen pobrísima, Teresa de Jesús!
hacednos amar la pobreza.

EJEMPLO

Tenía la Condesa de Triburcia, gran fé en las reliquias de la Santa, por haber experimentado que obraba el Señor por medio de ellas, cosas maravillosas; y así se aprovechaba de ellas en todas las ocasiones. Navegando una vez en compañía de su marido, que iba de España á Flandes y levantándose gran tormenta en la mar, viéronse próximos á naufragar. La Condesa, echó en la mar una pequeña partícula de carne de la Santa, que guardaba en un relicario, y enseguida se aplacó la tempestad. En agradecimiento, hicieron voto, el Conde y la Condesa, de vestir el hábito de Nuestra Señora del Cármen á gloria de Dios y de la Santa. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Mirando á Cristo tan pobre en la cruz, no podía poner á paciencia en ser rica. El verdadero amador de la pobreza, y el que por muchos años la haya tenido, sabe bien la riqueza que en ella está encerrada.

A quien sirve al Señor no le falta lo necesario para vivir.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella extremada pobreza que siempre tuvísteis, cumpliendo con el tercero de los votos monásticos, que hicísteis al entrar en la orden Carmelitana; os suplico, Santa mía, me alcanceis del Señor, gracia para imitaros en esta virtud y gozar después con Vos en el cielo. Amén.



AMÉN

DÍA NOVENO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la portentosa penitencia de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Dos son, los caminos que conducen el alma á su propia salvación, el de la inocencia y el de la penitencia; el que puede ir por el primero, bienaventurado és, porque no habrá perdido la inocencia bautismal; el que de ella carezca, no tiene otro remedio que ir por el segundo.

El primero es fácil, porque solo hay que tener cuidado en conservar tan precioso tesoro; el segundo es algo más difícil, pero no mucho, pues Nuestro Señor que nos lo ha trazado, dá las fuerzas necesarias para ir por él á las almas que se lo piden. Hermoso es el primero, admirable el segundo. El que ya no pueda seguir el de la inocencia, forzosamente tendrá que acudir al de la penitencia para limpiarse de sus pe-

cados, si es que quiere salvarse, teniendo en cuenta aquellas palabras de Cristo nuestro Redentor: «Si no hicieréis penitencia, todos igualmente perecereis »

Nuestro Señor, nos dice por Joel: «Convertíos á mí con todo vuestro corazón, mediante el ayuno, el llanto y el gemido,» y San Juan Bautista, en el desierto, dijo: «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos.» Finalmente, el apóstol San Pablo, decía á sus neófitos: «Así, como entregásteis vuestros miembros al servicio de la inmundicia y de la iniquidad, entregadlos ahora al servicio de la justicia, mediante una vida santa.» El mundo se asustará de oír esto, porque su lenguaje es muy distinto, y así no puede comprenderlo, pero los que somos y queremos ser hijos de Cristo, solo debemos escuchar sus divinas palabras y las de sus Santos, que nos conducirán á la salvación, por el único camino por el cual podemos ir los que somos pecadores.

PUNTO SEGUNDO.— Hemos visto ya, la necesidad de la penitencia, para los que hubiésemos perdido la inocencia; veamos ahora, como hemos de hacer esta pe-

nitencia. Dios, que al criarnos, nos ha dado á cada uno fuerzas limitadas, no puede exigirnos grandes esfuerzos, mortificaciones ni sacrificios, pues no había de pedirnos lo que no podíamos darle; así, la penitencia, sea, con relación á nuestras fuerzas; el que poco pueda, haga poca penitencia, el que mucho pueda, haga mucha; cada uno haga toda lo que pueda, y así agradaremos al Señor y lograremos nuestra salvación, que es lo que más nos debe importar. La penitencia, no solo es necesaria para la satisfacción de nuestras culpas, sino que es á más necesaria para dominar nuestras pasiones; pues sabido es, que con el cansancio que producen las mortificaciones, ayunos, abstinencias y toda clase de austeridades, se logran tener sujetos los apetitos carnales.

Reflexionemos, que por un poco de penitencia que hagamos en esta vida, que es corta como un soplo, tendremos por recompensa una felicidad eterna en la otra; tengamos presente lo que decía San Bernardo, que si nos disgustamos por las palabras de Jesucristo: «Haced penitencia,» mucho más nos disgustarían aquellas otras

del Juez inexorable: «Id, malditos al fuego eterno» que indudablemente nos dirigirá, si no hacemos penitencia por nuestros pecados.

PUNTO TERCERO.—Siendo á Dios agradable la penitencia que hace el pecador, en satisfacción de sus culpas, ¿cuánto más no le será, la que haga un alma inocente, no teniendo culpas porqué satisfacer á la divina Justicia? En este caso se halla, la gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús, que no habiendo cometido en toda su vida, como ella misma nos lo dice, ni un solo pecado mortal, laceraba y mortificaba su bendito cuerpo, con durísimas penitencias, cual si fuera una gran pecadora, que necesitase alcanzar el perdón de sus culpas satisfaciendo á Dios por ellas. Como hija espiritual que era, del portentoso y ejemplarísimo penitente San Pedro de Alcántara, llegó la Santa con las enseñanzas de tan sabio Maestro de penitencia, á un grado verdaderamente prodigioso; el cual conservó toda su vida con admiración de sus hijas, que se asombraban de ver, que á su edad avanzada y en medio de sus achaques y trabajos, pudiese continuar su vida penitente.

A las grandes penitencias que puso Teresa, en la regla que dió á su Reforma, como vigilia toda la vida, ayunos continuos, mala y dura cama y disciplinas; añadió otras para sí, tales, como en muchas días comer solo pan y agua, llevar interiormente cilicios, azotarse duramente y tener por almohada un leño de encina, así como otras fuertísimas penitencias, que solo con la gracia de Dios pudo resistir, y que formaron luego la corona con que el Señor ciñó sus sienes en el felicísimo día de su triunfo.

OBSEQUIO — Privémonos hoy del manjar que más nos guste, para honrar la penitencia de Santa Teresa.

ORACIÓN

JACULATORIA

Seráfica Teresa, haced que amemos la penitencia.

EJEMPLO

Estando enfermo de gravedad en la ciudad de Valladolid, el licenciado Antonio de Tamayo, y desauiciado de un tabardillo; por disposición del médico, llamó para hacer su confesión á su primo el Canónigo Tamayo, Prebendado de la Santa iglesia

de Valencia, y que á la sazón se hallaba allí: era el Canónigo muy devoto de la Santa Madre y llevaba sobre sí, una reliquia de la Santa, la cual dió á besar al enfermo y luego la colgó en su cuello. Al poco tiempo se puso muy bien, comió y se levantó, y á los dos horas, cuando vino el médico lo encontró bueno, asombrándose, y no pudiendo creerlo á pesar de verlo. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Tenga presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente, y lo que falta de andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesus; por aquella portentosísima penitencia y mortificación con que lacerásteis vuestro cuerpo santo; suplicóos me alcanceis del Señor, mortifique mis pasiones con la penitencia, para tenerlas sujetas y obtener así, el feliz resultado que vos obtuvísteis. Amén.

DÍA DIEZ

LECTURA PARA ESTE DÍA

**De los grandes trabajos que padeció
Santa Teresa.**

PUNTO PRIMERO.—Disfrutaban nuestros primeros padres en el Paraíso, todo género de felicidades, vivían alegres y dichosos sin que nada absolutamente turbase por un instante siquiera, la dicha y tranquilidad que poseían; hasta el día fatal en que su desobediencia á Dios, les trajo el castigo de la Justicia divina, que es inexorable cuando castiga, como misericordioso cuando perdona. Desde aquel día, sus felicidades se trocaron en tribulaciones y trabajos, hasta el punto de ser arrojados del paraíso para que se dedicasen al trabajo material y ganar el sustento con el sudor de su frente: dejaron de ser inmortales, lloviendo sobre ellos todo género de males, entre los que no fué el menor, ver

como se convertía en el primer asesino, uno de sus hijos á causa de la envidia que tenía á la virtud de su hermano. Pero no solo quedó vinculado el castigo en nuestros primeros padres, sino que se extendió también á todos sus descendientes, á toda la raza humana, así es, que nosotros nacemos con el sello fatal de esa culpa, la que desaparece por medio del Santo Bautismo. Todos los males que el Señor les mandó en castigo, los tenemos sobre nosotros; el trabajo, las enfermedades, el hambre, escaseces, pestes, guerras, asesinatos, odios, envidias y disgustos, con un sin número de tribulaciones que en el mundo se padecen, de entre las que sobresale la muerte: palabra que espanta y horroriza la cual después de arrebatarnos á nuestros más queridos seres; como son padres, hijos, hermanos etc., dejándonos en el mayor desconsuelo, viene á hacer con nosotros lo mismo. Tanto miedo como tenemos á la muerte y tanto como nos espanta, y al fin ¿qué es lo que con nosotros hace? quitarnos de esta vida miserable donde tanto se sufre, para llevarnos quizás á la feliz mansión de los cielos: no deberíamos te-

merla, debiéramos desearla, si es que vivimos como Dios quiere que vivamos

PUNTO SEGUNDO.—Los trabajos y tribulaciones que en este destierro se padecen, tienen dos objetos: unas veces, Dios nos los envía como justísimo castigo de nuestras iniquidades; otras, para probar nuestra paciencia y fortaleza; es decir, para ver si estamos bien escudados de estas dos importantísimas virtudes, ó si nos desesperamos é impacientamos. Así, pues, los males, debemos recibirlos con verdadera resignación cristiana, si cristianos nos llamamos, comprendiendo que Dios nos los envía, y que cuando así Él lo dispone, será señal de que nos son convenientes, y no como los reciben las personas faltas de fé, culpando á la suma bondad divina, de cruel, porque dicen, que parece se complace en nuestros males; nada más impío que esto, á la vez que absurdo. Dios que es por esencia bondadoso, nos mandaría siempre bienes y felicidades, si nos convenieran; pero en su alto juicio comprende, que las tribulaciones nos son provechosas, porque nos hacen conocer la miseria de esta vida, y nos hacen pensar más en la otra; así se

vé generalmente, que el que está rodeado de satisfacciones se ocupa menos de Dios y de su alma, que el que padece tribulaciones, lo cual se comprende bien, pues Nuestro Señor es amigo de las almas atribuladas, y á ellas con preferencia atiende, como está probado, pues al alma que más quiere es á la que más visita con tribulaciones, porque de esta manera trata de ganar para sí aquella alma á quien atribula, que quizás se habría perdido, si en ella no hubiera puesto sus amorosos ojos.

PUNTO TERCERO.—Muchas y muy grandes, fueron, las tribulaciones que padeció en su vida, la gloriosa Santa Teresa de Jesús, como ella nos lo refiere en sus obras. Sus deseos de padecer por Dios no tuvieron límites y desde sus primeros años ya nos ofrece una prueba de ello, cuando salió de su casa acompañada de su hermanito para ir á tierra de moros, como dice, para que allí la descabezasen por amor de Dios; más como Nuestro Señor dispone las cosas para su mayor gloria y bien de las almas, no quiso aceptar el sacrificio de tan tierna niña, haciendo que un tío suyo los encontrase fuera de la ciudad y

los llevase á su casa paterna; porque la reservaba para una gran empresa, la de la reforma de la órden del Cármen, por medio de la cual, habrían de lograr su salvación tantas almas de uno y otro sexo, que se acogerían á ella como á puerto de seguridad. El padecer la hacía agradable esta vida, en él encontraba la segura nave que la había de conducir á la salvación; el padecer era su pensamiento constante, su más vehemente deseo y su único consuelo, el padecer era lo que la daba verdadero contento y satisfacción: jamás cesó de pedir á Dios trabajos y padecimientos de todo género, pues decía siempre, que para nada era buena esta vida, sino para padecer, y que para nada era breve y corta, sino para trabajar. Nunca se cansaba de padecer, y eso que tuvo muchas y muy terribles tribulaciones, ya con sus enfermedades, ya con su reforma y fundaciones. Estando la Santa Madre en Ávila, en sus últimos años, ofreciósele uno de los trabajos más grandes que tuvo en su vida, y cuando lo estaba relatando á una amiga suya que la fué á ver, alzó los ojos al cielo y dijo: «Con este trabajo, Señor, me pagais todos.

los que me habeis dado en mi vida» quedando luego con gran consuelo y alegría.

El lema de Teresa, fué siempre, morir ó padecer, no queriendo término medio, y así solía exclamar con frecuencia; «Señor, ó morir, ó padecer, no os pido otra cosa para mí.» Tal era el amor que Teresa profesaba á los padecimientos y trabajos.

OBSEQUIO.—Repetir con frecuencia en este día, las palabras de la Santa: «Señor ó morir ó padecer.»

JACULATORIA

Sufridísima Teresa, hacednos amar los trabajos.

EJEMPLO

A una criada de doña Bárbara de Tapia, parienta de la Santa Madre, que padecía de una fuertísima calentura, su señora le puso sobre la frente, una reliquia del cuerpo de la Santa, en lugar de una sangría que mandó el médico la dieran inmediatamente, y se puso buena por completo, con grande asombro de todos y especialmente del médico, que confesó que aquello era milagro. (Vida, libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Creed, que á quien Dios más ama dá mayores trabajos, y á estos responde el amor. Este es el camino de la verdad. No ha de ser más el siervo que el Señor.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; que cifrásteis toda vuestra dicha en padecer y sufrir; yo os suplico, que á vuestra imitación, no solamente lleve con paciencia las tribulaciones y trabajos de esta vida; sino que llegue como Vos á amarlos y desearlos por amor de Dios. Amén.



DÍA ONCE

LECTURA PARA ESTE DÍA

**De la fortaleza y grandeza de ánimo
de Sta. Teresa.**

PUNTO PRIMERO.—Segun los Santos Padres, la virtud de la fortaleza se compone de dos partes, que podemos distinguir así: ofensiva y defensiva; la ofensiva, és el acometer con cuerda osadía y con grandeza de ánimo, los peligros y dificultades que se nos ofrecen; y la defensiva, como su nombre lo indica, es esperar con paciencia, los golpes contrarios que precisamente se han de presentar en el camino de la virtud, principalmente, al poner en ejecución cosas arduas y difíciles.

La grandeza de ánimo, no es más que una parte importante de la virtud de la fortaleza, y así para poseer la fortaleza, se hace necesario tener la grandeza de ánimo.

Nuestro Señor al criarnos tan frágiles y débiles, como de barro que somos, nos dió la virtud de la fortaleza, para que nos serviera de contrapeso en unión con la paciencia, y así, poder soportar las contradicciones y trabajos de esta vida, que no son pocos; y que cuando no hay fortaleza para sufrirlos, se nos hacen mayores y más insoportables; lo contrario sucede, cuando se tiene fortaleza; entonces, todos los más grandes trabajos, disgustos y contradicciones, parecen nada. Veamos, pues, la necesidad, de esta importante virtud en el alma.

PUNTO SEGUNDO.—La fortaleza, es á más muy necesaria al alma, para contrarrestar las tentaciones con que continuamente somos molestados por el enemigo; más no basta pelear contra las tentaciones, tenemos que luchar con nosotros mismos, contra nuestras pasiones, si queremos emprender el camino de la virtud y seguir á Jesucristo, como Él nos lo dice: «El que quiera venir en pós de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.»

La empresa de vencer las tentaciones y sobre todo, la de negarse ó vencerse á sí mismo, es verdaderamente árdua y difícil;

pero no debemos acobardarnos por eso, antes al contrario, tratar de fortalecernos y pedir á Dios auxilio, esperando que con la gracia divina todo lo conseguiremos y veremos allanarse hasta las más grandes dificultades. Para esto es necesario, que las almas sean animosas y fuertes y no cobardes, pues las cobardes pronto son vencidas, mientras que las fuertes y animosas, saben defenderse bien y jamás se rinden al enemigo. Así como el soldado, cuando va á entrar en campaña, se prepara convenientemente, tomando sus armas y municiones; así el alma que ha de luchar contra las tentaciones y sus propias pasiones, se debe preparar también con el arma de la fortaleza para no ser vencida. De este modo y no de otro, logrará completa victoria sobre sí y sobre el infierno.

PUNTO TERCERO.—El verdadero testimonio, de la fortaleza y grandeza de ánimo con que Nuestro Señor dotó á Santa Teresa de Jesús, lo tenemos, en las obras tan heroicas y admirables que emprendió con su Reforma y fundaciones. Fué Teresa, el fiel retrato de la mujer fuerte descrita por Salomón, pues reunió á la grandeza de ánimo,

la fortaleza de corazón; fué en una palabra, lo que generalmente se llama una muger varonil, pues era de admirar en su sexo, tanta fortaleza como pudiera tener el más atrevido guerrero. Ella, que tan bien se conocía, nos lo asegura por estas palabras: «Yo no soy nada mujer, pues tengo recio corazón.» Al emprender Teresa sus fundaciones, no contaba con apoyo alguno, antes al contrario, se presentaron desde el primer momento, grandes dificultades, que á cualquiera otra muger, la hubieran hecho desistir de su propósito; y sin embargo, ella, porque sabía era la voluntad de Dios que se hiciese, poniendo en Él su confianza, las iba allanando y venciendo. Si no tenía dinero para sus fundaciones, no por eso desmayaba; trabajaba y lo encontraba, porque nunca han faltado almas piadosas y generosas. Ella decía como San Pablo: «Todas las cosas puedo, en virtud de aquel Señor que me conforta» y así era verdaderamente, porque todo lo lograba, por muy difícil é imposible que pareciese á los ojos de los demás; con lo cual llegó á adquirir tan grande fama en esto, que comunmente solían llamarla, «Teresa de

Jesús la Omnipotente.» Tanto en las cosas materiales, como en las espirituales, fué animosa y fuerte, logrando vencerse á sí misma y á las tentaciones; por lo que pudo ir en cumplimiento de la divina palabra, en pós de Jesucristo.

OBSEQUIO.—Resistir particularmente en este día con gran fortaleza, nuestras pasiones y las tentaciones con que fuésemos molestados por el enemigo.

JACULATORIA

¡Santa Teresa, Virgen fuerte en las tentaciones y trabajos! hacednos fuertes.

EJEMPLO

Una religiosa descalza del Convento de Segovia, llamada María de la Concepción, estaba por completo privada del sentido del olfato. Oyendo decir á sus hermanas, el suavísimo y fragante olor que tenían las reliquias de la Santa que allí se veneraban, teniéndolas en sus manos un día para venerarlas, comenzó á decir: «¿No gozaré yo, Madre, de este olor? débenlo causar mis pecados» é interiormente suplicó á la Santa le alcanzase esto de Dios, y al punto se le abrió el sentido del olfato, pudiendo aspirar el fragante aroma que despe-

dían las reliquias, y de allí en adelante siempre olió. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Quiere el Señor, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza en sí: ninguna de estas queda baja en el camino de la virtud. Tened, pues, gran confianza, que Dios ayuda á los fuertes.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella admirable fortaleza y grandeza de ánimo con que fuísteis dotada; suplicóos, me alcanceis del Señor esta virtud, para que con ella pueda defenderme de mis pasiones y de las tentaciones del infierno, y así poder ir en pos de El, hasta la bienaventuranza eterna. Amén.



DÍA DOCE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la acrisolada fé de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Es la fé, el primer paso ó escalón para la vida eterna, la llave del cielo y la base de toda nuestra Sacrosanta Religión, y como dice San Clemente Alejandrino: «Tan necesaria al cristiano para vivir, como su misma respiración.» Sin la fé, los principales dogmas y creencias de la Religión Católica, tales como el Misterio de la Santísima Trinidad, el de la Encarnación del Verbo Divino, el de la adorable Eucaristía, el de la Purísima Concepción de Nuestra Señora y otros, no podrían subsistir; pues como son tan superiores á nuestras luces y comprensión, están basados únicamente en la firmísima columna de la fé. El mismo Salvador, decía: «El que no cree, ya está juzgado» ó lo que es igual, ya está conde-

nado y tiene cerradas las puertas del reino de los cielos.

Nosotros no hemos visto á Dios, y sin embargo creemos que existe, uno en esencia y trino en persona, porque la fé así nos lo enseña; luego sino fuera por esta virtud, dudaríamos de su existencia y de su grandeza y por lo tanto, no podríamos aspirar á gozarle; porque, ¿cómo habíamos de ir á su reino, no creyendo ó dudando de su existencia?; así, pues, es indispensable para la salvación, la virtud de la fé, principio de todas las demás.

Sino fuera por la fé, viviríamos como los seres irracionales, sin pensar en otra vida mejor, ni adorar al Dios que nos crió; comiendo, durmiendo y entregándonos á las pasiones como los animales, sin ocuparnos para nada de nuestra alma. San Buenaventura, tratando de esta virtud se expresa así: «Fundamento inmoble, antorcha resplandeciente, puerta que introduce en el entendimiento todas las luces sobrenaturales; según cuya medida, es necesario medir también, la sabiduría que se nos otorga de lo alto,» para que como dice San Pablo: «Ninguno sepa más de lo que le conviene saber.»

De estas palabras del Apóstol de las gentes, se desprende, que así como Dios nos revela algunos misterios por medio de la fé, nos oculta otros, porque así convendrá á nuestras almas.

PUNTO SEGUNDO.—Siendo tan importantísima esta virtud, gran cuidado debemos poner en conservarla; máxime, cuando es tan fácil de perder, y mucho más, en este siglo en que estamos, en el cual, el mundo y los secuaces del infierno la hacen la más encarnizada de las guerras. Son estos unos tiempos, en los que verdaderamente es muy difícil conservar íntegra la fé; por un lado, el racionalismo y el indiferentismo religioso, que desgraciadamente es tan general; por otro, las sectas secretas y las ideas tan libremente pensadoras que dominan á muchos hombres; y así, un sinnúmero de males que afligen hoy á la sociedad, los cuales son suficientes para que muchos cristianos fluctúen en sus creencias, como sucede, impulsados por esa peligrosa corriente que inunda los campos en que esta virtud florece. Véase, pues, la necesidad de no desmayar y asirse fuertemente á esta columna; pues sino lo hacemos así, iremos.

perdiendo poco á poco, tan inestimable tesoro, arrastrados por la corriente del siglo, hasta el abismo más insondable que es, la perdición del alma; pues la falta de fé, como hemos visto antes, nos cierra por completo las puertas de la vida eterna.

Resumiendo todo lo dicho, podemos decir: con la fé todo está salvado, sin ella, todo está perdido.

PUNTO TERCERO.—Fué Santa Teresa, singularísima en la virtud de la fé, pues tuvo una certidumbre tan grande de todos los arcanos más incomprensibles y de los misterios más profundos de nuestra Santa Religión, que no había cosa por visible y evidente que fuese, que pudiera compararse con la certeza que ella tenía de las inefables verdades de la divina doctrina, como ella lo dice por estas palabras: «En cosas de fé me halló á mi parecer con muy mayor fortaleza. Paréceme á mí, que contra todos los Luteranos me podía yo sola hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdición de tantas almas. Quered vos, Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis y mientras más ma-

ravillas oigo vuestras y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fé, y con mayor determinación creo que lo haréis vos. ¿Y qué hay que maravillar que lo que hace el Todopoderoso es grande? Bien sabeis Vos, Dios mío, que entre todas mis miserias, nunca dejé de conocer vuestro poder y misericordia. Várame, Señor, esto en que no os he ofendido.» Jamás tuvo tentaciones contra la fé, porque la misma oscuridad é incomprendibilidad de las cosas, que esta virtud nos enseña; era para Teresa un motivo más, para creer en ella y sentir más altamente de un Dios á quien no puede llegar á comprender la bajeza nuestra y nuestro oscuro entendimiento. Aunque toda su vida trató con letrados y filósofos, dice Fr. Diego de Yepes, nunca les preguntaba ni aún lo deseaba saber, como hizo Dios esto ó aquello, ó porque lo hizo así y no de otra manera; pues ella no necesitaba más que saber que Dios lo hizo, para alabarlo. Su fé no tuvo límites y así pudo llegar á gozar de aquel Señor en quien tanto había creído y en quien tanto confió siempre.

OBSEQUIO.—Hagamos hoy tres actos de fé; de la Omnipotencia, de la justicia y de la Misericordia de Dios.

JACULATORIA

Santa Teresa, Madre de milagros, obrad el de mi conversión.

EJEMPLO

Una monja profesa de Santa María de las Dueñas de Salamanca, llamada doña Isabel de Monroy estaba ciega de ambos ojos, con cataratas, y aunque se las extrajeron, quedó más ciega de lo que estaba antes. Dióla una religiosa, un poco de carne de la Santa, diciéndola se encomendase á ella y haciéndolo así y poniéndose la santa reliquia sobre sus ojos, quedó al poco tiempo buena completamente; pudiendo ver con sus dos ojos como antes de su enfermedad, como lo afirmaron todas las señoras religiosas del mismo convento. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

La devoción interior no la muestre sino con grande necesidad; mi secreto para mí; dicen San Francisco y San Bernardo.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por la acrisolada fé que tuvísteis en las cosas divinas y dogmas de la Religión; supplicóos, me alcanceis del Señor esta virtud, base fundamental de todos las demás, para que imitándóos en ella, puedan cumplirse en mí, las palabras que Cristo Nuestro Señor dijo al Apóstol Santo Tomás: «Bienaventurados los que no vieren y creyeren.» Amén.



DÍA TRECE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la firmísima esperanza de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—La esperanza, es una de las principales virtudes, pues es la que hace al alma vivir siempre en el santo temor de Dios; ella es el móvil de todas las acciones buenas y generosas de los hombres, no solo en cuanto á los bienes celestiales, sinó también en cuanto á los terrenos.

La esperanza, es la que hace al mercader cruzar los mares exponiéndose á encontrar la muerte en ellos, por el lucro cuantioso con que sueña; la que obliga al estudioso á consagrar su vida á los libros, á fin de adquirir fama de sabio, filósofo ó literato; y finalmente, la que mueve al militar á arrostrar todos los peligros de la guerra, para merecer empleos y recompensas que sirvan de prueba de su bizarría y

valor; y así, á todos los hombres, por un fin particular, la esperanza les hace emprender toda obra meritoria ó lucrativa.

La esperanza, es la que nos hace soportable esta vida, porque sinó esperáramos que los males que en ella se sufren habrían de tener su término, llegaríamos á desesperarnos y cansarnos de vivir. ¿Qué sería de nosotros sinó tuviésemos cifradas nuestra esperanza en otra vida mejor que esta, donde no se padeciese lo que aquí y donde encontraríamos la recompensa de nuestras tribulaciones en este mundo, de nuestros méritos y buenas obras?

¿Cuántas personas, sinó fuera por esta esperanza, pondrían fin á sus días, cansadas de la vida y agoviadas por el peso inmensísimo de los sufrimientos? ¿Qué sería en fin de la humanidad, sinó fuera por la esperanza de un premio para los buenos, ó por el temor de un castigo para los malos? Sin premio y castigo, sería imposible la existencia en el mundo, pues como en este caso los hombres, nada bueno esperarían, ni nada malo temerían, no tendrían religión ni creencia alguna, (pues que todas se fundan en la esperanza de otra vida

mejor que esta) y por consiguiente, no habría quien pudiese poner freno á sus pasiones, ni con qué contrarestar sus naturales y malas inclinaciones; matarianse los unos á los otros, no habría respeto á la justicia, ni á la moral, ni á nada absolutamente, sería el mundo entonces, un verdadero caos de perdición.

PUNTO SEGUNDO.—Hemos visto que dos son, los clases de esperanzas que el alma puede tener; esperanza en los bienes terrenos y esperanza en los celestiales: desde luego vemos á simple vista, cual de estas dos esperanzas es la que más nos importa y conviene á nuestras almas.

No pongamos nunca nuestra esperanza en los bienes terrenos, pues como su nombre lo indica, son caducos y pasajeros (como todo lo de esta vida) y por otra parte pueden perjudicar grandemente al alma; pongámosla en los celestiales, pues estos son duraderos y eternos y hacen gran provecho al alma; pongámosla en Dios y no nos pesará, pues como dice San Pablo: «El que pone su esperanza en Dios, no será jamás confundido» No confiemos nunca en nosotros mismos, ni en nuestras fuerzas;

pues como débiles que somos, nada podemos sin Dios, que es Omnipotente en sus obras é infalible en sus palabras, como Él mismo lo dijo: «Los cielos y la tierra pasarán, más mis palabras no faltarán.» Tengamos siempre presentes aquellas palabras del Apostol de las gentes: Yo por mí mismo, débil y miserable cual soy, nada puedo; pero lo puedo todo con el auxilio del Dios que me conforta.»

En toda empresa difícil que tengamos que emprender, en las tentaciones, tribulaciones y todas las necesidades espirituales ó temporales, pongamos en Dios toda nuestra esperanza y pídamosle que nos ayude y nos proteja y así nada tendremos que temer, pues Él es, Señor misericordioso y atiende y ampara siempre á los que esperan é imploran su auxilio, si ponemos de nuestra parte todo lo que podamos; porque esperar en Él, y no hacer por nuestra parte ningún esfuerzo, más que esperanza, sería presunción y de virtud pasaría á vicio. Guardémonos pues de esto, esperando en Dios y ayudándonos con nuestros propios esfuerzos.

PUNTO TERCERO.—La mejor prueba

de la grande y firme esperanza que tuvo la gloriosa Santa Teresa de Jesús, es indudablemente, la grande obra de la Reforma de la órden Carmelitana que emprendió, no confiando en humanos auxilios ni favores, sinó fiada única y exclusivamente en la palabra y ayuda del Señor, que se la había inspirado. Ella no tenía bienes, ni medio alguno para poner en práctica tan gigantesca obra, y sin embargo, esto no la detuvo, antes al contrario, poniendo toda su esperanza en Dios, acometió su empresa, esperando recibir los medios necesarios para llevarla á cabo, del mismo Señor que se la inspiró; como así efectivamente sucedió y hemos visto, al tratar de la grandeza de ánimo con que Dios la dotó. También probó Teresa su esperanza. en la Regla y Constituciones que dió á su Reforma, pues en ella, prohíbe á las Comunidades, tener rentas y bienes; queriendo que sus monjas y frailes vivan de la sola limosna, esperando que Dios les proveería del sustento necesario, como provee de él á los animales de la tierra, á las aves del espacio y á los peces del mar; pues tenía muy presente siempre aquella sentencia del

Espíritu Santo: «Poned en Dios todo pensamiento sobre vuestro alimento, y Él proveerá.»

Otra muestra de su admirable esperanza, son las siguientes palabras, que ella escribió en su vida (cap. 25): «¡Oh! quien diese voces para decir; Señor, cuan fiel sois vos para vuestros amigos. Toda las cosas faltan, más vos, Señor mío, no faltais. Fálteme todo, Señor mío, que si vos no me desamparais, no os faltaré yo á vos. No me falseis vos Señor, que ya yo tengo experiencia de las ganancias con que sacais á quien en solo vos confía.»

Tanta era la esperanza, que Santa Teresa tenía en la bondad y misericordia divina, que llegó á tener gran certeza de que iría á ver y gozar de Dios en la gloria, y así, la vida era para ella el mayor de los tormentos, pues la privaba de esa inmensa dicha que esperaba disfrutar: esto la hizo componer, aquella glosa que tan amenudo repetía y que empieza así: «Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero.» Versos hermosísimos que fueron inspirados por aquella firmísima esperanza, que tan arraigada.

tuvo siempre en su corazón, hasta verla convertida en realidad, el día en que por disposición divina, dejó su preciosa alma esta vida de miserias, para trasportarse al cielo á gozar de la divina presencia.

OBSEQUIO.—Hagamos hoy un acto de esperanza en Dios, para honrar así la que tuvo Santa Teresa.

JACULATORIA

¡Santa Teresa gloriosa! en Vos pongo después de Jesús, María y José, toda mi esperanza.

EJEMPLO

En Ciudad Real, una mujer llamada Gerónima Poblete, padecía con gran frecuencia fuertes accidentes: un día que se hallaban en su casa hospedados dos Padres Carmelitas descalzos, llamados Fr. Francisco de la Trinidad y Fr. Juan de la Encarnación, la dió uno tan fuerte y largo, que su marido y demás familia se afligieron mucho y temieron por su vida; enterados los Padres y entrando en la habitación de la enferma, pusieron sobre esta, una reliquia de la Santa Madre; y acto seguido recobró el conocimiento, no volviendo á repetirla en toda su vida los tales accidentes. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Si nos parece que el Señor nos ha dado alguna virtud, entendamos que es un bien recibido y que nos la puede tornar á quitar, como á la verdad acaece muchas veces, y no sin gran providencia de Dios.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella firmísima esperanza que siempre tuvisteis en la Misericordia divina, basada en aquellas palabras de nuestro adorable Redentor: «Dichosos los que en mí pongan toda su confianza, porque yo los consolaré en el día de la tribulación.» Súplicóos, Santa mía, me alcanceis del Señor esta virtud tan necesaria en la vida, para que en mí se cumpla también esa consoladora promesa. Amén.



DÍA CATORCE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la grande caridad que tuvo Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—El amor al prójimo es efecto del amor á Dios, pues solo el que á Dios ama, es el que puede amar al prójimo, porque ambos amores están completamente ligados, como se desprende de los divinos mandamientos; los cuales como sabemos, quedan reducidos á dos, que son: «Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.» Así, pues, el que quiera emprender el camino de la caridad, robustezca primero su alma con el amor á Dios y así aprovechará después grandemente en el amor al prójimo.

Hermosa es en verdad esta virtud, tanto porque tiene su fundamento, esencialmente en el amor á Dios, cuánto, por lo que es ella en sí. La caridad es el comple-

mento de toda la doctrina de Jesucristo y el lema glorioso de su bandera. Antes de su venida al mundo, el amor al prójimo no se conocía, nadie se interesaba por el bien ajeno, ni tampoco evitaba cuando podía el mal de su prójimo; antes bien, complacíanse en hacerse daño unos á otros porque no había compasión, porque la caridad no era conocida; vino Jesús á predicar el amor al prójimo, con su ejemplo y su palabra, encargándonos que nos amemos los unos á los otros de tal modo, que tomemos parte en las tristezas y alegrías de nuestro prójimo, que en sus desgracias é infortunios le ayudemos y consolemos todo cuanto podamos, no deseando nunca para ellos lo que no queramos para nosotros, y con doctrina tan sabia y dulce, varió Nuestro Señor por completo la faz del órbe; rompiéronse las cadenas que esclavizaban á tantos desdichados seres que gemían en triste cautiverio, por el delito de no haber nacido en noble cuna; concluyéronse los tiranos que dominaban los pueblos, tales como Nerón que por solo el brutal placer de ver correr sangre humana, sacrificaban innumerables víctimas de entre sus

vasallos y esclavos; y finalmente, terminóse la tristísima y vergonzosa situación en que vivía la mujer, que nacida y criada por Dios para compañera del hombre, hallábase convertida en su esclava. Resplandeció en fin, por todo el mundo, la antorcha del cristianismo que venía á iluminar muchas inteligencias que se hallaban en las tinieblas de la más grosera idolatría; y con él apareció la caridad, desconocida hasta entonces, amada y practicada hoy por tantas almas, que llevan á los hogares de los pobres y afligidos el sustento corporal de que carecen y el consuelo espiritual que sus almas necesitan,

PUNTO SEGUNDO.—Siendo como es, la caridad, efecto del amor á Dios, todas sus obras deben de hacerse única y exclusivamenté movidas por ese tiernísimo amor, y no por humanos respetos é intereses; pues que entonces más que caridad, sería hipocresía la que nos hiciese obrar bien; así debemos poner sumo cuidado en no confundir (como desgraciada y tan generalmente sucede) la verdadera caridad, nacida y cimentada en el amor de Dios, con la falsa, conocida hoy con el nombre de

filantropía; la que han inventado los racionalistas de este siglo, con el fin de sustituir y reemplazar á la verdadera y prescindir de este modo del amor de Dios, base de la caridad, en virtud de sus ideas; creyendo erróneamente demostrar así al mundo, que para amar al prójimo y ejercer la caridad, para nada se necesita profesar la religión de Jesucristo, único autor del amor al prójimo, como se ha demostrado anteriormente.

Mucho debe huirse de caer en esta confusión ó lazo del demonio, y para evitarlo, hay que distinguir la diferencia que existe entre la verdadera caridad y la filantropía.

Las obras hechas por caridad, son aquellas, que hacemos movidos de compasión hacia nuestro prójimo, á la vez que deseosos de agradar á Dios que nos manda hacerlas; estas se hacen de manera, que como se dice en el Evangelio, nuestra mano derecha ignore lo que la izquierda hace; es decir, que el beneficio que hagamos, solo lo sepa Dios y el beneficiado. Las de filantropía son, las que no se hacen más que para que el mundo las conozcan y aplaudan, sin que ningún sentimiento de compasión, y sobre todo de deseo de agra-

dar á Dios, nos impulse á ellas; lo cua es una verdadera hipocresía y nada más.

Distinguiendo, pues, la diferencia que existe entre la virtud y el error, pongamos todo nuestro cuidado en librarnos de tan terrible engaño, como sería este para nuestras almas, si cayésemos en él. Vivamos ejercitando la caridad de Jesucristo con nuestro prójimo, como Él nos la ha enseñado, para que podamos oír de sus labios sacratísimos, las palabras que nos ha asegurado, dirá á los caritativos en el día del juicio final. «Venid, benditos de mi Padre á poseer el reino que os tengo preparado, porque tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed y me dísteis de beber, estuve desnudo y me vestísteis, estuve enfermo y encarcelado y me visitásteis, y cuando estuve triste y afligido me consolásteis.» Hagamos, pues, estas y todas las demás obras de misericordia, si queremos ser del número de los venturosos que oígan en tan tremendo día, esas amorosas palabras de boca de nuestro adorable Redentor, y llegar á poseer ese reino de gloria que tiene preparado, para los que ejercitan la hermosa virtud de la caridad.

PUNTO TERCERO.—Si en todas las virtudes resplandeció Santa Teresa de Jesús, en esta fué verdaderamente asombrosa. Toda su vida la pasó ejerciendo obras de caridad y rogando á Dios é interesándose grandemente por la salud espiritual del prójimo, de tal manera, que puede aplicársele perfectamente, lo que de nuestro dulcísimo Jesús, dice la Sagrada Escritura: «Pertransiit benefaciendo,» esto es, pasó su vida haciendo bien. Tenía gran cuidado de la salvación de las almas, llenándose de aflicción cuando veía que alguna andaba extraviada, no perdonando medio de procurar á todo trance su conversión. Cuando veía alguna persona de talento ó virtud se dirigía á Dios y con gran fervor le decía: «Señor, mirad que este es bueno para nuestro amigo,» pareciéndole que una persona de condición tal, haría gran bien á su Orden y se santificaría más en ella á la vez,

Fué Santa Teresa, mujer caritativa por excelencia, pues en hacer el bien, consistía toda su alegría y su gusto; ella rogaba incessantemente por la conversión de infieles y herejes á quienes compadecía con todo

su corazón, deseando verlos en gracia de Dios; si veía alguna persona triste, al punto la consolaba compartiendo con ella su pena, y rogando á Dios la diera fuerzas para sufrir con paciencia su desgracia ó tribulación; si álguien la injuriaba, no solamente la perdonaba y olvidaba la injuria, sinó que la favorecía en cuanto podía rogando al Señor la perdonase; en fin, siempre que tenía ocasión, ejercía toda clase de obras de caridad con el prójimo, dando así admirable ejemplo á sus hijas y á todas las personas que la conocían y trataban.

Una vez, estando en el convento de Malagón, había una monja que padecía de lepra, por lo que las demás procuraban no acercarse á ella mientras estuvo así; notándolo la Santa Madre, las reprendió severamente y para dar á sus hijas un gran ejemplo de caridad, llegóse á la celda de la Madre enferma, la curó los piés (que era la parte leprosa) y luego se los besó tiernamente, repitiendo este humilde y caritativo acto todos los días, hasta que la monja estuvo completamente curada.

Muchos ejemplos podrían citarse, como pruebas de lo mucho que amó esta virtud la

gloriosa Santa, pero el ya referido, basta por sí solo para este fin; pues es un acto de tan encendida caridad, que trasluce perfectamente la que ardía en el alma de la sin par Teresa, y que viene á ser la piedra más valiosa que adorna y enriquece la corona de virtudes, con que su divino Esposo Jesús, la coronó, en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón.

OBSEQUIO.—Procuremos en este día dar alguna limosna á un pobre, ó hacer otra cualquiera obra de caridad, para honrar más á la caritativa Santa Teresa.

JACULATORIA

¡Oh gloriosa Teresa! hacedme tan caritativo como vos lo fuisteis.

EJEMPLO

En la ciudad de Toro, un pintor llamado Juan de Atalaya que estaba encargado de dorar un sagrario para el convento de Carmelitas descalzas; estando con un fuerte y rabioso dolor de muelas, dejó de trabajar en el sagrario; habiendo ido á ver como estaba la obra, el Padre Fr. Francisco de la Trinidad, se encontró con que no estaba concluida por la enfermedad del pintor; llevando

como solía siempre, consigo, una reliquia de la Santa Madre, púsose la sobre la parte dolorida; y al momento cesó por completo el dolor y pudo concluir el trabajo que se le había encomendado. (Vida cap. 3.º lib. 4.º)

MÁXIMA

Jamás de nadie oigas, ni digas mal, sino de tí mismo; y cuando olgares de esto, vas bien aprovechando.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella acendradísima caridad en que continuamente os ejercitásteis, alcanzadnos del Señor tan preciosa y necesaria virtud; para que por ella merezcamos, la misericordia de Dios, el perdón de nuestros pecados y la posesión de la eterna bienaventuranza. Amén.

DÍA QUINCE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la prudencia singular de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Todas las virtudes morales, son hermosas y necesarias para nuestra salvación, pues que todas ellas vienen á ser como escalones que nos conducen al cielo; más es necesario que vayan acompañadas de la prudencia, una de las cuatro virtudes cardinales; pues sin ella las demás virtudes podrían degenerar en vicio, como dice San Bernardo por estas palabras: «Allí donde falta la prudencia, las virtudes se convierten en vicio.» La prudencia es la más indispensable de las virtudes, pues es la maestra y guía de las demás; la destinada á ordenarlas todas según las circunstancias de personas, lugares y tiempos y la que las modera en caso de excederse, puesto que todo exceso nunca puede ser virtud. Poseyendo el alma todas

las demás virtudes y no poseyendo la prudencia, es como sino tuviera ninguna; pues así como un buque cargado de ricas mercancías que tuviese que llevarlas á un puerto dado, sin piloto que le guiase, no podría navegar, así el alma que le falta la prudencia, no puede llegar al cielo aunque otras virtudes tenga.

De nada absolutamente serviría, que el alma poseyera todas las otras virtudes y careciese de la prudencia, que es la que ha de dirigir y encaminar á las demás por el debido camino, pues como dice Santo Tomás, es: «una virtud que ayuda á las otras, y obra de concierto con ellas,» Es a prudencia, en fin, como dice San Agustín: «la ciencia de las cosas que deben hacerse ó evitarse,» pues que ella es la que regulariza nuestras buenas acciones, y evita las malas, librándonos de la exageración que tan perjudicial es siempre para el alma.

PUNTO SEGUNDO.—La prudencia nos enseña también, á no dar crédito á cualquier palabra ó pensamiento y á examinar las cosas despacio como según Dios deben examinarse, pues desgraciadamente

sucede, que por falta de prudencia, muchos dán más crédito á las cosas malas que se nos dicen del prójimo, que á las buenas; así como también se suele repetir lo que se oye decir ó se cree de cualquier persona, sin asegurarse primero si es ó no cierto: no siendo lícito hablar mal del prójimo, aunque sea con fundamento; menos lo será, desde luego, cuando sea con falsedad ó duda, puesto que no debemos nunca asegurar lo que no hubiésemos visto y aún viéndolo ó sabiéndolo de cierto, tampoco debemos referirlo á nadie, por no faltar á la caridad que siempre debemos tener con el prójimo y no escandalizar á los demás; y para que así lo hagamos, tengamos siempre presente, cuán propensa es al mal la flaqueza y miseria humana y lo resbaladizas que son las palabras de los hombres. Como vemos, esta parte de la prudencia está estrechamente unida á la caridad; y así, faltando á la prudencia de la manera que se ha dicho, se falta también á la caridad; con lo cual queda bien demostrada, la importancia de esta virtud y la necesidad que tenemos de adquirirla, si queremos agradar á Dios y dirigir nuestras

almas por camino seguro, salvando escollos, hasta arribar felizmente al deseado puerto de la gloria.

PUNTO TERCERO.—Justo y razonable era, que la Santa que fué dotada por Dios de todas las virtudes en grado muy elevado, lo fuese también de la prudencia, base fundamental y guía de todas ellas. Así, pues, resplandeció en esta virtud Santa Teresa de Jesús, según nos lo dice su confesor y cronista Fr. Diego de Yepes, el cual se expresa así: «Prudencia más que humana fué menester, para que una mujer, flaca, pobre, enferma, desamparada de todo arrimo y favor temporal, emprendiese una nueva reformatión, no solo de mujeres, sino de hombres y que por sí misma dirigiese tantos Monasterios y lo que es más, pobre y sin renta, venciendo tantas dificultades, templando tantas condiciones, ganando tantas voluntades, despreciando varonilmente tantos juicios y pareceres del mundo, y el decir y murmurar de las gentes, no haciendo más caso que si fueran ladrillos de goznes, y en fin, haber acertado con los medios que para tan altos y tan grandes cosas fueron necesarios.»

Tan grande era su prudencia para el buen órden de los Conventos de su Reforma, que á todos asombraba; y así una vez, que la Princesa doña Juana, hermana del Rey D. Felipe II, escribió á la Santa Madre (á quien amaba tiernamente) con ocasión de invitarla á pasar al Convento de descalzas Reales que había fundado, cuando fuera la Santa á Madrid á hacer su proyectada fundación, entre otras cosas decía en la carta: «No sé como os podeis valer con tantos Monasterios, pues yo apenas puede con uno.»

Prueba inequívoca de la gran prudencia de Teresa es también, la Regla y Constituciones que dió á sus hijas, en las cuales se vé armoniosamente unidas la penitencia y el rigor, con la prudencia y la templanza; haciendo de esta manera llevadera y hasta agradable, tan austera vida monástica. Aunque era en extremo rigorosa consigo, no lo era con sus hijas, ni permitía lo fuesen estas consigo mismas; prohibiéndolas usar fuertes penitencias, amándolas de lo íntimo de su corazón, siendo afable, benigna y cariñosa con ellas, y en sus enfermedades las cuidaba y atendía con

grande esmero, soliendo decir: «Que antes había de faltar lo necesario para los sanos, que el regalo para los enfermos.» En fin, diremos por último, que su prudencia no conoció límites, llegando á ser copia exactísima de las Vírgenes prudentes, de que habla el Evangelio de este día, en el oficio de la Santa, las cuales Vírgenes, con sus lámparas encendidas, esperaban la llegada del Esposo en la noche de sus bodas y merecieron acompañar para siempre al Amado de su alma, quien coronó sus sienes con la corona que tiene preparada para sus esposas fieles y prudentes.

OBSEQUIO —Oíganos misa en este gran día, ya que es la fiesta principal de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús.

JACULATORIA

Haced gloriosa Teresa, que en la hora de mi muerte, después de los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, pronuncie también el vuestro.

EJEMPLO

En la ciudad de Toro, había un Caballero llamado D. Francisco Deza; tenía un hijo de cuatro ó cinco años, que llevaba tiempo padeciendo horriblemente del estómago, habiéndole sido inútiles todos los remedios de la ciencia; llegando á noticia de su padre, los milagros que en aquella ciudad obraban las reliquias de la Santa Madre Teresa, que poseía el Padre Francisco de la Trinidad, llamó á este á su casa y viendo al niño en tal estado, Fr. Francisco sacó las reliquias y poniéndoselas sobre el estómago del enfermito al punto recobró la salud, pues el niño se levantó y dijo: «Mamá, déme de comer, ya estoy bueno,» le dieron en efecto de comer y comió con gran apetito, quedando todos muy alegres y agradecidos á Santa Teresa por tan visible milagro. (Vida libro 4.º pág. 3.º)

MÁXIMA

En las cosas que no le vá ni le viene, no sea curioso en hablarlas, ni tampoco en preguntarlas.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús;

por aquella singularísima prudencia que fué la norma de todos los pensamientos, palabras y obras de vuestra vida; suplicoos, me alcanceis de Dios esta preciosa virtud cardinal, para que ella dirija también mis pensamientos, palabras y obras á mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.



DÍA DIECISEIS

LECTURA PARA ESTE DÍA

Celo que por intereses de Dios tuvo
Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO—El celo por los intereses de Dios, no es otra cosa que la veneración y cuidado que ponemos en todo aquello que puede dar gloria á Dios y á su Iglesia y por lo tanto podemos llamarla consecuencia inmediata de la fé, pues de nada absolutamente nos serviría creer en los misterios y dogmas de nuestra Sacrosanta Religión, sinó los adorásemos y reverenciásemos como es debido. Este celo no se concreta solo á la alabanza de las divinas revelaciones, sinó que se extiende á todo lo que á Dios se refiere, esto es; á la propagación de la fé por todos los medios; á la salvación ó conversión de las almas, así de infieles como de pecadores; á la frecuente recepción de los Santos Sa-

cramentos de la Iglesia; á la edificación, conservación y aseo de los templos; á la mayor ostentación y devoción de los cultos que en los mismos se consagran; á la protección del sacerdocio, de las Comunidades y Congregaciones religiosas; y finalmente, á toda clase de obras de piedad.

PUNTO SEGUNDO.—En todos los estados y condiciones, podemos profesar este santo celo; el sacerdote en el púlpito y en el confesionario, enseñando la verdad y dirigiendo las almas de los fieles, así como cuidando de los templos que les están encomendados; el misionero llevando la antorcha de la fé á lejanas tierras para iluminar con tan refulgente luz, las oscurecidas inteligencias de los infieles; los religiosos y religiosas desde las celdas de sus monasterios, rogando por la iglesia y sus hijos; el Soberano, haciendo que en sus Estados sea respetada y exaltada la religión de Jesucristo; el magistrado, desde su tribunal, ejerciendo la justicia en nombre de Dios; el militar, en los campos de batalla, combatiendo unas veces por la religión y otras por la pátria; el teólogo y filósofo, ilustrando con sus escritos á los

hombres en las ciencias divinas y humanas; el catedrático, en las Universidades é Institutos, enseñando á sus discípulos la religión y la sana moral; el periodista, difundiendo entre el pueblo por medio de la prensa, la idea religiosa, única capaz de contrarrestar la impía revolución que amenaza al mundo; y por último, los padres de familia por medio de su ejemplo y sus consejos, educando á sus hijos en el santo temor de Dios, base de toda la educación cristiana; y así, todos sin excepción, en los diferentes estados de la vida, podemos cada uno según nuestras fuerzas, velar por los intereses de Dios y de su Iglesia Santa, como tenemos obligación de hacerlo.

PUNTO TERCERO.—Amaba tanto Santa Teresa de Jesús, todo lo que podía servir para dar mayor gloria á Dios y hacer bien por las almas, que pareciéndola poco lo que ella por estos fines hacía con sus oraciones desde el claustro, pedía continuamente á Nuestro Señor la inspirase alguna obra que ella pudiera practicar para su mayor gloria: correspondiendo Jesús al amor que su sierva con esto la manifes-

taba, oyó sus ruegos; y así, un día, después de comulgar, cuando estaba haciendo su acostumbrada petición, se dignó el Señor inspirarla una grande obra de mucha gloria para Él y de provecho para numerosísimas almas; tal era la Reforma de la Orden Carmelitana, que algo mitigada ó relajada con el trascurso de tantos siglos, quería Dios que volviese al fervor primitivo con que la fundara el glorioso Profeta San Elías. Jesucristo, al inspirarle la idea, dióla también las fuerzas suficientes para contrarrestar tantas contrariedades como se habian de presentar en su ejecución; y ya con este auxilio divino, vemos á Teresa llena de celo por la gloria de su Amado, venciendo dificultades, ganando pleitos, buscando [recursos y haciendo fundaciones.

Muchos trabajos padeció Teresa para llevar á cabo la divina misión; caminaba de día y de noche por ásperos senderos ó escabrosas montañas, ya con el frío y la lluvia, como con el calor abrasador; y muchas veces cargaba ella misma con piedras para las obras: ayudada en no poco, de su compañero en la Reforma San Juan de la Cruz, pudo ver coronados sus esfuerzos con die-

ciseis conventos de religiosas que ella fundó, mientras el Santo fundaba otros tantos de religiosos. Empezó nuestra Santa, por el de San José de Avila y siguió consecutivamente con los de Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba de Tormes, Segovia, Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Xara, Palencia, Soria y Burgos, á más de los de Madrid y Granada que mandó fundar, porque el mal estado de su salud la impidió hacerlo por sí misma, como lo hizo con los demás.

El celo de Santa Teresa fué singularísimo; en todas ocasiones dió pruebas inequívocas de ello; todos sus pensamientos, sus palabras y sus obras, se dirigían siempre, á la mayor gloria de Dios y al bien de las almas que tenía bajo su cuidado, dándolas máximas y consejos saludables sobre la vida religiosa y ejemplo digno de copiar en las muchas virtudes que practicó.

OBSEQUIO.—Hagamos en este día cualquier obra de celo, en favor de alguna alma y á mayor gloria de Dios

JACULATORIA

Santa Teresa, conquistadora de corazones, conquistad para Dios el de todos los españoles.

EJEMPLO

En el Convento de Carmelitas descalzas de San Alberto de Lisboa, donde se venera la mano de la Santa, estando muy enferma del estómago una monja castellana llamada Catalina del Espíritu Santo, hija de un caballero español, D. Luis Carrillo y sobrina del Cardenal Granvela; las religiosas sus hermanas, tocaron con la mano de la Santa la parte enferma, lo que la causó por el momento un dolor tan grande é intenso, que no lo podía sufrir, pero en seguida quedó buena completamente y nunca le volvió á repetir. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Despegue el corazón de todas las cosas, y busque, y hallará á Dios.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquel celo tan grande que tuvisteis

siempre por los intereses divinos, del que dís-
teis prueba en la gran obra de la Reforma
de vuestra Orden Carmelitana, y en la fun-
dación de tantos monasterios; os suplico,
me alcanceis del Señor, este santo celo
por los intereses de su gloria, para que pueda
algún día ser recompensado por Dios, como
vos lo fuísteis. Amén.



DÍA DIECISIETE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la sabiduría que tuvo Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—La verdadera sabiduría consiste, como dice el Evangelio, en asegurar la salvación del alma y en hacer bien al prójimo, por lo cual podemos decir, que alma que cumpla con los mandamientos de la ley de Dios será verdaderamente sabia, pues que en ellos están incluidas ambas condiciones; esto es muy comprensible en cuanto á lo primero. Siempre es más sabio el que procura su bien que el que busca su mal, y como ningún bien puede ser mayor que el de la eterna salvación, será mucho más sabio el que trate de asegurarla, que el que la descuida. En cuanto á lo segundo, claro es también por demás, pues entre practicar el bien ó el mal, la elección no es dudosa; porque con hacer bien se agrada á

Dios y puede aspirarse al premio que tiene prometido á los que en su nombre y por su amor, hiciesen obras de misericordia; y con practicar el mal, no solo se desagrade y se ofende al Señor, sino que el alma se vé privada de gozarle en la otra vida, como justo castigo de sus malas obras; así pues, podemos resumir todo lo dicho de la manera siguiente: la sabiduría es la ciencia de obrar siempre bien, agradando así á Dios y asegurando al propio tiempo la eterna salvación del alma.

PUNTO SEGUNDO.—Todos los hombres, tenemos en esta vida un fin ó misión particular que cumplir, trazado por Dios al criarnos á más del general que todos tenemos de servirle y amarle para luego gozarle en la otra; este fin, se nos está oculto y así, pues, debemos pedir al Señor nos lo haga conocer, para cumplir en seguida su voluntad santísima y asegurar la paz del alma; pues según dicen los Santos Padres de la Iglesia, solo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, es donde está la verdadera tranquilidad del espíritu y por lo tanto, la verdadera celestial sabiduría; por el contrario, si vo-

luntaria ó involuntariamente, nos separamos de la divina voluntad, en vano trataremos de buscar la paz del alma, porque no la encontraremos ni aún por los más santos medios. Ahora bien; si Dios nos llamase por ejemplo al estado del matrimonio y nosotros abrazáramos el religioso, por ser más santo su fin, faltaríamos á la voluntad de Dios; como también faltaríamos, si llamándonos al estado religioso, contrajesemos matrimonio, impulsados tal vez por alguna tentación del enemigo deseoso siempre de apartar las almas de tan santa vocación.

Vemos demostrada, pues, la importancia de la sabiduría celestial ó sea el convencimiento de la divina voluntad, como así mismo la necesidad que tenemos de cumplirla, si queremos alcanzar toda la felicidad que el alma puede disfrutar en esta vida. Estamos obligados á cumplir el fin particular para que el Señor nos ha destinado, ofreciéndole nuestro corazón y pidiéndole por medio de la oración, nos haga conocer su voluntad y nos dirija por el camino que nos tiene trazado, en donde encontraremos la felicidad temporal del alma y más tarde, la eterna en la gloria.

PUNTO TERCERO.—La sabiduría, es un dón peculiar del Espíritu Santo, que derrama muchas veces sobre sus escogidos, como lo hizo con los Apóstoles después de la gloriosa Ascención de Cristo á los cielos, cuando estos oraban en el Cenáculo presididos por la Santísima Virgen María. Con esa luz divina, se alumbraron sus inteligencias y pudieron anunciar á todos los hombres y en todas las lenguas el Santo Evangelio.

Los Santos que Dios ha escogido para gloria de su Iglesia, han gozado como era natural, de este privilegio, unos más abundantemente que otros; pero todos, han recibido del Señor algo de este dón, el cual les ha hecho llegar á la santidad, pues careciendo de él no hubieran podido elevarse á tan gran altura.

Santa Teresa de Jesús, es una de las criaturas con quien más pródigamente se ha mostrado el Espíritu Santo, pues derramó sobre ella gran copia de celestial sabiduría, de esa que no se aprende en las aulas, sinó que es un dón puramente gratuito que Dios reparte entre sus fieles siervos, como cuando y en la medida que le place.

La mejor prueba que existe de la gran sabiduría de Teresa, la tenemos, en que es la única mujer que ha merecido ser elevada al alto rango de Doctora mística de la Iglesia, honor que solo se ha dispensado á muy pocos de los más grandes siervos de Dios que venerámos en los altares. La Sagrada Rota, dice de ella, que ha sido dada por Dios al mundo, para iluminarla con su doctrina y alimentarla con su piedad, y que es Maestra que aventaja á todos los Padres de la Iglesia, en método, extensión, claridad y precisión en la enseñanza de la teología mística; y por último, que es la más Santa de las sábias y la más sabia de las Santas.

Todos los Sumos Pontífices han alabado y ensalzado grandemente á Santa Teresa. Gregorio XV, decía, que era la nueva Débora de la gracia y la Maestra de los sábios. Clemente XIV, la llamaba, prodigio de ciencia y santidad. Pío IX, se entusiasmaba hablando de Teresa y decía que era el milagro de su sexo y asombro del orbe, como reformadora y legisladora que había sido de hombres y mujeres, cosa nunca vista en la Iglesia Católica. Por úl-

timo, el sábio Pontífice León XIII, la há calificado de lumbrera nueva é insigne de la Iglesia. Santa Teresa, pues, no solamente recibió de Dios el inapreciable dón de la sabiduría celestial, sinó que también fué honrada por Nuestro Señor con la ciencia infusa ó sea el conocimiento completo de las ciencias teológicas y filosóficas, así como la interpretación de las Sagradas Escrituras; en todas las cuales estaba muy versada apesar de no haberse dedicado jamás al estudio de ellas.

Como la sabiduría no es virtud, como hemos visto, sino un dón del Altísimo, puramente gratuito; no podremos tratar de imitar á la Santa en esto, pero si debemos pedir á Dios que derrame sobre nosotros un rayo siquiera de esa divina luz, para que ilumine nuestra inteligencia y podámos conocer en todas las cosas su santísima voluntad á fin de que una vez conocida la cumplámos fielmente y de este modo asegurémos la eterna salvación del alma, que es en lo que consiste la verdadera sabiduría á que todos podémos y debémos aspirar.

OBSEQUIO.—Leér en este día algún capítulo de las obras de la Santa Madre,

para nutrir nuestra alma con su celestial doctrina.

JACULATORIA

¡Oh sapientísima Teresa! alcanzadnos del Señor, que hagamos siempre y en todas las cosas su santísima voluntad.

EJEMPLO

Estaba en Lisboa doña Inés de Ayala, mujer del Mayordomo Mayor del Archiduque Alberto de Austria, muy enferma de sobrepardo y pidió al Convento de Carmelitas la llevasen la mano de la Santa para venerarla. Así se hizo y habiéndola tocado, recobró la salud instantáneamente, teniéndolo todos por milagroso, por el gran peligro de muerte en que se hallaba. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Si el demonio nos vé con una grande determinación de antes perder la vida, y el descanso, y todo lo que nos ofrece, que tornar atrás en el camino de la virtud, muy presto nos dejará.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella admirable sabiduría que el Espíritu Santo quiso concederos; os suplico, me alcanceis del Señor, luz para conocer en todas las cosas su santísima voluntad y fuerzas para cumplirla, á fin de que pueda merecer el gozar con Vos en el cielo. Amén.



DÍA DIECIOCHO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la sencillez admirable de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—Cuando nuestro divino Redentor nos enseñó la viriud de la prudencia, quiso también enseñarnos la de la sencillez, como vemos por estas palabras que dijo á sus Apóstoles: «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas,» de las cuales se desprende, que la prudencia ha de excluir toda la malicia que tiene también la serpiente, teniendo en cambio la sencillez de la paloma. El mundo desgraciadamente desconoce esta sencillez santa y por tanto se ríe de ella, como dice San Gregorio, y hasta la califica de imbecilidad, pero esto no es de extrañar, pues, como dice San Pablo, el hombre carnal no comprende las cosas del espíritu, siendo para él necedades.

La gente que es del mundo, no conoce

otra prudencia que la que es puramente carnal y mundana. Hay que tener en cuenta que no toda sencillez es virtud y aunque lo fuese, no lo es siempre en el mismo grado. A veces se llama sencilla á una persona de rudo entendimiento ó desprovista de conocimiento; esta clase de sencillez no llega á ser vicio porque es motivada por la ignorancia, pero tampoco puede ser virtud. Otras veces entendemos por sencillez, la sinceridad, ingenuidad, y rectitud de conciencia de una persona, falta tal vez de cierta elevación de entendimiento para aprender cosas árduas y difíciles, y esto sí, es ciertamente virtud recomendada por el Évangelio. Hay finalmente, otra sencillez, que es la que nos revela un alma, la cual siendo dueña de sí misma, victoriosa del mundo y de las pasiones, perfecta concedora de las cosas divinas, y humanas, segura en conciencia por la rectitud de su conducta, excluye ó más bien desprecia, toda astucia, todo artificio y doblez, hablando y obrando con ingenuidad y candor que arrebatá y encanta. En este sentido se ven á veces hombres muy doctos y de elevados sentimientos, tan senci-

llos é ingénuos que parecen niños y el mismo sello llevan sus otras.

PUNTO SEGUNDO.—La virtud de la sencillez, no es fácil ciertamente de adquirir, porque á veces se necesita en gran parte, una predisposición de la naturaleza; sin embargo, como Jesucristo al mandarnos que seamos sencillos, no exige de nosotros más de lo que podemos hacer con el auxilio de su gracia, debemos procurar adquirir toda la que nos sea posible y así suplirémos la que falta por nuestra naturaleza. Mucho se ha de luchar para conseguirla, porque el enemigo trabaja constantemente en contra de esta virtud, como padre que es de la mentira y por ser tan contraria á la soberbia y presunción, pero no debemos arredrarnos; por el contrario, estemos dispuestos á adquirirla á todo trance y progresando en ella poco á poco, con el favor de Dios, llegaremos á poseerla. Cada paso que demos en esta virtud, será un nuevo galardón que nos animará á continuar trabajando hasta su completa adquisición. Para conseguirla es preciso, que dirijamos todos nuestros pensamientos palabras y obras hacia ése fin. Seamos sencillos en la

fé, sometiéndonos humildes á las decisiones de la Iglesia; en la piedad y devoción, conformándonos con las disposiciones divinas; y por último, con todas las personas que tratémos, mostrándonos con ellas siempre leales y sinceros, porque Dios como sabemos, detesta á los que son de corazón doble, esto es, á los que piensan y sienten una cosa y dicen otra, valiéndose de artificios y engaños; la misma sociedad tampoco puede soportarlos y rehuye y esquiva su trato.

PUNTO TERCERO.—Muchos son los Santos que se han distinguido por una sublime sencillez; entre ellos sobresalen, San Francisco de Asís, mi Seráfico Padre, San Antonio de Padua, San Juan de Dios, San Benito José de Labre y nuestra amada Santa Teresa de Jesús, que llegó á grado muy heróico en esta virtud. Basta conocer su vida y sus escritos para comprenderlo. Su modo de vivir, la Reforma de la Orden Carmelitana, la Regla que dió para ella, las obras que escribió, en el estilo más sencillo á la par que sublime, son y han sido siempre admirados por todos los sabios del mundo; la fundación de tantos con-

ventos de uno y otro sexo en los que acogió á tantas almas para guiarlas por el camino de la humildad y sencillez, renovando el mundo, como de hecho lo renovó, con medios tan sencillos, como fueron sus escritos y su ejemplo; todo esto y mucho más que pudiera decirse, nos la representa como mujer de elevadísima inteligencia y sencillez encantadora á la vez.

Si el ápice de la filosofía, según San Juan Crisóstomo, consiste, en ser sencillos y prudentes, Santa Teresa de Jesús que juntó en sí, con perfección tan sin igual, estas dos virtudes, debe ser reputada como gran filósofa. Tal, la han juzgado muchos hombres insignes que de ella han escrito, por el lugar tan glorioso y distinguido que su memoria ocupa en la historia de la humanidad y de la religión.

OBSEQUIO.—Hagamos hoy un acto de humildad, para venerar la gran humildad y sencillez que tuvo Santa Teresa.

JACULATORIA

Gloriosísima Teresa, guíadme por el camino de la sencillez evangélica.

EJEMPLO

En Valladolid había una señora llamada doña Luisa de Porras que habiendo ido á Lisboa, se dió un golpe tan fuerte en el pecho, que de sus resultas le salió un cáncer en el mismo. Hallándose ya muy grave y desahuciada de los médicos, á pesar de estar en cama, se levantó y fué al Monasterio de Madres Carmelitas descalzas, con objeto de tocar su pecho con la mano de la Santa, que allí se venera. Hízolo así, y enseguida experimentó tal alivio, que á los dos meses se hallaba completamente curada, causando á los médicos esta curación el mayor asombro. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Nunca encarecer mucho las cosas, sinó con moderación decir lo que siente.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por la admirable sencillez que siempre profesásteis é inculcásteis á tantas almas que han seguido y siguen vuestra santa Regla; os suplico, me alcanceis del Señor, gracia para que os imite en esta virtud que tanto os ha exaltado en la tierra y glorificado en el cielo. Amén.

DÍA DIECINUEVE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la devoción que tuvo Santa Teresa à su Abogado el bendito Patriarca San José.

PUNTO PRIMERO.—De los muchos medios, que por la ilimitada misericordia de Dios Nuestro Señor, tiene el alma cristiana para conseguir su salvación; es indudablemente, uno de los más fáciles y seguros, la intercesión poderosa de la Santísima Virgen María y de aquellos seres, que por sus eminentes virtudes acá en la tierra, han merecido ser recompensados en la eterna mansión, con el premio que el Todopoderoso tiene reservado para los que cumplen fielmente con su ley divina y los mandamientos de la Iglesia Católica, única verdadera; de aquellos en fin, que gozando de la divina presencia en los cielos, son venerados en los altares de nuestros templos, en calidad de abogados nuestros.

Grandes mediadores son ciertamente para nosotros los Santos del Señor, pues, por lo mismo que ellos han vivido aquí en la tierra y han estado como nosotros sujetos á flaquezas y miserias humanas, contra las que han tenido que combatir para salvarse, conocen muy bien las tentaciones que aquí se padecen, nuestra predisposición natural á la maldad y así se compadecen de nosotros y nunca nos niegan su auxilio cuando los invocamos en nuestro favor, para que interpongan ante Dios su valimiento, porque saben por propia experiencia, la necesidad que tiene el alma cristiana que milita en este destierro, de ser fortalecida por la divinidad, si ha de alcanzar el triunfo de las pasiones y hacer méritos para el cielo; pues el hombre por sí, como dice San Pablo, nada es, ni nada puede, sin el auxilio de Dios.

PUNTO SEGUNDO.—No siendo dignos, como no lo somos, de que el Señor atienda nuestras plegarias, necesitamos sin duda alguna, recurrir á los Santos, á fin de que sus ruegos supla lo que falta por nuestra miseria, y que por sus méritos seamos atendidos, ya que nosotros carecemos

de ellos. Ahora bien: si todos los Santos de la Iglesia, gozan, díganoslo así, de gran influencia con Dios Nuestro Señor, es lógico por demás, que entre todos, gozará de mayor, el que más número de méritos reuna ante la divina Majestad y el que más acreedor se haya hecho á que Dios le ame. Muchos son los Santos que han sobresalido entre los demás, por haber sido modelos en todas las virtudes, las que practicaron en grado heróico; mientras que otros, solo se han distinguido especialmente en alguna ó más virtudes; y así, dicho se está, que el que más méritos haya reunido será el que más gloria disfrutará en el cielo y por tanto, más poderosa será su intercesión con Nuestro Señor.

En este caso se encuentra, el gloriosísimo Patriarca San José, Padre nutricio de Jesucristo, Esposo purísimo de María Inmaculada, Patrón de la Iglesia Universal y Santo de los Santos, á quien tan dulce y tierna devoción profesó siempre la insigne Virgen Teresa de Jesús, y á quien eligió por Padre, Maestro y guía de su alma. ¿Quién puede dudar que San José, es el primero de los Santos, en gerarquía, en

amor á Dios y en virtudes, cuando ha sido el elegido por el Eterno Padre para confiarle la tutela y custodia de la misma inocencia, Cristo Jesús y de la Virgen de Vírgenes María, la Reina de todos los Santos? Nadie ciertamente, se atreverá á dudarlo, pues hasta la razón natural hace comprender que para Padre en la tierra de su Unigénito Hijo, Dios elegiría entre todos los hombres de todos los tiempos, el más lleno de virtudes y merecimientos. Queda, pues, fuera de toda duda, que el bendito Patriarca San José, no es solamente el más Santo de todos los Santos, sinó también, el que mayor valimiento tiene con Dios en el cielo.

PUNTO TERCERO.—Bien penetrada estaba de esta verdad, nuestra amada Santa Teresa, y buena prueba de ello nos dió, al elegir por Abogado, Protector y Maestro de su espíritu, al excelso Patriarca San José. Seguramente no ha habido, ni puede haber en lo sucesivo, criatura más devotísima de este glorioso Santo, que la insigne Virgen Castellana. Repásense todos sus admirables escritos y en particular el libro de su vida, que por obediencia escribió, y en él se verá

confirmada la verdad que antecede con las pruebas más innegables; pues todo él, está lleno de párrafos en que se descubre de modo bien patente, su gran devoción por San José y la fe tan grande que siempre tuvo en su poderosa intercesión. Bien conocía Teresa, que San José, en su cualidad de Padre de Cristo, no tiene necesidad de impetrar sinó de imperar en su Sacratísimo Corazón, como dice la Iglesia: «Non impetrat, sed imperat.» Escitándonos á profesar gran devoción al purísimo Esposo de María, se expresa así la Santa: «Aunque tenga muchos Santos por Abogados, séalo en primer lugar el glorioso San José que alcanza mucho de Dios, porque si á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, al glorioso San José, tengo experiencia que se la dió en todas. Es cosa que espanta, las grandes mercedes que he recibido por intercesión de este Santo. Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no lo creyere y verá por experiencia, cuán gran bien es encomendarse á este bendito Patriarca y tenerle devoción.»

La vida de Santa Teresa, es una con-

tinuada prueba del amor y devoción que tuvo á San José, desde que lo eligió por Padre suyo, cuando perdió al que Dios le diera según la carne, hasta que llegó la hora de su muerte; en la cual, invocando al Santo Patriarca, se le apareció acompañado de su Sacratísima Esposa y rodeado de ángeles, para recibir su alma y trasportarla al cielo, como es fama que suele hacerlo con todos sus devotos en tan supremo instante, como Abogado que es de gran valía para ese trance fatal. Siempre y con gran fé, se encomendaba á San José y nunca fué desatendida por este su amorosísimo Padre, pues como ella dice, halló remedio en todas sus necesidades, con más bien que ella solía pedirle; y que no recuerda haberle suplicado cosa alguna que la haya dejado de hacer, y por último dice, que asombra ver como la libró de tantos peligros así del alma como del cuerpo. Como última prueba de su devoción á San José, baste decir, que de los dieciseis Monasterios de monjas de la Reforma Carmelitana que fundó, puso á trece, la advocación del glorioso Esposo de la Virgen Santísima, los cuales fueron: los de Ávila, Medina del Campo, Malagón, Toledo, Sala-

manca, Alba de Tormes, Segovia, Veas, Caravaca, Palencia, Burgos, Sevilla y Granada.

Vosotros, devotos teresianos, sed devotísimos del bendito Patriarca, pues de lo contrario, no os reconocerá Santa Teresa por verdaderos devotos suyos; que no se puede ser devoto de Teresa sin serlo de San José, como no es posible serlo de este gran Santo, sin profesar devoción á la Santa que tanto le amó y tanto propagó su culto por toda España, para estenderse luego por toda la Iglesia Universal.

OBSEQUIO.—Rezar siete *Padre nuestros*, *Ave Marias* y *Gloria Patri*, en honor de los siete dolores y gozos de San José para agradecer á Teresa.

JACULATORIA

Santa Teresa bendita, haced que ame mucho á vuestro Padre y Maestro San José.

EJEMPLO

Una monja del Convento de Carmelitas descalzas de Sevilla, llamada Sor Isabel de San Jerónimo, padecía de fuertísimos dolores en un brazo, de tal modo que se le quedó tullido. El Padre Provincial que á la sazón se hallaba en Sevilla, habiéndolo

sabido, fué á ver á la monja enferma, y tocado el brazo con una reliquia de la Santa que llevaba siempre consigo, al punto quedó curada á pesar de llevar ya dos meses postrada en cama. (Vida libro 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA.

Aunque tenga muchos Santos por Abogados, séalo en primer lugar el glorioso San José, que alcanza mucho de Dios.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por la protección que en toda vuestra vida y particularmente en la hora de vuestro tránsito á los cielos, os dispensó el glorioso San José; suplicoós, me alcanceis de Dios, una gran devoción á tan excelso Patriarca, para que como Vos, pueda merecer su protección amorosa en toda mi vida y sobre todo en la hora de mi muerte. Amén.



DÍA VEINTE

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la tiernísima devoción que tuvo Santa Teresa á la Santísima Virgen María.

PUNTO PRIMERO.—Al criar Dios al hombre, dióle tres paraísos, uno para el estado de inocencia, otro para el de gracia y el tercero para el de naturaleza caída. El primero fué el paraíso terrenal, el segundo el celestial, y el tercero es María Santísima, refugio de los pecadores arrepentidos y paraíso que Dios hizo para su propio recreo también ¡Cuan hermoso ha de ser este paraíso, cuando en él puso todo su cuidado y esmero el divino artífice! ¿Quién de nosotros míseros mortales, como dice San Bernardo, osaría con labios impuros decir algo digno, por mucho que fuese, de la Madre de Dios y de los hombres, sin apoyarse en los oráculos divinos é infalibles? ¿De aquella mujer singular, á la cual el

Padre Eterno, antes de todos los siglos predestinó por hija suya, el Hijo eligió por Madre, y el Espíritu Santo preparó por Esposa y Templo suyo, colmándola de todas las gracias? María, además de todo esto, es Madre y Corredentora nuestra, así es, que no puede haber en lo humano quien haga dignamente su apología.

Según San Buenaventura, María tiene dos clases de hijos; el único según la carne, que es el Hombre-Dios, y otros muchos adoptivos que son los hombres, á los cuales engendró en el Calvario en la persona de San Juan Evangelista, cuando Nuestro Señor, dirigiéndose á su Santísima Madre la dijo: «Mujer ahí tienes á tu hijo,» y luego á Juan, «ahí tienes á tu Madre.» Ella es también nuestra Corredentora, porque compartió con Jesús el sufrimiento de la pasión: así como Eva tuvo por compañero en el pecado á Adán, bajo el árbol del fruto prohibido; así tuvo Jesús por compañera en la Redención, á María su Madre, bajo el árbol de la Cruz, donde fué lavado aquel pecado; pues como dice San Epifanio, si Eva dió muerte al género humano, María en cambio le dió la vida, pues de ella nació Je-

sucristo verdadera vida del hombre. María, pues, como Madre, y Madre cariñosa por excelencia, nos profesa tiernísimo amor y quiere que á ella acudan todos sus hijos, aún los que estén en pecado; porque como Madre que es de todos, á todos acoge amorosa y á todos sin distinción desea ver salvados, interesándose especialmente por los pecadores, por lo mismo que estos están más, léjos de alcanzar la salvación. Acudan, pues todos á esta Madre amantísima, confiando que ella les protegerá benignamente y les salvará, porque escrito está: «el que la encuentra, hallará la vida y alcanzará la salud del Señor.»

PUNTO SEGUNDO.—Acabamos de ver, bien claramente, que María Santísima, por tantos títulos, y además, por el amor maternal que nos profesa, es acreedora en alto grado á nuestro profundísimo agradecimiento y á nuestro más grande amor filial. Así lo entendieron siempre los Santos del Señor, y buena prueba nos dieron de ello, especialmente, San Bernardo, San Buenaventura, San Estanislao de Kostka, San Alfonso de Ligorio, Santa Gertrudis la Magna, Santa Catalina de Sena, y muy particu-

larmente, nuestra insigne compatriota Santa Teresa de Jesús.

Leed, el hermoso libro de San Ligorio, «Las glorias de María,» y os aseguro, que en él hallareis materia suficiente para enardeceros en la devoción á la Reina de los cielos y tierra. Si quereis honrar á María, y mostradla vuestra gratitud por lo que ella sufrió por nuestra causa al pié de la Cruz de su Hijo, y por lo mucho que se interesa por nuestra salvación, imitad á los referidos Santos; y recibireis como ellos, innumerables gracias en todo el curso de vuestra vida y especialmente en la hora de la muerte. Gran práctica es para conseguir su protección en esta vida, y disfrutar de su amorosa presencia en la otra, rezarle diariamente tres Ave Marías, en reverencia de los dolores que sufrió durante las tres horas que duró la agonía de su divino Hijo, haciendo oficio de Madre y Corredentora nuestra. Este piadoso ejercicio lo recomienda mucho San Bernardo á los devotos de María, y promete en nombre de la Señora, una lluvia de gracias y bendiciones á los que lo practicáren.

PUNTO TERCERO.—Nuestra amada

Santa Teresa de Jesús, desde sus más tiernos años, amó singularísimamente á la Purísima Madre de Dios, según dicen todos los que de ella han escrito, y la misma Santa lo manifiesta por estas palabras: «Cuando murió mi madre, afligida fuíme á proster- nar ante una imagen de Nuestra Señora y con muchas lágrimas supliquéla fuese mi madre, lo que me ha valido mucho.» Efectivamente, así fué; pues la Santísima Vir- gen, no solo la libró de las malas semi- llas que en los primeros años suelen brotar espontáneamente en el corazón humano, para producir más tarde frutos horribles de vicios y malas inclinaciones, sinó que sembró en su tierno corazón, como en fertil tierra, la buena semilla de la fé y demás virtudes cristianas, que produjéron luego, opi- mos y sazonados frutos de santidad.

Teresa, agradecida á la protección dis- pensada por tan buena Madre, cuando tuvo edad competente, vistió el hábito de reli- giosa de la Orden del Monte Carmelo, que es la Orden predilecta de María. Si fué gran- de la protección que la augusta Madre de Dios la había prodigado hasta entonces, ¿cual no sería, la que le dispensó desde el

momento en que, dejando familia, bienes y todo lo más seductor que el mundo puede ofrecer, se consagró por completo á Dios en su orden privilegiada? Singular y constante fué indudablemente, pues inspirada por Dios, emprendió la Santa la gran obra de la Reforma de su Orden que tantas almas había de llevar al cielo por medio del santo Escapulario de María. Muchas y muy señaladas distinciones recibió de la Señora, y entre ellas merece citarse, la visión que tuvo un día de la Asunción, cuando estaba orando en la Iglesia de Santo Tomás de Avila: se le apareció la Santísima Virgen, acompañada del glorioso Patriarca San José, y vió que la vestían una capa blancísima y la ponían al cuello un collar de oro finísimo con una cruz, de piedras preciosas, en señal de que ya estaba limpia de todo pecado y de que se harían las fundaciones como ella deseaba y pedía, añadiéndole la Santísima Virgen, que la agradaba mucho, el amor y devoción que profesaba á San José y que ella y su Santo Esposo, velarían por ella y no la abandonarían mientras viviese; y que por último, en la hora de su muerte, la asistirían y consolarían hasta llevársela al cielo á gozar

del premio que la estaba reservada, como así se cumplió. Esta y otras muchas mercedes que recibió, fueron pruebas evidentes, de lo mucho que la Reina de los Angeles amó á su escogida sierva, y de lo bien que esta correspondió á su amor. Verdaderamente, Teresa de Jesús, puede presentarse como modelo de amor y veneración hacia la gran Madre de Dios.

OBSEQUIO.—A imitación de Santa Teresa, recemos hoy tres salves á la Virgen Santísima pidiéndola su protección.

JACULATORIA

Hacedme, ¡oh Teresa bendita! tan devoto de María como Vos lo fuistéis.

EJEMPLO

Una monja llamada, Sor María de San Gerónimo, del convento de Carmelitas Descalzas de Malagon, padecía largos años de una gran inflamación en los ojos y fué curada instantaneamente, al poner sobre ellos un relicario que contenía un dedo de la Santa Madre, que llevaba consigo el Padre Provincial al ir á visitarla.

MÁXIMA

Agrada mucho á Dios, cualquier obsequio que se haga para honrar á su Madre María Santísima.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquel tierno amor y ferviente devoción, que desde vuestros primeros años hasta la muerte, profesastéis á la Santísima Virgen María; os suplico, me alcanséis del Señor, que yo la ame tambien con toda mi alma y con todas mis fuerzas, á fin de que merezca su protección todos los días de mi vida y especialmente en la hora de mi muerte. Amén.



DÍA VEINTIUNO

LECTURA PARA ESTE DÍA

Del ardentísimo amor que á Dios tuvo la gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Entre los preceptos que Dios impuso al hombre, figura como el primero, este: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas,» y como dice el gran Padre San Agustín, con todo tú mismo, de suerte, que no haya en tí parte alguna, que no tienda con toda su fuerza á amar á Dios. Es el amor á Dios, la base y fundamento sobre que descansa la Religión, y así, sino cumplimos con este precepto, no cumpliremos con ningún otro, pues que todos están basados en ese amor á nuestro Criador, que és á más, Redentor, Conservador y Glorificador nuestro; títulos que bastarían por sí solos, para merecer nuestro más profundo amor, sinó tuviésemos el deber que tene-

mos, de servirle y amarle en esta vida, que es el fin para que nos crió. El amor á Dios es la mayor de todas las virtudes, y el fin, la vida, perfección y recapitulación de todas ellas. En el amor á Dios esencialmente consiste, la perfección de la vida cristiana y es de donde se toma la medida, así de la perfección que los justos alcanzan en esta vida, como de la gloria que recibirán en la otra. Ahora bien: así como no hay virtud mas exelente que la de la caridad ó amor de Dios, así tampoco existe otra que nos sea más necesaria para subir al cielo y tener alegría en esta vida. A Dios debe amársele sobre todas las cosas ó resignarse á ser perpetuamente desgraciado, pues el corazón humano está hecho expresamente para amar á Dios y no estará nunca satisfecho, ni será dichoso, como no le ame sobre todas las cosas. Por eso, decía San Agustín: «Me hiciste, Señor, para tí y mi corazón no tendrá descanso sino es en tí.» Por otra parte, á nadie mas que á Dios debemos amar, porque nadie más que El, merece nuestro amor; El es, en primer lugar, el Sumo Bien, del que proceden todos los bienes de esta y de la otra vida, El nos crió, redimió con su san-

gre preciosísima, nos conserva en este mundo, nos dá su divina gracia, y por último, nos invita á subir á su Mansión Celestial, cuyas puertas, con su muerte santísima nos abrió, haciéndonos hijos suyos y herederos de su gloria.

PUNTO SEGUNDO.—No á todas las criaturas les concede Dios la gracia de amarle ardentísimamente ó como dicen los teólogos, con un amor intensamente sumo; á muy pocos por el contrario, les está reservada esta gracia singularísima, pero á todos si, nos dá Dios la suficiente, para que cumplamos con el fin que tenemos en esta vida, que como sabemos no es otro, que amarle y servirle en un grado apreciativamente sumo, es decir, amando á Dios siempre más que á toda cosa criada y teniendo como el mayor de los males, el pecado que le ofende.

El Espíritu Santo, dice, por boca de San Juan: «El que no ama, es muerto» y en verdad que es así, porque el que á Dios no ama, ¿cómo ha de poder salvarse y alcanzar la vida eterna? Si nos falta este amor, nada somos á los ojos de Dios, como San Pablo nos lo dice por estas hermosas frásas: «Aunque yo hablase todas las lenguas de los

hombres y aún el lenguaje de los ángeles, no teniendo amor ó caridad, sería como una campana que tañe ó como un instrumento que suena; aunque tuviera el espíritu de profecía y penetrase todos los misterios, aunque tuviese una fé que trasladase los montes de un lugar á otro, sino tengo caridad nada soy; aunque yo distribuyese todos mis bienes á los pobres, aunque entregase mi cuerpo para ser abrasado, sino tengo caridad, de nada me sirve.» Ahora bien: si nuestra miseria nos impide amar á Dios con un amor perfecto y de benevolencia, amemósle á lo menos con amor de preferencia y de gratitud: esto si lo podemos. Acordémonos de los innumerables beneficios que nos ha otorgado, especialmente el de habernos hecho hijos y herederos suyos, y sino tenemos un corazón de piedra, no podremos menos de amar á un Dios que nos ha amado desde la eternidad y nos amará incesantemente.

PUNTO TERCERO.—¿Quién podría expresar con palabras, dice Fray Luis de Leon, cuánto amaba á Dios la incomparable amadora Santa Teresa de Jesús? Nadie ciertamente, podrá hacer una digna apología

del ardiente amor á Dios en que se abrasaba el corazón purísimo de la Virgen Avilesa, porque tan intenso y extraordinario fué, que solo puede ser comparable al de los inflamados Serafines. Enardecida Teresa en el divino amor, más parecía humanado Querubín, que criatura mortal; pues llegó á estar tan endiosada, digamoslo así, que solamente pensaba en amar á su Dios. Transverberado su corazón por el dardo del Serafín, convirtiéndose desde aquel momento en un volcán de amor divino, que la hubiera consumido seguramente, si Dios que tenía dispuesto obrar en su fidelísima Esposa, un gran milagro, no lo hubiese impedido. Prolongada su existencia milagrosa y sobrenaturalmente por espacio de veinte años, quedó tan abstraída de todo lo del mundo, que su espíritu más vivía en el cielo que en la tierra, pues, en sus continuos éxtasis gozaba prematuramente de las dulzuras celestiales, como anticipo del premio que su divino Esposo la tenía reservado, y aumentándose de día en día, sus deseos de morir para gozar de la presencia de su Amado, la vida era para ella un tormento inaudito y un suplicio intolerable; hasta

que Dios, compadecido de su dilectísima Sierva, quiso llevársela á su seno, para darla la eterna recompensa á que se había hecho acreedora por cumplir de modo tan singular con el primero de los mandamientos de su Ley divina.

OBSEQUIO.—Para honrar á Teresa, hagámos hoy con todo fervor, tres actos de amor de Dios.

JACULATORIA

Haced ¡oh Teresa! que ame á Dios, sinó tanto como vos, á lo menos sobre todo otro amor.

EJEMPLO

Con el dedo de la Santa, fué curada una monja Carmelita del convento de Medina del Campo, llamada Juana del Espíritu Santo, que padecía una grave enfermedad: el P. Maestro Fr. Juan de las Cuevas, confesor que fué del Archiduque Alberto, y Obispo de Avila, la llevó la reliquia y fué testigo con las madres de la Comunidad, que se admiraron de la curación instantánea de la enferma (vida libro 4.º cap. 3.º.)

MÁXIMA

Su deseo sea de ver á Dios, su temor si le ha de perder, su dolor que no le goza, su gozo, de lo que le puede llevar allá y vivirá con gran paz.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquel ardentísimo y seráfico amor que durante toda vuestra vida, profesásteis á nuestro Dios y Señor; por aquellos tiernísimos éxtasis en los que dulcemente conversábais con vuestro Esposo amadísimo, y por aquellas maravillas celestiales que veiais en vuestros dulcísimos arrobamientos; os suplico, santa mía, me alcancéis del Señor, la gracia de amarle con todo mi corazón y con toda mi alma, para que antes muera que dejar de amar á Dios. Amén.



DÍA VEINTIDOS

LECTURA DE ESTE DÍA

Del grande amor que tuvo á la Sagrada Eucaristía, la virgen Santa Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Al tratar de este Misterio augusto é incomprensible, la inteligencia del hombre se anonáda, la mano se siente débil para describir tanta grandeza, y los labios no se atreven á ponderar tanta misericordia, como en sí encierra, este Soberano Sacramento, que es debido al amor de Dios á las criaturas. El mejor apologista de tan divino Misterio, es el Apóstol San Juan, que tratando de él, dice en su Evangelio, lo que sigue: «Antes del día de Pascua, sabiendo Jesús que le habia llegado el tiempo de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el fin.» Esto es, dice el Crisóstomo, les amó, hasta el fin de su amor extremado; y en verdad, prueba bien grande

de su amor nos otorgó, dándonos todo cuanto és, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, su humanidad viva y verdadera como está en los cielos. Se vé, pues, que el dón, no puede ser, ni más grande ni más precioso; pero lo que más sorprende es, que nos lo dió en la víspera de su muerte, es decir; cuando menos lo merecían los hombres, porque entonces precisamente, estos maquinaban y preparaban el afrentoso suplicio en el que habia de morir por ellos. ¿Y cómo nos dió este dón? A modo de comida y bebida, diciéndonos: «Mi carne, es verdadera comida y mi sangre, es verdadera bebida.» Lo que hace exclamar á San Juan Crisóstomo: «¿Qué pastor alimenta á sus ovejas con su propia carne? Solo Jesucristo, que nos alimenta con su propio cuerpo, con el fin de unirnos más íntimamente é incorporarnos á si.» De las palabras de San Juan: «Les amó hasta el fin,» se desprende también, que este dón, nos lo otorgará Dios siempre y en todos tiempos, pues que hasta el fin de ellos, estará con nosotros en el adorable Sacramento de la Eucaristia, para que este sirva de alimento á nuestra alma inmortal. «El que come mi carne y bebe

mi sangre, tendrá vida eterna y yo le resucitaré en el último día,» dijo, nuestro dulcísimo y amabilísimo Jesús. La Eucaristía, es, pues, la prueba más fina de amor que Dios podía dar al hombre.

PUNTO SEGUNDO.—Si grande y maravilloso es Dios en todas sus obras, en ninguna lo es tanto, como en el admirable Sacramento del Altar, pues, en este, se humilla hasta el punto de servir Él mismo, de alimento á las criaturas; porque viendo el Salvador como al partir de esta vida, quedábamos solos y desamparados entre tantos enemigos como nos rodean, para consuelo nuestro y remedio de nuestros males, instituyó este divino Sacramento, con el que hace al hombre, hasta cierto punto divino; esto es, semejante á El en la santidad y pureza de la vida, participante de su naturaleza y después de su gloria, porque como dice San Pablo: «Estando Dios en el hombre y el hombre en Dios, viene á hacerse un espíritu y una cosa con Él,» que es la mayor gloria y dignidad que en esta vida se puede alcanzar. Ahora bien: si para el pueblo de Israel era de tanta veneración el tabernáculo del templo de Salomón, por

que en él estaban encerradas las tablas de la Ley que Dios entregó á Moisés, ¡de qué veneración no han de ser, para nosotros los católicos, nuestros templos, en cuyos tabernáculos se guarda, no los Mandamientos de Dios, sino al mismo Dios en cuerpo y alma como está en el cielo, aunque oculto bajo los especies de pan y vino consagradas! ¡Y cuánto no ha de ser, nuestro respeto y veneración á todos los sacerdotes, por tener conferida la potestad de obrar continuamente el milagro asombroso y el misterio impenetrable, de convertir las sustancias de pan y vino en el Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios, con solo pronunciar las palabras de la consagración que Él enseñó á sus discípulos en la última Cena, antes de su Pasión Santísima! Alabemos al Señor, porque tan bondadosamente se ha mostrado con nosotros, agradescámosle ese favor insigne que nos dejó como en herencia al subir á los cielos, respetémos y venerémos todo lo concerniente á tan Augusto Sacramento, acerquémonos frecuentemente á la Santa Mesa en que se sirve tan exquisito manjar y comamos de él, pidiendo misericordia, para que así

alcancémos, como Jesús nos prometió, la paz de nuestra alma y después la vida eterna.

PUNTO TERCERO.—Como mujer amorosa y agradecida, Santa Teresa de Jesús, no podía por menos que profesar, una gran devoción al Sacramento llamado por auto-nomasia; «el del amor.» Así, fué, efectivamente, pues, le profesó un amor tiernísimo y una reverencia suma, acercándose á recibirlo todos los días, hasta que el Señor para probar su devoción, dióla una enfermedad que le duró algún tiempo, la cual le ocasionaba vómitos, uno por la mañana y otro por la noche; al verse la Santa privada de comulgar, afligióse mucho y rogaba incesantemente á Dios la quitase por lo menos el vómito de la mañana; oyó por fin el Señor sus preces y pudo comulgar diariamente, como antes lo hacía; pero el vómito de la noche lo tuvo toda su vida como prueba del milagro. Sus comuniones eran tan fervorosas, que en ellas derramaba abundantísimas lágrimas; fervor que Dios recompensaba, otorgándola dones y gracias sobrenaturales, que la hacían gozar anticipadamente de las dulzuras celestiales. Después de comulgar, ofrecía al Señor su

sacratísimo Cuerpo por la salvación de las almas, las necesidades de la Iglesia y las suyas propias; y dábale gracias, durante largo tiempo, por la gran merced que la había dispensado. Tan grande fué el amor de Teresa, á Jesús Sacramentado, que por algunos autores es llamada la «Doctora Eucarística» y por el P. Faber, «la Maestra de la acción de gracias después de la comunión.» Hablando de la recepción de este Sacramento, dice Santa Teresa, en sus obras, lo que sigue: «Acabado de recibir al Señor, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miráos el corazón, que yo os digo, que si tomáis esta costumbre con limpia conciencia, se os dará á conocer. Estáos de buena gana y no perdáis tan buena ocasión de negociar con el buen Jesús, que no suele pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje.» La devoción y reverencia de la Santa hacia Jesucristo Sacramentado, no quedó limitada el tiempo de su vida mortal, sinó que por el contrario, la conservó y aumentó considerablemente en la vida eterna, como se deduce de las siguientes consoladoras palabras que dijo á una religiosa suya, al aparecérselle algún tiempo después

de su glorioso tránsito: «Nosotros los que estamos en el cielo, y vosotros los que estais en la tierra, debiamos ser una misma cosa en la pureza y en el amor; nosotros gozando, y vosotros padeciendo; y lo mismo que nosotros hacemos en el cielo con la divina Esencia, debeis vosotros hacer en la tierra con el Santísimo Sacramento.»

Imitemósla, pues, en esta hermosísima devoción y obtendrémos, como ella nos lo asegura, gracias sin cuento que bien necesitará nuestra alma para llegar á poseer las virtudes que adornaron la de Teresa, aunque sean en menor grado, dada nuestra flaqueza; y así podremos tambien, lo más dignamente posible, honrar y adorar á Dios en esta vida, oculto en la Sagrada Eucaristía, para reverenciarle luego, en esencia, presencia y potencia en los cielos.

OBSEQUIO.—Para agradecer á Teresa, digamos hoy muchas veces: Viva Jesús Sacramentado, sea por siempre bendito y alabado.

JACULATORIA

Doctora Eucarística Santa Teresa de Jesús, enseñadme á amar y reverenciar el Santísimo Sacramento.

EJEMPLO

El Licenciado Vallejo, Oidor del Consejo del Duque de Alba; en la misma Villa, tenía un hijo de dos años gravemente enfermo; viendo el padre que se moría por momentos, envió á llamar á D. Antonio de Zamora, Capellán del Convento de Carmelitas Descalzas, para que le encomendase á Dios y le dijese un Evangelio: vino en efecto el Sacerdote y viendo el estado del niño, que era desesperado, sacó un pañito tocado al cuerpo de la Santa Madre, se lo puso en la cabeza y al poco rato empezó á hablar, diciendo que estaba bueno y se levantó, con gran sorpresa de la familia y del Sacerdote, quedando completamente curado. (Vida-lib.º 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

El día que comulgare, la oración de la mañana sea, ver que siendo tan miserable ha de recibir á Dios, y la de la noche sea, de que le ha recibido.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella devoción ardentísima que profesásteis al adorable Sacramento del Altar y por las

gracias tan sobrenaturales que en pago recibistéis del Señor; os suplico, me alcancéis de Dios, os imite en vuestro amor á la Sagrada Eucaristia, para que así pueda merecer, Santa mña, el favor y gracias que Jesús dispensa á los devotos del más Santo y sublime de todos los Sacramentos. Amén.



DÍA VEINTITRES

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la devoción tiernísima que tuvo Santa Teresa á la Pasión de Ntro. Señor Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.—Siendo como es, la Pasión del Señor, la causa de la salvación del género humano, grande ha de ser la veneración, y adorable el recuerdo, que todos los cristianos debemos profesar á esa prueba inmensísima de amor que el Hombre-Dios quiso darnos, sufriendo tanto por nosotros y derramando hasta la última gota de la sangre de sus venas para rescatarnos del pecado, máxime, cuando con esto Dios elevó á tan gran altura nuestras almas, al querer que su divino Hijo padeciese tanto por ellas; lo que hace exclamar al Emiseno, lo que sigue: «Si para conocer la preciosidad de tu alma, no te basta ¡oh cristiano! considerar lo que hizo Dios al criarla, preguntale que hizo para redimirla, y lo com-

prenderás.» Volvamos nuestra vista, devotos teresianos, hacia la cumbre del monte Calvário y veremos al Hijo del Hombre clavado de piés y manos en un patíbulo infame entre dos malhechores, rodeado de verdugos y esbirros que le insultan y le escarnecen como á hombre despreciable: verémosle, lleno de llagas y cardenales, estropeados todos sus miembros, derramando sangre por todo su cuerpo, bebiendo hiel y vinagre cuando tiene sed, abandonado de sus discípulos, excepto de uno que le acompaña afligido; dirigiendo una mirada casi moribunda hacia el pié de la cruz, donde se encuentran llenas de dolor, su Madre amadísima y la mujer penitente. Preguntémosle por que está allí en aquél lastimoso estado, cuál fué su delito; y si lamenta verse en tan triste situación. Él os podría contestar amoroso y benigno: Aquí estoy por vosotros, mi delito ha sido amaros mucho, querer salvaros de vuestro enemigo común y abriros las puertas de la gloria, y nunca estuve más contento y satisfecho que ahora que me veo padeciendo tanto por vosotros. ¡Qué corazón no se enternecería al oír su respuesta! ¡qué pecho no latiría de gratitud

hacia ese Hombre-Dios que muere por salvar á los demás! y ¡qué alma no lloraría sus culpas ya que son las causantes de los padecimientos y de la triste muerte de tan misericordioso Redentor. Ahora bien: examínemos nuestra conciencia y verémos que todos nosotros hemos sido y sómos del número de esos verdugos y esbirros que tanto le hacen sufrir, pero como aún estamos á tiempo de confortarle y de arrepentirnos, pí-dámosle perdón por nuestras iniquidades é ingratitud.

PUNTO SEGUNDO.—Si hay libros en que se puede estudiar y aprender el modo de amar á Dios y conseguir las virtudes, el mejor de ellos es el crucifijo; este es un libro abierto en que el cristiano puede aprenderlo mejor que en ninguno otro, por que la muerte de Jesucristo por nosotros en la cruz, es la mejor de las enseñanzas. En el Crucifijo todos los Santos han estudiado y asi han salido tan aprovechados en las virtudes. Jesús en su pasión nos manifiesta, su grandeza y nuestra pequeñez, su bondad y nuestra miseria, su amor y nuestra ingratitud, ante una prueba tan grande de amor que nos dá. En su entrada en Jerusalem, nos in-

vita á entrar en nosotros mismos y á conocernos, lo cual es la mejor preparación para disponer nuestra alma á la adquisición de las virtudes, puesto que conociendo nuestro corazón, presto conocerémos las virtudes que nos faltan. En la entrega de Judas con un beso de falsa paz, aprendémos á conocer la deslealtad de los hombres y á no poner en ellos nuestra esperanza. En la presentación de Cristo ante los tribunales de Herodes, Anás, Caifás y Pilato, aprendémos á sufrir con paciencia los insultos y calumnias de las lenguas maldicientes. En los azotes que padeció atado á la columna y en su tormento llevando la cruz á cuestas, Jesús nos enseña las virtudes de la mansedumbre y humildad; y por último, en la crucifixión nos enseña las demás virtudes, porque en las siete palabras que dijo en la cruz, están resumidas todas, como ahora verémos. En la primera, el divino Redentor, perdonando á los que le habían crucificado, nos enseña á perdonar de todo corazón á nuestros enemigos; en la segunda, nos dá á entender, que si verdaderamente nos arrepentimos de nuestras culpas alcanzarémos el Paraiso, como

lo alcanzó el buen ladrón; en la tercera, nos exorta á encomendarnos á la Santísima Virgen, á quién constituyó Madre nuestra, en la persona de San Juan; en la cuarta, nos hace ver, la necesidad que tenemos de orar, pidiendo al Eterno Padre que no nos abandone á nuestras propias fuerzas; en la quinta, nos indica, que debémos tener sed constante de poseér la gloria; en la sexta, nos recomienda, que pongamos en manos de Dios todos nuestros asuntos espirituales y temporales, para que se cumpla en nosotros siempre su voluntad santísima; y en la séptima y última, tuvo á bien enseñarnos á morir como verdaderos cristianos, encomendando nuestro espíritu al Dios que nos crió. Ya veis, pues, devotos de Teresa, cuánto es lo que se puede aprender por medio de la meditación de la dolorosa pasión y muerte de nuestro divino Salvador, y por tanto, cuán grande es la necesidad que tenemos de estudiar en ella, si queremos aprovechar en el camino de la virtud á semejanza de todos los Santos y muy especialmente, de nuestra Seráfica Protectora Santa Teresa de Jesús.

PUNTO TERCERO.—Era tan devota de la Pasión de Jesucristo, la insigne Vír-

gen Avilesa, que toda su vida fué una continua contemplación de ella. Los pasos de la pasión la enternecían mucho, pero sobre todo la movían á gran devoción, el de la Oración del Huerto y el de la Columna. Todas las noches pasaba de rodillas gran rato, meditando en la angustia que sintió el Salvador en el Huerto de las Olivas; afligíase mucho y parecíala que hablaba con Nuestro Señor y le consolaba y limpiaba el sudor del rostro, como si realmente estuviera en el Huerto con Jesús; decía siempre, que meditar en ese paso, era un gran recurso para moverse á contrición y así lo recomienda en el libro de su Vida. Pensando un día, en lo que sufriría el Señor cuando le azotaron, se le apareció Jesucristo atado á la Columna, y estuvo muchas horas en arrobamiento, y cuando salió de él, mandó llamar al mejor escultor de Ávila y le encargó hiciese una imágen del Señor en la misma actitud, esplicándole minuciosamente como había de hacerla, pues, quería la Santa, que fuése igual á como ella le había visto. Así se hizo, y cuando el escultor hubo terminado su trabajo, llevóselo á la Santa Madre, la cuál, en viéndola, no pudo contener

su asombro y su gozo, al ver que era esta imagen de Cristo, exactamente igual á como se le habia aparecido. Esta hermosa efigie, se conserva con gran culto, en una Capilla dela Iglesia-convento de la Santa, en Ávila, á donde los devotos acuden á venerarla, suponiéndola con sobrada razón, verdadero retrato de Jesucristo. Santa Teresa la veneró mucho toda su vida y á ella se encomendaba en todas sus necesidades. Profesaba particular devoción á los Viernes, por ser este día, en el que Nuestro Señor terminó con la muerte su pasión santísima; redoblaba en ellos los cilicios, aumentaba las penitencias, y ayunaba á pan y agua. La vida en fin, de Santa Teresa de Jesús, fué toda un modelo de devoción á la pasión de Jesucristo, que debemos imitar en cuanto nos sea posible, porque esta práctica es camino muy seguro para ir al cielo.

OBSEQUIO.—Rezemos tres credos en memoria de la Pasion de Jesucristo, con lo cual honrarémos mucho á Santa Teresa.

JACULATORIA

¡Oh Teresa! devotísima de la Pasión de Jesucristo, haced que os imitémos en tan santa y provechosa devoción.

EJEMPLO

En la Villa de Alba de Tormes, una muger llamada Isabel Hernández, padeciendo de un agudo dolor de costado, pedía la llevásen una reliquia de la Santa Madre, lo cual hizo un sacerdote; y en poniéndosela en la cabeza, desapareció la calentura y el dolor de costado; pudiendo ir luego á la Iglesia de Madres Carmelitas á venerar el cuerpo de la Santa y darla gracias por tan gran favor, (vida lib. 4.º cap. 3.º.)

MÁXIMA

Ofrezca todas las cosas al Padre Eterno, juntamente con los méritos de su hijo Jesucristo.

ORACION

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por aquella tiernísima devoción que siempre tuvísteis á la Pasión de nuestro amorosísimo Jesús, y por los privilegios que recibisteis de Dios por medio de ella; yo os suplico, Santa mía, me alcanceis del Señor, os imite en esto para que así pueda aprender á amarle, seguir el camino de las virtudes y gozar junto con vos de la bienaventuranza eterna. Amen.

DÍA VEINTICUATRO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De cuán agradecida fué siempre con quien la favorecía, la Santa Madre Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Es la gratitud, una virtud que recompensa el beneficio recibido largamente con el deseo y en cuanto puede con la realidad, y es principio de grandes bienes. Tiene esta virtud fuerza y eficacia para hacer brotar abundancia de nuevos beneficios, de la fuente inagotable de la bondad divina, porque Dios se complace en dar sus beneficios á censo. «Abrid ¡oh, Señor! dice el Profeta, vuestra mano y colmad de bendiciones á toda criatura.»

De estos beneficios excelentísimos en sí mismos, ya por la dignidad, como por el amor de quien los dispensa, participamos á cada momento. ¿Y qué hace el hombre, entre tanto, para dar gracias á Dios por tan grandes beneficios? Debería elevar incesante-

mente al cielo voces de agradecimiento, y en vez de esto, olvida el ingrato la mano amorosa que le bendice. El que tan sensible se muestra al más pequeño favor que recibe de la criatura, solo tiene dureza para su Criador y desdiciendo al que tan tiernamente le ama, sólo corresponde á su amor con culpable insensibilidad y harto frecuentemente, con ódio y desprecio. ¡Oh monstruosa ingratitud! Dios, por sus profetas nos reprende por nuestro desagradecimiento á los beneficios que siempre nos hace, exclamando: «Hijos crié y ensalcé y ellos me han menospreciado,» y tambien: «Si yo soy vuestro Padre, ¿donde está la honra que me debéis?» Razón tiene el Señor en hablar así, y cuán poco hace, para lo que merecemos, puesto que debía confundirnos y castigarnos severisimamente en pago de nuestra deslealtad é ingratitud.

PUNTO SEGUNDO.—Es la virtud del agradecimiento, muy necesaria al hombre y muy hermosa, no solo ante los ojos de Dios, sinó también ante los de las criaturas. El hombre agradecido, no solo se hace agradable á Dios, pagándole en cuánto puede su amor, sinó que prepara con el agradeci-

miento su corazón, para recibir de El nuevas dádivas y mercedes; por el contrario, el desagradecido, es abandonado de Dios, dejando de reconocerle por hijo suyo. En cuánto á lo temporal sucede lo mismo; el agradecido, siempre es bien mirado en la sociedad y se hace acreedor á que sus semejantes le otorguen dones y favores, porque ven que no solamente sabe agradecerlos, sinó, que no olvida nunca á quien se los otorgó; en cambio, el desagradecido, es despreciado de las gentes, porque presto olvida el bien que se le hizo, comparándose así con las fieras, que á lo mejor pagan con daño el bien que se las hace. Muchas penas tiene el Señor reservadas para los ingratos, y entre ellas la más común y justa, es, desposeerles de los beneficios que tan inmerecidamente han recibido, como así lo dice por estas palabras: «Apartaré mis ojos de ellos y me estaré mirando las miserias y calamidades en que finalmente han de parar, sin proveérles de remedio. Quitaré á mi viña, símbolo del alma ingrata, el vallado y será robada; derribaré la cerca, y será hollada, y haré que quede aún como tierra desierta. No será podada ni cavada, se cu-

brirá de zarza y espinas, y á las nubes mandaré que no lluevan sobre ella.» Bien se desprende de estas terribles palabras, cuánto desagrada al Señor la ingratitud, y cuánta necesidad tenemos nosotros de la virtud del agradecimiento, si queremos agradarle cuál El se merece.

PUNTO TERCERO.—Entre las virtudes que en grado heróico tuvo la Santa Madre Teresa de Jesús, sobresalió mucho la del agradecimiento, y así debía de ser; porque la que fué tan humilde, era lógico que fuese agradecida á Dios. El agradecimiento fué lo que más la ayudó para su aprovechamiento en el camino de las virtudes, porque cuando consideraba lo que á Dios debía, y lo mal, que según ella, correspondía á los divinos beneficios, se deshacia en lágrimas y se afligia grandemente. Así, escribió en el libro de su «Vida,» esta hermosa verdad: «Si de suyo, el alma es amorosa y agradecida, mas la hace tornar á Dios, la memoria de la merced que la hizo, que todos los castigos del infierno.»

Tan agradecida fué también Teresa, á los que la hacían algun bien, que llegó hasta el caso de estar rogando muchos años por un hombre que la dió un vaso de agua, yendo

de caminó á una de sus fundaciones. Estando en la de Sevilla, dierónla para la Iglesia un frontal de red antigua, en el que estaba bordado muy toscamente el Sacrificio de Abraham, y efecto de la pobreza del convento tuvieron necesidad de ponerlo en el altar; cuando lo estaban poniendo, á una Hermana, por gracia, se lo ocurrió decir; que el Angel que estaba allí puesto parecía disciplinante: verdaderamente era así, y á todas las Madres las hizo gracia el chiste, pero la Santa volvióse á ella con rostro severo y dióla una buena reprensión, diciendo, que si era aquél, el agradecimiento que tenía á la limosna que las habían hecho, añadiendo otras muchas cosas por este estilo, con tanto peso y con tantas veras, que todas quedáron muy maravilladas y con firme propósito, de guardarse de allí en adelante de semejantes gracias. En uno de sus monasterios, había un Clérigo que las confesaba y que por otra parte las hacía mucho daño y las era contrario: la Priora dió cuenta á la Santa de lo que pasaba, pareciéndola que convenía despedirle, á lo cual respondió Teresa, estas palabras: «Por amor de Nuestro Señor le pido, hija, que sufra y calle, y no traten de que

hechen de ahí á ese Padre, por más trabajos y pesadumbres que con él tengan, cómo no sea cosa que llegue á ofensa de Dios; por que me acuerdo, que cuando nos quisieron engañar con una casa que nos vendían, él nos desengañó, y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo y del trabajo de que nos libró; y siempre me pareció siervo de Dios y bien intencionado. Bien veo que no es perfección en mí, esto que tengo de ser agradecida, debe de ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán.» ¡Devotos de Teresa, que escucháis estas palabras de nuestra amadísima Abogadal tenédlas muy presentes; pues con ellas nos dá á entender claramente, que es de condición agradecida y que por tanto agradece hasta lo más mínimo. Démosla, pues, nuestro corazón, nuestro amor y nuestra devoción, que ella seguramente nos lo agradecerá y nos recompensará con su poderosísima protección, en todas las necesidades de la vida en que la invoquémos. Imitémosla tambien, para mas agradarla, siendo agradecidos con Dios y con los hombres, como ella lo fué; que el Señor nos otorgará así, su santísima gracia en esta vida y la bienaventuranza en la otra.

OBSEQUIO.—Como gratitud á los beneficios que Dios nos dispensa continuamente, démos hoy una limosna á un pobre.

JACULATORIA

¡Agradecidísima Teresa!, hacedme agradecer á los divinos favores.

EJEMPLO

En la Villa de Alba, un caballero llamado Don Alvaro de Bracamonte, tenía una niña de tres años con gran calentura y vómitos de sangre; una noche, estando ya tan fatigada que creían todos se moría, llegó á verla un Clérigo llamado D. Antonio de Zámora, el cual puso sobre la enfermita, un pañito tocado al cuerpo de la Santa y al punto la niña abrió los ojos y comenzó á hablar con todos los circunstantes y estuvo luego buena, con grande admiracion y alegría de sus Padres, que dieron muchas gracias á Dios y á Santa Teresa. (Vida libro 4.º capítulo 3.º)

MÁXIMA

Haga siempre lo que le dicen los de casa, sinó es contra la obediencia, y respóndales con humildad y blandura.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por el agradecimiento tan grande que profesásteis á Dios; y por el que tuvisteis siempre para con todos los que os favorecieron de alguna manera; os suplico santa mia, me alcanceis del Señor, la virtud del agradecimiento, que es una de las que más le agradan y así, merezca gozar en vuestra compañía de su presencia divina en los cielos. Amén.



DÍA VEINTICINCO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la sublime santidad á que llegó en esta vida, Santa Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Es la santidad, segun la frase de un célebre autor, el amor á Dios y á los hombres, llevado al mas sublime arcáno de entusiasmo. Segun el Apóstol San Pablo, todos los preceptos, se reducen al amor á Dios y al prójimo, de suerte, que quién ama á Dios y al prójimo, amores inseparables uno de otro, cumple toda la ley del Decálogo. Esto basta, para que el cristiano se salve y sea piadoso; mas no es suficiente para que sea Santo, según el sentido común ó modo de hablar. Para llegar á la santidad es preciso, que el amor á Dios y á los hombres se manifieste por medio de ciertas acciones superiores al común modo de obrar de los cristianos, tal vez extrañas según el parecer humano, pero

sublimes consideradas á la luz de la fé y dotadas de tal belleza moral, que arrebatan la admiración del hombre pensador.

La acción, por ejemplo, de San Juan de Dios, de lamer las llagas de los leprosos por amor y humildad; la de Santa Isabel de Hungría, de beberse el agua inmunda con que había lavado á un leproso; la de San Pedro de Alcántara, de arrojarle á un estanque de agua helada en el rigor del invierno, para combatir una tentación carnal con que el demonio le molestaba; la de Santa Teresa, finalmente, de ir cargada con un ceñón, lleno de piedras andando con piés y manos, diciendo sus culpas á todas sus Monjas; y otras muchas acciones notables de varios Santos, que pudieran citarse, parecerán incensatas y extrañas á los ojos de los hombres, pero aparecen grandes, hermosas, sublimes, ante los ojos de Dios; pues son prueba del gran dominio que esos bienaventurados tuvieron sobre sus sentidos.

El amor que tales acciones produce, es precisamente el manantial secreto de la santidad. Pero esta santidad tiene diversos grados, porque el amor de donde procede no tiene límites, como tampoco los tiene el

término hasta donde puede llegar; por lo cual nos dijo Jesucristo: «Sed perfectos, como lo es, vuestro Padre celestial.» De aquí, pues, el que en la escala de la santidad, todos podíamos y debíamos ocupar nuestro lugar, que podrá ser más ó menos elevado á medida de nuestros deseos, porque Dios no niega á nadie su gracia para subir por ella; sinó al contrario, nos ayuda y favorece para que subámos; luego, sinó sómos todos Santos, es porque no queremos serlo.

PUNTO SEGUNDO.—Difícil ó imposible, es en verdad, subir la escala de la santidad, si no contamos para ello más que con nuestras fuerzas, bien escasas por cierto; pero facilísimo, es por el contrario, subirla, si acudimos á la fuente inagotable de gracias y bendiciones, Jesucristo Nuestro Señor. El Apóstol de las gentes decía; «que nada podía por su mismo, pero que todo lo podía con el auxilio de Dios.» Otro tanto debemos repetir nosotros. Si nadie hubiese caminado aun por la via ardua de la santidad, con razón podríamos alegar excusas, pero no, que infinitos de nuestros hermanos lo han recorrido con éxito felicísimo y han merecido el titulo de Santos. Apli-

quémonos el argumento que San Agustín se hacía así mismo: al considerar las grandes virtudes de los Santos, solía decir: «Si estos y aquellos, pudieron hacer todo esto ¿porque no he de poderlo yo?» Sí tantos hombres confortados con los auxilios de la gracia Divina y con sus esfuerzos, pudieron llegar á la santidad ¿por que no lo podremos también nosotros? Nunca nos contentémos con una sombra de virtud adquirida, con un poco de bien practicado, pues, como dice el Santo Doctor ya citado: «Debes disgustarte siempre de ser lo que eres, si quieres llegar á ser lo que aún no eres, porque en el momento en que digas, basta, eres perdido.» Así es, verdaderamente, porque dejar de abrigar en nuestro corazón el deseo de agradar á Dios más y más, hasta donde alcancen nuestras fuerzas, equivale á renunciar á las gracias que tan amorosamente nos ofrece el Señor y á la gloria más ó menos alta, con que El nos convida.

PUNTO TERCERO.—Aplicando á Santa Teresa de Jesús, esta idea de la santidad, podemos decir, que la poseyó en un grado eminente y sublime, asemejándose á Jesucristo todo cuanto puede asemejarse la

criatura humana. En la santidad no tuvo límites, pues, llegó á ser acabado modelo de Santas. Ella, se distinguió notablemente en el amor á Dios y á los hombres, de tal modo, que mereció el sobrenombre de Seráfica. Ella, sobresalió también en todas las demás virtudes, como hemos ido viendo en el trascurso de este mes. Ella, obró numerosísimos milagros en vida y después de muerta. Ella, con su vida, sirvió de ejemplo á numerosísimas almas. Ella, en fin, asombró á su siglo y á los que le sucedieron y asombrará á los venideros, dejando un rastro luminoso por el mundo, como señal de su paso por él. ¡Dichoso el que vivió en su época y tuvo la ventura de conocerla y tratarla! ¡Felicísimos los que siguieron sus huellas! Los Santos que la han sucedido, la han amado é imitado y sus lenguas se han deshecho en alabanzas de sus virtudes. La Iglesia con inusitada pompa y alegría la canonizó, y desde entonces todos repiten entre sus oraciones el nombre de Teresa, considerándola como la mejor Protectora, y Abogada, por la poderosa intercesión que tiene con Dios, efecto de sus grandes merecimientos.

OBSEQUIO.—Rezémos tres Padre nuestros, Ave Marias y Gloria Patri, en honor de la santidad de Teresa de Jesús.

JACULATORIA

¡Oh Santísima Teresa! ayudádme á hacerme Santo.

EJEMPLO

En el Convento de San José, de Salamanca, una Hermana llamada Ana de la Trinidad, de la Orden del Cármen, estuvo padeciendo de un fuertísimo dolor en el corazón, que no le dejaba respirar; pusiéronla las Monjas un pañito tocado al cuerpo de la Santa y al punto empezó á mejorar de tal modo, que á las pocas horas quedó curada por completo, sin que jamás la volviera el dolor. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Nunca muestre devoción de fuera, que no haya dentro; pero bien podrá encubrir la indevoción.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por

la sublime santidad á que llegásteis y por la gloria que en premio de ella gozáis en el cielo; os suplico Santa amadísima, me mireis con benignos ojos y os compadescáis de mi flaqueza, pidiendo al Señor derrame sobre mi alma su gracia, para que con ella pueda imitaros y después gozar con vos de la bienaventuranza eterna. Amén.



DÍA VEINTISEIS

LECTURA PARA ESTE DÍA

De las gracias sobrenaturales, que de la Bondad Divina recibió, Santa Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO — Cuando un alma sobresale en perfección y santidad de entre las demás, y quiere Dios, en su alto juicio, darla á conocer á su Iglesia para que sirva de mayor gloria suya y ejemplo á los fieles; pone en ella, á más de las gracias naturales que dá á todo criatura en mayor ó menor grado, otras muchas gracias sobrenaturales á que llaman los Santos Doctores, «*gratis datas*,» las cuales vienen á servir como de pregoneros de las virtudes y santidad de quien las posée; porque como dice Fray Diego de Yepes: «A la manera que la voz es señal de lo que siente el corazón, así lo son estas gracias de la plenitud con que mora el Espíritu Santo en el alma, porque todos son unos arroyos que nacen de él,

unas centellas vivas de su fuego, unas voces que despiertan á los hombres para que busquen á Dios y glorifiquen á sus Santos y un querer dar Dios señales á su Iglesia, de que la persona en quien estas gracias se hallan, la tiene El escogida para ejemplo y dechado de santidad.» Esta es la causa, de que la Iglesia ponga tanto empeño en averiguar los milagros y en conocer las otras gracias sobrenaturales de las personas de heróicas virtudes; para descubrir por aquí su santidad, que aunque no justifican, sin embargo, cuando los milagros se juntan con pureza de vida, son grandes indicios de alma justa y perfecta. Las gracias sobrenaturales que el alma puede recibir de Dios, según San Pablo, son nueve; á saber: gracia de sabiduría, de ciencia, de fé, de santidad, de milagros, de profecía, de discernimiento de espíritus, de hablar lenguas y de interpretación de las Escrituras.

PUNTO SEGUNDO.—Si queremos conocer los excesos del amor con que nos ama el amantísimo Jesús, hémos de poner los ojos en los continuos beneficios que de Él nos vienen; porque es ciertísimo, que cuantos bienes naturales nos concede el Pa-

dre de las misericordias, son otorgados á causa de los méritos de Jesucristo. Muchos son los bienes, que continuamente recibe la criatura de las manos de su Criador y el mayor de todos es indudablemente, habernos sacado de la nada, cuando ha dejado en el abismo de ella á otras criaturas que podría haber criado en vez de nosotros, las cuales quizás le hubieran servido mejor. En lo natural, nos dió un ser poco menos que de Angel, y en lo sobrenatural nos ordenó á un fin que no es menor que el mismo Dios. Nos crió, no, para servir á los reyes de la tierra, cosa que tanto se estima en el mundo, sino para servir al Señor de todo lo criado, al Rey de los reyes, y para verle y participar de su gloria en el cielo; lo cual nosotros no agradecemos como debiéramos, pues, mostrándonos ingratos é indiferentes con Él, no cumplimos con el fin que se propuso al criarnos. ¿Qué Señor hay en la tierra, que tuviera mucho tiempo en su casa á un criado que le sirviera tan mal, como nosotros servimos á Dios? Y Él, no solo lo sufre, sino que pudiéndonos aniquilar y confundir, no lo hace; antes bien, nos sustenta y regala

amorosamente con gracias no solo naturales, sino también sobrenaturales. ¡Cuántos años hace que nos conserva, sufriendo nuestras iniquidades, sin dejarnos caer en aquél abismo de males á que nosotros mismos nos habíamos condenado! ¡Bendito sea Dios! por que con su amor infinito á las criaturas, no solo compensó la gloria que dejarían de darle los hombres, sino que con infinito exceso quedó esta glorificada; pues, solo el dulcísimo Jesús ama á Dios con infinitas ventajas, más de lo que le pueden amar todos los hombres actuales y venideros.

PUNTO TERCERO.—Asi como entre los Ángeles, el que es más aventajado en lo natural, lo es tambien en lo sobrenatural y divino; asi, del mismo modo sucede muchas veces entre los hombres; pues, á quien Dios escoge para más alta gracia y para mayores obras en su servicio, suele conceder más aventajadas gracias en lo sobrenatural, como lo hizo con la bienaventurada Santa Teresa de Jesús, para que en todo fuese perfecta. Tuvo la Santa, las nueve clases de gracias sobrenaturales que hemos mencionado, distinguiéndose muy particularmente en las de santidad, profecía y discreción de espíritus. En

la segunda, se distinguió de tal modo, que el Obispo de Ávila, Don Alvaro de Mendoza, hablando de este dón de la Santa, solía decir: «Si la Madre lo dice, aunque sea imposible, ello se hará.» También acreditan con su palabra, lo favorecida que fué Santa Teresa, con el dón de profecía, el Padre Doctor Rivera, contemporáneo suyo, y el Obispo de Surgento, en el libro que escribió sobre la falsa y verdadera profecía. Con respecto á su discreción de espíritus, el Venerable Fray Diego de Yepes, Obispo de Tarazona y confesor suyo, dicé en el libro de su «Vida,» que cuando iba á verla, según la disposición en que se hallaba, sabía lo que la Santa le había de responder, y así la dijo un día: «Madre, miedo tengo de hablar con V. R. porque me parece que me entiende el interior, y así, cuando la vengo á ver, me querría primero confesar.» La Santa se sonrió, confesando con un santo y humilde silencio, lo que no se atrevía á negar con la boca. De su sabiduría, santidad, y fé, ya nos hemos ocupado particularmente en tres distintos dias. Restános, pues, hablar ahora, de su ciencia, de sus milagros y del dón de interpretar las Sagradas Escrituras, de cu-

yas tres gracias, dirémos: que su ciencia se descubre en las obras admirables que escribió, dictadas más por el Espíritu Santo que por la mente de una mujer sencilla y desprovista de conocimientos filosóficos; que sus milagros fueron muchos, entre los que sobresalen, la resurrección de un sobrino suyo, el dar vista á un ciego, curar á muchísimos enfermos, con solo poner su mano sobre ellos, y el de proveér prodigiosamente á sus monjas del convento de Villanueva de la Xara, de harina y demás para el sustento, durante tres dias que se vieron abandonadas de todo recurso; finalmente, de su gracia de interpretar las Escrituras, citarémos, lo que el P. M. Fray Domingo Bañez, decia á una persona grave por su santidad de vida y posición social: «Después que háblo con la Madre Teresa, de algunos pasajes de la Escritura Sagrada, los entiendo muy diferentemente que antes, dándoles inteligencia y sentido muy conformes á la Iglesia y los Santos Padres.» Lo más notable era, que ella jamás había hecho ningun estudio detenido de la Sagrada Biblia, por lo que se vé bien claramente, que el interpretarla fué dón especialísimo con que

Dios la dotó. Podrémos, pues, presentar á Santa Teresa de Jesús, como modelo perfectísimo de santidad, en donde se hallaron reunidas todas y cada una de las gracias naturales y sobrenaturales con que el Señor suele regalar á las criaturas, cuando en su alto juicio así lo créé conveniente para su gloria.

OBSEQUIO.—Rezar un Credo á honra y gloria de la Beatísima Trinidad y en acción de gracias, por los dones tan sobrenaturales con que se digno honrar á Santa Teresa de Jesús.

JACULATORIA

Os doy el parabien, ¡Oh gran Teresa! por tanto como os favoreció el Señor en premio de vuestras virtudes.

EJEMPLO

Cuando murió la Santa, enviáron las religiosas de Alba un poco de su hábito á la madre Ana de Jesús, Priora que era del Convento de Descalzas de Granada. Sucedió, que la Duquesa de Sesa, que residía á la sazón en Barcelona, escribió á la Madre Ana, recomendándola rogase á Dios por D. Juan de Guzmán, Marqués de Ardales que estaba muy enfermo y desahuciado de los médicos, sin esperanza alguna de salud. Respondióla la Madre Ana, envián-

dola dentro de la carta un pedacito de dicho hábito, para que lo pusieran al enfermo. Hizólo así, la Duquesa, y enseguida recobró la salud milagrosamente el Marqués, quedando éste y toda su familia muy devotos y agradecidos á la Santa Madre, é hicieron muchas limosnas á aquél Convento de Granada. (Vida lib. 4.º cap. 3.º)

MÁXIMA

Hacer todas las cosas, como si realmente estuviese viendo á Su Majestad, y por esta vía ganará mucho el alma.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por lo favorecida que fuistéis de Dios, con tantas gracias sobrenaturales que os enaltecieron ante los ojos de los hombres, á la vez que sirviéron para entretejer vuestra corona de gloria; súplicóos, Santa amadísima mía, que me ayudeís, para que todas mis obras sean agradables á Dios y sirvan para honráros; ya que no me es posible pretender, ni las merezco, esas gracias sobrenaturales que Dios concede únicamente á las almas santísimas como la vuestra, en recompensa de sus merecimientos; para que viviendo aquí cristianamente, pueda gozar con Vos algún día de la gloria eterna. Amen.

DÍA VENTISIETE

LECTURA PARA ESTE DÍA

**De la Transverberación del Corazón de Santa
Teresa de Jesús.**

PUNTO PRIMERO.—Entre los fines que tuvo Dios al criar el Sagrado Corazón de Jesús, uno de ellos fué, para proponérselo por idea, modelo y ejemplar de nuestros corazones y para que tuviésemos en sus afectos y sentimientos, un nivel con que regular los nuestros; porque como dijo San León Magno: «Convenía que se juntasen Dios y el hombre en la persona de Cristo, nuestro bien; porque si no fuese verdadero Dios, no podía darnos remedio y si no fuese verdadero hombre, no podía darnos ejemplo ni servirnos de modelo que imitar.» Quiso el Hijo de Dios tener Corazón, para que nosotros copiásemos en el nuestro las virtudes que resplandecieron en el suyo, y tratásemos de imitar á Maestro tan

divino: así vemos, que en la pureza de su Corazón sacratísimo, nos enseña Jesús á tener el nuestro, limpio, puro y libre de terrenos afectos, asegurándonos que solo esto nos hará dichosos y dignos de ver á Dios, que es nuestra bienaventuranza. El Corazón de Jesús, que es modelo de amor, por amar tanto á sus criaturas merece ser amado de ellas, pero no obstante, sólo encuentra en la tierra frialdad é indiferencia. Nosotros debemos amar á Dios por Jesucristo y por su adorable Corazón. ¡Anatéma! dice San Pablo, á quien no ama á Jesucristo. Si posible fuera, deberíamos amarle como El nos amó. Procurémos por lo ménos, que nuestro amor sea firme, eficaz y sincero. El amor, dice la Beata Margarita de Alacoque, no se contenta con un corazón compartido, lo quiere todo ó nada. ¿Quereis saber si amáis de veras á Jesucristo? pues, observad si cumplís fielmente su santa voluntad, regla infalible que Él mismo nos dió; y para cumplirla, bastará, que nos esforcémos en imitar el amor que tuvo á Nuestro Señor la esclarecida Virgen Santa Teresa de Jesús, que fué una de las criaturas que más amaron á Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.—Tan grande

fué el amor, que la Reformadora del Carmelo profesó á Dios Nuestro Señor, que el de ninguna humana criatura podría ser mayor, como hémos visto al tratar particularmente de esta virtud de la Santa. Ahora bien: Dios que nunca deja sin recompensa el amor que le profesan sus hijos, no había de dejar á Teresa sin ella, y así fué, que la colmó de gracias y mercedes, entre las cuales se distinguió muy particularmente, la que conoce la Iglesia con el nombre de la Transverberación de su santo Corazón. La Santa en el libro de su vida, nos la refiere de esta manera: «Quiso el Señor viese aquí algunas veces esta visión; veía un ángel cabe mí, al lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sinó como la visión pasada que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así, no era grande sinó pequeño, hermoso mucho, el róstro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Serafines, que los hombres no me lo dicen, más bien veo, que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros y de otros á otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al

fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con ménos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja el cuerpo de participar algo y aún harto: Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.» Tal es la Transverberación del Corazón de Santa Teresa de Jesús; un prodigio sin igual, en que se descubre patentemente, el amor de Cristo á su sierva y el que ésta tuvo á su Dios.

PUNTO TERCERO.—Después de la muerte de la gloriosa Virgen Carmelitana, sus hijas las religiosas, queriendo venerar particularmente y por separado del santo cuerpo, el purísimo Corazón de Teresa, lo extrajéron de la cavidad de su pecho y lo colocáron en una preciosa urna ó fanal

de cristal y plata, donde actualmente se guarda en el Convento de Carmelitas Descalzas de la Villa de Alba de Tormes, (Salamanca.) Al extraérlo, con admirable sorpresa vieron en el Corazón, una gran herida que cogía de un extremo á otro, y que indudablemente, sería la causada por el dardo del Serafin en el momento de la Transverberación.

Si admirable y asombróso es este prodigio, lo es más aún, el que en estos tiempos Dios está obrando para honrar á su sierva; y que consiste, en el nacimiento de espinas que crécen y se desarrollan en el Santo Corazón de Teresa; el cual, aunque se conserva incorrupto, sin embargo, está seco y enjuto. Las dos primeras espinas se vieron en el año de 1836: en el de 1864 apareció una; en el de 1873 se vió otra; y finalmente, en el de 1875, se descubriéron ónce más; es decir, que en el espacio que media desde 1836 hasta el año presente, han nacido 15 espinas en el Corazón de Santa Teresa. Ahora bien; devotos teresianos, si confrontámos las épocas mencionadas con la triste historia de nuestra pátria y de otras naciones, y con las persecuciones que entonces sufrió la Iglesia de Jesucristo, po-

drémos juzgar acerca de la gran significación de esta maravilla, que indudablemente no es otra, que un aviso de la divina Justicia, á fin de que nos dispongámos á desagraviarla por medio de la oración y de la penitencia, ó que nos preparémos á sufrir el justo castigo que nuestras culpas merecen. El Corazón de Santa Teresa de Jesús; ese Corazón transverberádo por el dardo del Serafin; ese Corazón que tan fuertemente latió siempre por su Dios; ese Corazón que después de tan raro prodigio vivió casi milagrosamente los veintitres años restantes de la vida de la Santa; ese Corazón amoroso que no pudiendo resistir la violencia del amor divino, se consumía y abrasaba de tal manera, que mucha veces estaba á punto de morir, por el sentimiento que le causaba él no morirse pronto, para ir á gozar cuanto antes del objeto divino de su amor; ese Corazón que estando muerto desde hace tres siglos, ha vivido todo este tiempo y vive aún vida sobrenatural; ese santísimo Corazón, en fin, desde la urna de cristal donde se halla encerrado, nos invita á imitarle en el amor á Dios y nos llama amorosamente á penitencia, ya que este es el único recurso, por

medio del cual, puede salvarse el mundo del caos en que está próximo á caer. Oigámos, pues, esta voz cariñosa, amémos á Dios, honrémos á Teresa, procurémos con la oración, librar á nuestras almas de pecado, y así palpitará lleno de alegría dentro de su relicario, el Corazón de la gran Santa Teresa de Jesús.

OBSEQUIO.—Rezémos tres Padre-nuestros, Ave Marias y Gloria patris, en honor del Corazón Transverberádo de Teresa.

JACULATORIA

Transverberádo Corazón de Santa Teresa de Jesús, salvad á vuestra España de todas las malas doctrinas de este siglo.

EJEMPLO

El Prior de San Juan, D. Fernando de Toledo, estando muy enfermo de la gota, mandó á pedir al Convento de las Descalzas de Alba, alguna reliquia de la Santa; las religiosas le enviáron un poco del velo que usó; él se lo puso con gran devoción, y quedó libre de su enfermedad, y fué al Convento á contar á las religiosas este milagro. Quedó,

con esta experiencia y otras que tuvo de la gran santidad de la Madre Teresa, tan devoto suyo, que mandó en su testamento catorce mil ducados para que se pusiésen en renta, y que los réditos se fuesen empleando en los gastos de su Canonización. (Vida lib. 4.º cap. 3.º.)

MÁXIMA

Use siempre el hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma. Haga actos también, de todas las demás virtudes.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; que por el grande amor que profesasteis á Dios, merecisteis fuése transverberádo vuestro purísimo Corazón por el dardo de fuego de un abrasado Serafín; yo os suplico, Santa amadísima mia, pidáis al Señor que transverbere también mi corazón hasta hacerlo arder en llamas del amor divino, y así, pueda luego como Vos, gozar allí en el cielo de las inefables dulzuras que Dios tiene reservadas para los que le áman y le sirven con fidelidad. Amen.

DÍA VEINTIOCHO

LECTURA PARA ESTE DÍA

Del gran provecho que han causado los admirables escritos de Santa Teresa.

PUNTO PRIMERO.—En todos los tiempos, ha suscitado Dios en su Iglesia grandes hombres, los cuales, por medio de la celestial sabiduría con que fueron dotados, han servido como de lumbreras para iluminar muchísimas inteligencias. Los Doctores, San Gerónimo, San Basilio, San Agustín, San Ambrósio, San Atanasio y San Gregorio, en la antigüedad; y Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Sales y San Alfonso de Ligorio, en la edad moderna; són una buena prueba de que en todas las épocas del mundo, floreciéron maestros y columnas de la fé de Cristo, que la defendiéron contra las herejías que trataron de combatirla á la vez que sirviéron de luz y guia en el camino de la salvación eterna, por medio de las

ciencias teológicas y filosóficas. Pero no se había visto nunca, que una muger sin ilustración científica, sin estudios de ninguna clase, llegáse á competir con los más aventajados Doctores de la Iglesia. Esta excepción pasmosa, estaba reservada para Teresa de Jesús, que tanto había de resplandecer en la ciencia infusa ó sabiduría celestial.

Es la ciencia infusa, como una lluvia venida del cielo que cae cuándo le place al Señor, sobre la persona á quien cree digna de tan gran merced; es una sabiduría divina que no se alcanza con industria ni estudio humano; es en fin, una teología que viene de arriba y que solo se aprende en la escuela del cielo, enseñada desde la cátedra infalible de Dios. Llámase también esta ciencia, teología mística y secreta, por que es una noticia de los misterios profundos y secretos de Dios, que no se adquiere por especulación y si, solo, infundida por el Espíritu Santo en el corazón de aquellos á quienes escoje para Maestros y Doctores de espíritu. De esta sabiduría, es de la que hablaba el Apóstol San Pablo, cuándo decía: «Predico una sabiduría misteriosa y desconocida de los sabios del mundo, pero que á mí me la ha re-

velado el Espíritu Santo.»

PUNTO SEGUNDO.—Si empezásemos á enumerar los grandes é infinitos motivos que existen, para considerar á Santa Teresa, como inspirada Doctora é insigne escritóra, nunca podríamos terminar, según nos asegura el inmortal genio Fr. Luis de León, en el prólogo que escribió para las obras de la Santa Madre. Este esclarecido varón, fué gran admirador de la Santa, en cuyo elógio escribió mucho. Admirable es en verdad, Teresa de Jesús, considerada como Doctora Mística, título con que la honró la Santa Sede por la sublimidad de sus escritos teológicos; pues, en ellos se descubre, no solo, la escritóra puramente clásica, sinó tambien, la muger que habla inspirada por Dios, de modo tan profundo y sublime como lo pudiera hacer el mas grande de los Doctores de la Iglesia

Si la considerámos como literáta, la podrémos presentar como modelo, ya por la galanura de su estilo, como por su facilidad, claridad y elocuencia; y así, no es de extrañar, que sus escritos traducidos á casi todos los idiomas de Europa, figúren en primer lugar en las bibliotécas de las personas de letras y aficionadas á la buena literatura; aunque las obras de Santa Teresa, más bien

que el literato, debe leerlas el cristiano, debe leerlas el que conserva en su corazón encendida la antorcha de la fé, y debe leerlas por último, el que desée unirse íntimamente con Dios por medio de la oración, camino único que á Él puede conducirle; pues, que para estas tres clases de personas, es principalmente, para quienes las escribió la Santa Madre por inspiración divina.

PUNTO TERCERO.—Si los ángeles hablásen á los hombres, dice el célebre escritor Mayans, no hablarían otro lenguaje que el que usa Santa Teresa en sus escritos. Nadie los lee; decía el Venerable Palafox, que no busque luego á Dios. La dulzura de su lenguaje sencillo á la par que sublime, que si bien no regala el oído por sus escogidas y variadas frases, lo regala por su estilo humilde, seráfico y lleno del amor sacrosanto de Dios, que impresioná vivamente el espíritu del lector y atrae sobre éste, gran provecho espiritual, porque le hace amar y desear la virtud; como repetidas veces la experiencia lo ha demostrado. Todo el que há leído las obras de Santa Teresa, ha sentido enseguida mejorado su espíritu en gran manera, pues, como

dice la Sagrada Rota: la doctrina celestial de sus escritos, escitan sobremanera los corazones de los fieles al deseo de las cosas del cielo; por eso la Iglesia, en la oración propia del oficio de la Santa, nos invita amorosamente á pedir á Dios que nos conceda la gracia de nutrir nuestra alma con el pasto de su celestial doctrina.

El provecho que han causado en el mundo, los escritos de Santa Teresa, ha sido siempre muy grande; por ellos, muchos han recibido grandes beneficios, algunos se han convertido, otros han mudado de costumbres, no pocos han tomado el estado religioso, y todos los que se han dado á su lectura, como lo hayan hecho con el deseo de aprovecharse, han llegado á tener oración mental, que es camino muy seguro para el cielo, como decía la Santa Madre: hasta se han dado casos, de que muchas personas con solo leer algún capítulo de sus libros, encomendándose al mismo tiempo á la Santa, han alcanzado singulares gracias temporales como la salud y otros beneficios.

Santa Teresa al escribir sus libros, no lo hizo por vanagloria y presunción, sinó por cumplir con el precepto de obediencia

que la impusieron sus Confesores y Prelados; especialmente, Fray García de Toledo, de la Orden de Predicadores, su confesor, que se lo exigió por santa obediencia. Primeramente escribió su vida, que entregó á Fray García, suplicándole con el mayor encarecimiento, que después de leida la rompiese, como hubo de prometérselo, aunque no lo cumplió afortunadamente, por haber quedado edificado con su lectura y asegurado de la gran santidad de Teresa. Mas tarde, también por obediencia, escribió la Santa los libros llamados «Camino de perfección,» «Castillo interior» y las «Moradas,» así, como el libro de las «Fundaciones de las Hermanas Descalzas de Nuestra Señora. del Cármen,» que lo compuso á instancias del Padre General de la Orden Carmelitana, con objeto de que sirviéra de norma y Regla para sus monjas; si bien encargó mucho, que quedásen todos estos escritos en el mayor secreto y dentro de las Comunidades únicamente; lo que se llevó á efecto hasta la muerte de la Santa Madre, que entonces fueron publicados: porque el Señor que sabía el gran bien que su lectura habría de producir en las almas, no quiso que estuviese oculto por

más tiempo este tesoro, sinó que sirviéra de gloria á Dios, que los inspiró; de honra á la Santa, que los escribió; y de provecho espiritual á las almas que quisiésen nutrirse con el pábulo de la celestial doctrina en ellos contenida. Hagámoslo así tambien nosotros, y por experiencia propia verémos, el gran provecho que causan al alma los sublimes y nunca bien ponderados escritos de la Santa de nuestro corazón.

OBSEQUIO. — Leámos frecuentemente los escritos de Santa Teresa; y por lo menos hoy, en honor de la Santa, leámos un capítulo de cualquiera de sus Obras.

JACULATORIA

Doctora iluminada Santa Teresa de Jesús, iluminad mi entendimiento, y guiadme por el camino de la perfección.

EJEMPLO

Antonio de la Cuesta, vecino de Sevilla, padeciendo durante largos años una grave enfermedad del estómago y viéndose desahuciado de los médicos, púsose sobre él con gran devoción, una partícula de la sábana que usó Santa Teresa; y desde aquel momento, cesáron sus padecimientos y no volviéron á repetirle. (Vida lib.^o 4.^o cap.^o 3.^o)

MÁXIMA

La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre.

ORACIÓN


Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; sapientísima en la ciencia de los Santos, por la doctrina celestial que nos dejásteis en vuestros sublimes escritos; os suplico, Santa mía, que nos alcancéis del Señor, luz para entenderlos bien, á fin de que nos aprovechemos de las amorosas enseñanzas en ellos contenidas, seguir el camino de perfección que nos trazáis, y gozar con Vos de la divina presencia en las moradas eternas. Amén.



DÍA VEINTINUEVE

LECTURA PARA ESTE DÍA

**Del glorioso tránsito á los cielos de Santa
Teresa de Jesús.**



PUNTO PRIMERO.—La muerte, es el tributo que todas las criaturas tenemos que rendir al Criador; lo mismo el rico que el pobre, el soberano que el vasallo, el Pontífice que el último fiel de la Iglesia, todos absolutamente todos, estamos sujetos á la muerte, que más ó ménos tarde termina nuestra existencia corporal en esta vida. El mismo Hijo de Dios nos dió el ejemplo, muriendo por nosotros en el afrentoso patíbulo de la Cruz, y su Madre Santísima la Virgen María, también murió. En calidad de pecadores, estamos todos condenados á la muerte; en calidad de cristianos, debemos prepararnos á una muerte santa: todos los días corremos hácia este último término, y cada día puede ser para nosotros, el último de nues-

tra existencia. En la necesidad que tenemos todos de morir, no nos queda otra cosa que hacer, sino el someternos y disponernos para que esta muerte sea preciosa á los ojos de Dios. No debiéramos tener ningún apego á la vida, porque el peligro en que continuamente estamos de ofender al Señor, debería bastarnos para desprendernos de ella, hacernos desear la muerte y recibirla con alegría por la esperanza de ir pronto á reunirnos para siempre con Dios. No es, pues, la prolongación de la vida, lo que debémos desear en este mundo; la gracia que hémos de pedir á Dios, es, la de terminar nuestra existencia en su divino amor. Nuestro único deseo, debe ser, por tanto el del Profeta David: «que mi alma muera con la muerte de los justos.» Para conseguir esta gracia, procurémos en lo sucesivo vivir la vida de los justos, porque de esta y no de otra manera es, cómo podremos alcanzar una muerte santa y dichosa.

PUNTO SEGUNDO —Fatigada ya Teresa, por sus achaques, su avanzada edad y los trabajos que padeció en sus fundaciones; en el año de 1582 quiso retirarse á su Convento de Ávila, desde Burgos donde

se encontraba; y así, se puso en camino para la ciudad que la vió nacer. Llegando á Medina del Campo, encontróse con el Padre Provincial de su Orden, que lo era entonces Fray Antonio de Jesús, el cual á la sazón se hallaba en aquella villa, girando una visita á los Monasterios de la Descalzés.

El Provincial, después de oír el deseo de la Santa, la dijo que era gusto suyo que marchase á Alba de Tormes para complacer á la Duquesa de Alba, doña María Enríquez, que hacía tiempo deseaba tener en su villa á la Santa Madre. Esta, obedeció con gusto á su Prelado, aunque contrariando sus deseos, y tomando el camino de Alba, llegó allí el día de San Mateo Apóstol, á las seis de la tarde. Recibiéronla sus hijas y la Duquesa con gran reverencia y devoción, tomando su bendición y besando su mano. Estaba la Santa muy cansada y fatigada del camino, porque hacía dos días que se sentía enferma con calentura, y así, se acostó enseguida, diciendo á sus hijas: «¡Oh, váleme Dios, hijas, y que cansada me siento; más ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora; ¡bendito sea Dios! que he caído mala entre ellas.» Al siguiente

día por la mañana, pudo levantarse, oír Misa, y comulgar con gran devoción y espíritu. Así estuvo ocho días, acostándose y levantándose, en los cuales á pesar de la flaqueza y debilidad propia de la enfermedad, no dejó de comulgar uno solo, según la costumbre de toda su vida; hasta que el día de San Miguel, 29 de Septiembre, se sintió tan llena de dolores y abatimiento, que se quedó en cama para ya no levantarse más. La Santa conocía perfectamente que su hora era llegada, pues, hacía más de ocho años que el Señor la había revelado al año en que había de morir, y aunque no sabía ni el mes, ni el día en que había de ser, al verse tan abatida, comprendió perfectamente que de aquella enfermedad sería. Tres días antes de su muerte, envió á llamar al Provincial (que había ido con ella á Alba) para que la confesáse, y después de haberlo hecho, dirigiéndose á sus Monjas, las dijo: «Hijas mías y Señoras mías, perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado la Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con

mucha perfección y obedezcan á sus superiores.»

PUNTO TERCERO. Después que hizo su confesión la Santa Madre, recitó infinidad de oraciones y pasó toda aquella noche en dulcísimos coloquios con Jesucristo, repitiendo amenudo, estas palabras: «¡Oh Señor mío y Esposo mío, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mío, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena y cumplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro y mi alma goce en unión con Vos, de lo que tanto ha deseado.» La víspera de San Francisco de Asis, ó sea el 3 de Octubre, á las nueve de la noche, á petición suya, recibió el Santísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, con gran veneración y consuelo; arrebatando lágrimas á sus hijas, que veían como se iba apagando la preciosa existencia de su tan amada Madre. Después del Viático, recibió la Extremaunción: mientras el Sacerdote la ungió con el Oleo Santo, ella rezaba salmos y respondía á los préces que el Ministro de Dios pronunciaba. Después que recibió este último Sacramento, el Padre Provin-

cial se acercó á la cama de la Santa Madre y la preguntó si quería que la enterrásen en Alba ó que llevasen su cuerpo á Avila, en el caso de que Dios la llevase consigo de aquella enfermedad. La Santa, mostrando profundo sentimiento y humildad, contestó de esta manera: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿aquí no me darán un poco de tierra?» Alas siete de la mañana del día 4 se abrazó á un Crucifijo, se volvió de un lado de la cama y quedó como muerta, toda absorta en Dios, con el rostro hermoso y encendido, como sí ya vislumbrára la gloria de que tan pronto iría á gozar. Estuvo en este éxtasis catorce horas y cuando volvió en sí, muchas de las religiosas allí presentes, vieron á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen y á San José, que á la cabecera de la cama, ayudaban á bien morir á la Santa. La Madre Catalina de la Concepción, que era su enfermera, vió que entraba por la puerta de la celda, como una procesión de muchas personas vestidas de blanco y muy resplandecientes, que se acercaban también á la Santa, y entendió que eran los diez mil Mártires, á quien ella profesó siempre tiernísima devoción, los cuales venían á

recoger su alma. Otra religiosa, vió salir de su boca una paloma blanca en el momento que espiró, que fué á las nueve de la noche de un jueves, cuatro de Octubre, fiesta de mi S. P. San Francisco, del año 1582; siendo Pontífice, Gregorio XIII y Rey de España, Felipe II el Prudente. Contaba la Santa, sesenta y siete años, seis meses y siete días; de los cuales, cuarenta y siete años, vivió en la Religión del Cármen, repartidos así: veintisiete en la Encarnación en Avila, y los veinte restantes en la observancia de su Reforma. Tal fué, el glorioso tránsito á los cielos de la esclarecida y bienaventurada Virgen Santa Teresa de Jesús.

OBSEQUIO.—En memoria del glorioso tránsito de Teresa, rezémos tres Padres nuestros, Ave Marías y Gloria Patri.

JACULATORIA

Alabado sea por siempre ¡Oh Teresa! vuestro glorioso tránsito á los cielos.

EJEMPLO

Doña Juana Pacheco de Mendoza, Duquesa de Peñaranda, padecía de la garganta hacía más de un año, y como viéra que ningún remedio humano la

curaba, se encomendó á Santa Teresa y pidió al Padre Prior del Monasterio de Manresa, un poco de la camisa que usó la Santa Madre, que allí se veneraba. Dióselá el Padre, pusóselá, y á los pocos días quedó completamente sana, sin que jamás la volviera á molestar esa afección. (Vida libro 4.^o cap.^o 3.^o)

MÁXIMA

Acuérdese que no tiene más que una alma, ni ha de morir mas de una vez, ni tiene mas de una vida breve, y una que es particular: ni hay más de una gloria, y ésta eterna, y dará de mano á muchas cosas.

ORACION

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús: por la felisísima hora en que vuestra purísima alma, rompiendo las cadenas que la sugetaban á vuestro cuerpo santo, salió triunfante de este mundo acompañada de Jesucristo, de su Madre Santísima, del glorioso San José y de los diez mil Mártires; para remontarse al cielo á ocupar el sólio de gloria que Dios os tenía preparado; os suplico, me alcancéis del Señor, una muerte santa, para que como la vuestra, vaya mi alma á gozar de Dios por eternidades en la gloria. Amén.

DÍA TREINTA

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la sublime gloria que goza en el Cielo, la
Virgen Santa Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO. — «Si consideramos, carísimos hermanos,» dice San Gregorio Magno, «cuales y cuán grandes cosas se nos prometen en el cielo, vilísimas parecen las que hay en la tierra. Si comparamos los bienes terrenos á los celestiales, antes que alivio son un peso importuno. Esta vida confrontada con la eterna, más que vida es muerte. Y en verdad, ¿qué lengua es capaz de expresar, ni entendimiento capaz de comprender, cuántos y cuán grandes son los goces de aquella vida sobrenatural? ¡Vivir entre los coros de los ángeles, asistir con aquellos beatísimos espíritus á la gloria del Criador, contemplar cara á cara el Rostro divino, ver aquella luz incircunscrita, y no temer ya más á la muerte.

antes bien, gozar de una vida eternamente dichosa! ¡Ah! que al oír tales cosas, nuestra alma se enciende en vivos deseos de poseérlas sin tardanza, y quisiera ya verse en aquella dichosa Mansión, en donde espera gozar eternamente.» ¡Qué palabras tan hermosas son estas, y cuanto nos deben animar á enmendarnos, para aspirar á esa bienaventuranza que con tan bellos colores nos pinta el Santo Pontífice! A nuestro alcance podemos decir que tenemos, ese reino de felicidades. Nuestras acciones en esta vida son las que pueden darnos su posesión ó las que pueden privarnos de él; de nosotros únicamente depende el poseerlo, tanto más fácilmente, cuanto que en aquella dichosa patria hay muchos tronos, unos mas elevados que otros, hasta llegar al Trono del Altísimo: es decir, que en cielo, la gloria es, según el mérito que se ha contraído en este mundo, y así, cada paso que dá el justo en el camino de la virtud, es un nuevo escalón de gloria que sube. No debémos nunca, pues, detenernos en el camino de la perfección, porque solo adelantando en él, es como podremos ir á ocupar un lugar en el cielo; por el contrario, aquel que dice: «me

basta salvarme, bástame entrar en la gloria;» ese, está en gran peligro de no entrar jamás.

PUNTO SEGUNDO.—Santa Teresa de Jesús, que en vida había dado señales evidentes de la gloria que Dios la tenía aparejada en el cielo, en premio de sus virtudes; tenía que darlas también después de su muerte, para anunciar al mundo que se hallaba ya en posesión de ella; y así, quiso el Señor, que después de su tránsito, despidiese su santo cuerpo un olor fragantísimo que se comunicase á todo lo que á ella había pertenecido, como ropa, muebles, libros, etc. Tres siglos han trascurrido desde que murió la Santa, y aún se aspira esa hermosa fragancia en su santo cuerpo, que se conserva incorrupto y fresco como en el día de su muerte; milagro patente y constante con que Dios ha querido dar á conocer á las generaciones todas, la gran santidad de Teresa y la sublime gloria de que goza su bendita alma en la eterna bienaventuranza.

Muerta la Santa Madre, las religiosas del Monasterio de Alba, comenzaron á venerar su cuerpo y reliquias, y las besaban devotamente: todo lo que á ella había pertenecido lo guardaban como un tesoro y

como instrumentos por los cuales fundadamente esperaban, que Dios había de obrar maravillas para honrar á su sierva, como así sucedió, efectivamente. Repartiéron sus vestidos con grande devoción por los Monasterios de Monjas y Padres de la Descalzés. Diéron al Padre Provincial el hábito, por el cual el Señor obró un milagro, luego que fué llevado á Medina del Campo. El Padre Fr. Agustín de los Reyes, Rector del Colegio de Descalzos de Salamanca, llevóse á su Convento un pedazo de túnica interior. Al Convento de Padres Descalzos de Madrid se mandó la capa que usó la Santa, que aún se venera allí con gran devoción; y así se fué repartiendo lo demás de su uso, entre los Conventos de la Orden y otras personas piadosas. Dios, en todo tiempo ha obrado y sigue obrando todavía, grandes milagros por medio de esas santas reliquias de su Sierva, lo que ha hecho acrecentar mucho la devoción á esta insigne Virgen Carmelitana.

PUNTO TERCERO.—Después que la Santa partió de este valle de lágrimas, se ha aparecido á muchas personas, ya religiosos de ambos sexos, ya seglares, pero

todas ellas de gran fama en virtudes; y se les ha mostrado llena de resplandor y hermosura, para manifestar sin duda la sublime gloria de que goza en los cielos. La mayor parte de las que han tenido esta inefable dicha, han sido Preladas y compañeras de la Santa Madre y de las primeras fundadoras de su Orden, verdaderas hijas é imitadoras de su espíritu. La primera vez que la Santa se apareció, fué el mismo día de su entierro, durante el cual se mostró á la Madre Catalina de Jesús, fundadora del Convento de Veas, mujer de gran santidad y heróicas virtudes, cuya vida escribió la misma Santa en el libro de sus fundaciones. Yendo la Madre Catalina á comulgar aquel día, se la apareció Santa Teresa, y la dijo, que se iba á la gloria á gozar de Dios y que no tuviese pena, porque más ayudaría á la Orden desde la otra vida, que desde ésta. Cayó enferma esta religiosa poco tiempo despues; y estando allí el Padre Provincial, Fray Gerónimo de la Madre de Dios, supo la muerte de la Santa Madre, pero no se la quiso comunicar á la enferma por no entristecérla; más como ésta advirtió que el Provincial estaba triste, le dijo: «Esta V. R. triste por la muerte

de nuestra Madre Fundadora, Teresa de Jesús, pues, yo, yá la sabía y no tenga pena de nada.» y enseguida le contó la aparición que tuvo. No solo se ha aparecido la Santa Madre á sus hijos é hijas, sino tambien á otras muchas personas. El Conde de Triburcia, Caballerizo de la Emperatriz, hermana del Rey Felipe II, estando muy enfermo, vió á Santa Teresa acompañada de muchas religiosas, y quedó sano. Tambien se apareció la Santa, á la Condesa de Osorno y á Teresa Láiz en Alba; á un mercader llamado, Pedro Juan Casademonte, en Zaragoza; y á otras muchas personas en Segovia, Alba, Avila, Granada, Villanueva de la Xara y en otros diferentes pueblos, en que por haber fundado la Santa Madre, como la habían conocido, la profesaban gran devoción. No deben extrañarse de estas apariciones los que hubiesen leído las vidas de los Santos, particularmente las de San Benito, Santo Domingo, San Martín y la de mi Seráfico Padre San Francisco, en las cuales se léen muchas apariciones de dichos Santos á diferentes siervos y siervas de Dios; y sobre todo, no deben extrañarse de ellas, las personas que tengan verdadera fé, pues, que en to-

dos tiempos se ha servido el Señor de este medio para manifestar la santidad de sus siervos.

Por no alargarnos demasiado, omitimos el relato de muchas otras manifestaciones maravillosas, que Dios Nuestro Señor se ha servido hacer, con el objeto sin duda, de que tengámos conocimiento de la gloria que Santa Teresa de Jesús disfruta en los cielos, en premio de sus virtudes; así, como del gran valimiento que con Él tiene tan privilegiada criatura, en favor de los fieles devotos que se encomiendan á su poderosa intercesión y eficaz patrocinio. Para terminar, dirémos, devotos teresianos, con respecto al poder de la Santa, lo que ella decía, acerca de la devoción al Patriarca San José; «qué lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia, cuán gran bien es encomendarse á esta bendita Santa y tenerla devoción.» Acudámos, pues, á ella, en todas nuestras necesidades espirituales y temporales y no dudémos que ha de atender y despachar nuestras súplicas, con más gran bien de lo que nosotros podámos desear y pedir.

OBSEQUIO —Prometámos hoy á la San-

ta, dedicarle anualmente el mes de Octubre, consagrarle los días quince de cada mes y todos los miércoles del año.

JACULATORIA

Que dichoso sería yo, ¡oh gran Teresa! si estuviéramos con Vos en el cielo. Haced, que así sea algún día.

EJEMPLO

Doña Estefanía Valderrábano, muger del Secretario del Prior de San Juan, Don Fernando de Toledo, estaba muy enferma y desahuciada de los médicos; tanto, que recibió la Extremaunción. Envióla una toca de la Santa Madre, Doña Orfila de Mendoza, muger de un sobrino de la Santa, púsose la enferma y quedó al punto libre de su enfermedad. (Vida libro 4.º cap.º 3.º)

MÁXIMA

En cualquier obra y hora, examiné su conciencia, y vistas sus faltas, procure la enmienda con el divino favor; y por este camino alcanzará la perfección.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por todas y cada una de las virtudes con que el Señor os adornó, y por la gloria de que gozáis en el cielo en premio de ellas; os suplico, Santa mía, me alcancéis de Dios, gracia para emprender el camino de la santidad, y una vez emprendi-lo, para que pueda perseverar en él hasta conseguir llegar á la gloria, donde en unión con Vos, adore y alabe eternamente á vuestro dulcísimo Esposo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.



DÍA TREINTAIUNO

LECTURA PARA ESTE DÍA

De la gran devoción que en España y en todas partes se tiene, á Santa Teresa de Jesús.

PUNTO PRIMERO.—Dios, al hacer que floreciesen en su Iglesia los Santos, no solamente ha querido que nos serviésen de modelos y ejemplos dignos de imitar, y de intercesores para con su divina Magestad; sinó que tambien quiso que nosotros les honrasémos quanto nos fuese posible, ya imitando sus virtudes, que es la mejor manera de honrarlos, ya rindiendo culto á sus imágenes, venerando sus reliquias ó tributando honor á su memoria; porque de esta manera se adora, honra y reverencia á Dios, que es quien los hizo Santos, porque sin su gracia y auxilio no hubieran podido llegar á serlo. El culto, pues, que rendimos á los Santos, no es otra cosa que un parabien que les damos y una congratulación que les diri-

jimos, porque el Señor en premio de sus virtudes se ha dignado elevarlos á la alta gerarquía de amigos suyos y poseedores de su gloria, en donde ruegan por nosotros y se interesan por nuestras necesidades espirituales y temporales, interponiendo ante el Señor sus merecimientos, para suplir con ellos lo que falta á nuestra miseria. Este es el gran bien que á nosotros los mortales nos reporta, la felicidad de que gozan esas almas bienaventuradas, tan merecedoras por eso mismo, de toda nuestra veneración, amor y culto. A fuer de agradecidos, estamos obligados á demostrarles nuestro amor y devoción por cuantos medios tengamos á nuestro alcance, siquiera sea en justa compensación á los numerosísimos beneficios de todo género, que por su mediación recibimos continuamente del Todopoderoso.

Si en el cielo los Santos se distinguen, unos de otros, por el mayor ó menor grado de gloria accidental que disfrutan, como justo premio á sus virtudes; no cabe duda alguna, que Santa Teresa de Jesús, que las practicó todas en grado muy heróico, se habrá de distinguir también notablemente de otros muchos Santos, por un elevadísimo grado.

de gloria, como recompensa á sus grandes merecimientos. Pero Dios Nuestro Señor no se concretó solamente á recompensarla en el cielo, sinó que quiso que lo fuese también en la tierra por su Santa Esposa la Iglesia, la cual, desde el momento en que beatificó solemnemente á Teresa, la tributó un fervientísimo culto y una gran veneración, proponiéndola á todos sus fieles hijos como modelo y ejemplar de las más singularísimas virtudes.

PUNTO SEGUNDO.— Desde que se hizo público el milagro de la incorrupción del cuerpo de Santa Teresa, fueron muchísimos los fieles que empezaron á venerar á la Seráfica Madre como á verdadera Santa, rezando oraciones en su honor, besando devotamente sus reliquias y llamándola públicamente la «Santa.» Esto sucedió no solo en España, sino en todas partes del extranjero á donde había llegado la fama de sus grandes virtudes y santidad. Especialmente en Avila, donde nació, Alba de Tormes, donde murió, y en muchas otras poblaciones de ambas Castillas y Andalucía, donde vivió; era verdaderamente grande la devoción que la tenían, ya porque conocían más sus virtu-

des, como porque tampoco ignoraban los muchos milagros con que el Señor quiso honrarla.

En el año de 1591, el Obispo de Salamanca, vista la gran fama de santidad de Teresa, los frecuentes milagros obrados por su intercesión y la devoción que la iban teniendo los fieles de toda España, partió para Alba de Tormes, que es villa del Obispado, con el fin de tomar testimonio de la incorrupción del santo cuerpo, é informarse bien, de la vida, costumbres y milagros de la Santa Madre. Reunió allí á todos los hombres más graves y doctos de España, é hizo una información autorizada por innumerables testigos y por los Teólogos de aquella célebre Universidad de Salamanca, que tenían muchas y fidedignas noticias acerca de la santidad de Teresa. Por mandato del Nuncio de Su Santidad, Don Camilo Gaetano, y á petición del Rey Don Felipe II, se empezó á hacer en el año de 1595, informaciones de las virtudes y milagros de la Virgen Avilesa, para lo cual se enviaron comisionados á todos los pueblos de España en que había estado la Santa ó donde había noticias de ella. Una vez recopiladas todas las informa-

ciones, se enviaron á Roma en el año 1597 acompañadas de una carta del Rey y de la Reina, en que solicitaban del Pontífice la Canonización de la Santa Madre.

En el año de 1602, viendo el Rey Felipe III, (que ya entonces ocupaba el trono) que el proceso de Canonización, no marchaba tan apriesa como había deseado su buen padre, el segundo de los Felipes, porque Su Santidad quería detenerse mucho en él, como asuntos tan graves requieren; escribió al Santo Padre, en unión de la Reina Doña Margarita, de la Congregación de las Iglesias de España, de las Córtes del Reino, del Concilio Provincial de Tarragona, de casi todos los Arzobispos y Obispos de España y representaciones de los Reinos de Aragón, Valencia y Cataluña; solicitando nuevamente la Canonización de la Sierva de Dios. El Marqués de Villena, Embajador de España en Roma, fué el que presentó al Jefe de la Iglesia, la tan autorizada súplica; vista la cual, Su Santidad Paulo V, despues de reunir la Sagrada Congregación de Ritos y de oír su parecer, la beatífico. Más tarde, en el año de 1622, Gregorio XV, la canonizó solemnemente, con gran alegría de toda la na-

ción española, que vió con esto cumplidas, sus más vehementes aspiraciones.

PUNTO TERCERO. — Si grande había sido la devoción que se tributaba á Santa Teresa, antes de ser incluida por la Iglesia en el catálogo de los Santos, imponderable fué el desarrollo que tomó desde la solemne Canonización; pues, muchas personas timoratas que no se habían atrevido á honrarla como á Santa, antes que la Iglesia pronunciase su fallo; una vez que este fué conocido, abrieron sus labios llenos de regocijo, para entonar cánticos de gloria, alabanza y honor á la gran Teresa de Jesús, alegrándose en el Señor porque se había dignado darles una tan insigne Protectora y Abogada. Inmenso fué el jubilo que hubo en España con tal motivo; y como señales de él, se celebraron solemnísimas funciones religiosas y profanas, no solamente en todos los pueblos visitados por Teresa, sinó en todos los demás del Reino. Los Reyes, Príncipes, y Grandes, visitaron su glorioso sepulcro en Alba y se emprendieron numerosas peregrinaciones á los lugares donde nació y murió la insigne Virgen Carmelitana. Muchos Soberanos y Príncipes de Europa, pusieron á

algunas de sus hijas el nombre de Teresa, por devoción á la Santa, y enviaron ricos presentes al Convento de Alba, donde está el santo cuerpo. Las «obras» de la Santa se hicieron tan populares, que apenas había una persona de media instrucción que dejase de leerlas, y así hubo necesidad de traducirlas á todos los idiomas, para que nadie se privase de admirar tanta sabiduría y galanura de estilo, en medio de tanta sencillez y tan celestiales enseñanzas como en ellas se contienen.

Reinando el piadoso Don Felipe III, gran devoto de la Santa Madre, se trató por expreso deseo suyo, de elegirla Patrona de los dominios españoles; más como entonces no estaba todavía canonizada, y si, solo beatificada, se presentaron grandes dificultades por parte de la Santa Sede. Muerto Felipe III, poco tiempo despues de la Canonización, no pudo ver satisfechos sus deseos. El Rey Don Felipe IV, que al heredar de su padre la Corona, herejó tambien la gran devoción á la insigne Virgen Avilesa, agradecido á la protección especial dispensada por la Santa á las armas españolas, en Amberes, Belgica, y en la recuperación de la

ciudad del Salvador, en América; de acuerdo con las Córtes del Reino, declaró solemnemente á Santa Teresa de Jesús, Patrona de las Españas; y con objeto de dar más valor y firmeza á esta declaración, solicitó del Sumo Pontífice Urbano VIII, que la confirmase, á lo cual accedió benignamente Su Santidad, por su Breve de 21 de Julio de 1627, en el que se confirma la elección de Santa Teresa, por Patrona de estos Reinos, sin perjuicio del antiguo Patronato que sobre los mismos, ya entonces tenía, el inclito Apóstol Santiago. En el año de 1812, cuando con motivo de la invasión francesa en nuestra patria, hubo de retirarse á Cádiz el Rey Don Fernando VII, las Córtes allí reunidas, ante aquellas tristes y azarasas circunstancias, imploráron la protección de Santa Teresa de Jesús reconociéndola, como Patrona y Tutelar del Reino.

En estos últimos años, ha tomado gran incremento la devoción y culto á la Santa de nuestro corazón, á lo que han contribuido, la «Asociación de hijas de María Imaculada y Teresa de Jesús» extendida de modo admirable en pocos años por toda España, la «Compañía de Santa Teresa de Jesús» de-

dicada á la enseñanza, y la Revista mensual, titulada: «Santa Teresa de Jesús,» que se publica en Tortosa; todas ellas, grandes obras de celo, llamadas á producir copiosos frutos de bendición y que vienen á formar un verdadero apostolado de la devoción á la Mística Doctora. Finalmente, las peregrinaciones renovadas en los últimos años á la cuna y sepúlcro de Teresa, verificadas con tanto entusiasmo por la España católica, y la celebración del tercer Centenario de su muerte, que en 1882 tuvo lugar en todo el mundo con verdadera pompa y solemnidad, son pruebas más que evidentes, de lo mucho que es amada Santa Teresa de Jesús, y á la par, felicísimos augurios de que Dios se dispone á tender una amorosa y misericordiosísima mirada hácia esta nación, que bien puede llamarse afortunada, porque de su seno brotó, el limpio manantial de inagotable sabiduría, la pura flor de sin igual aroma, la gran heroína, la insigne literata, la Virgen admirable, la gran Santa Teresa de Jesús, su Compatrona, Abogada y Tutelar, á quien todos los españoles debemos profesar amor tiernísimo y rendirla fervientísimo culto, en

justo pago al amor que ella nos tiene y á la protección que continuamente nos dispensa.

OBSEQUIO.—Hagámos hoy el Acto de Consagración á Santa Teresa, que se pone al final de estos ejercicios, el cual fué compuesto por su gran devoto San Alfonso María de Ligorio.

JACULATORIA

¡Oh Teresa bendita! os amo con todo mi corazón y quiero amáros toda mi vida.

EJEMPLO

Una Monja Bernarda del monasterio de San Quirce, de Valladolid, estaba muy enferma con un brazo completamente tullido: oyendo los milagros que Dios obraba por medio de la Santa Madre, y la devoción que en España se la tenía; cobrósele también muy grande, y se encomendó á ella un día estando en el Coro, ofreciéndola algunos votos si la curaba; al instante se halló libre de la enfermedad y salió del Coro dando voces á las demás monjas, para que viesen tan gran milagro; y como la viéron curada, se hicieron todas devotísimas de Santa Teresa. (Vida lib. 4.^o cap. 3.^o.)

MÁXIMA

En tiempo de tristeza y tribulación, no deje las buenas obras que solía hacer de oración y penitencia, porque el demonio procurará inquietarle para que las deje; antes tenga mas que solía, y verá cuán presto el Señor le favorece.

ORACIÓN

Gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús; por el amor y devoción tan grande que siempre os han profesado los españoles, y particularmente, por el aumento que en estos últimos tiempos ha tenido vuestro culto; suplicóos, Santa mia, amparéis benigna á esta vuestra España, la libréis de los males que la amenazan y hagáis que todos nosotros os amemos más y más cada día, para que por vuestro medio sea santificada esta vuestra querida pátria. Amén.



ACTO DE CONSAGRACIÓN

A

SANTA TERESA DE JESÚS

que se ha de hacer

EL ÚLTIMO DÍA DEL MES DE OCTUBRE

¡Oh Seráfica Virgen, amada esposa del divino Verbo, Santa Teresa de Jesús! Yo, N., aunque muy indigno de ser siervo vuestro, animado sin embargo de vuestra bondad y del deseo de servirlos, os elijo hoy en la presencia de la Santísima Trinidad, de mi Angel custodio y de toda la Corte celestial, por mi particular Madre, Maestra y Abogada, después de María Santísima; y propongo firmemente querer siempre servirlos y hacer cuanto me sea posible para que seais servida y honrada por todos. Os suplico, pues, seráfica Santa mía, por la sangre de vuestro divino Esposo derramada por mí, que me recibais en el número de vuestros devotos para perpétuo siervo vuestro. Favorecedme en mis angus-

tias y alcanzadme gracias para imitar desde hoy en adelante vuestras virtudes, caminando por el verdadero camino de la perfección cristiana. Asistidme de un modo particular en la oración, y alcanzadme del Señor este dón tan glorioso, que en Vos fué tan grande; para que amando y contemplando al sumo Bien, no ofenda ni aún ligeramente con mis pensamientos, palabras y obras, vuestros ojos ni los de mi Dios. Aceptad esta pequeña ofrenda en señal de mi servidumbre, asistiéndome en la vida y particularmente en la hora de mi muerte. Amén.

MEMORARE

AL SANTO Y TRANSVERBERÁDO CORAZÓN

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

Acordáos ¡oh gloriosa y purísima Teresa! que jamás se ha oído decir que los que han acudido á vuestro santo, transverberádo y espinado Corazón y han implorado vuestra protección y auxilio, hayan sido desatendidos por Vos: animado yo con esta confianza, acudo también á ese Corazón puro y viviente, el mejor de todos los corazones, después del de Jesús, María y José; y os pido, por el ardiente amor á vuestro divino Esposo Jesucristo, en que siempre se abrasó, por la herida que le causó el dardo del Serafin, y por esas espinas que en él brotan y crécen, como para indicarnos sin duda, que aún muerto y encerrado en esa urna de cristal, todavía sigue amando á Dios, que no desecheis mis súplicas, antes bien; que las acojais benignamente y las presenteis.

¡oh Santísima Teresa! ante el trono del Altísimo, para que sean favorablemente despachadas. Amén.

GOZOS

EN HONOR DE LA

SERÁFICA VIRGEN Y DOCTORA SANTA TERESA DE JESÚS

COMPATRONA DE ESPAÑA

Pues del Seráfico harpón
tu corazón fué pavesa:
*Haz que por Dios, oh Teresa,
arda nuestro corazón.*

Ávila en su clima helado
te dió cuna: ¿quién creyera
que de la nieve naciera
un espíritu abrazado?
Tu apellido hace alusión
á este incendio bien expresa;
Haz que por Dios, etc.

Eres niña y tu amor ciego
hacia el martirio te llama;
no era muy niña la llama
que levantó tanto fuego:
juego fué del Niño amor
con otra niña traviesa.

Haz que por Dios, etc.

Por la fé, en tan tierna edad
quieres morir; pero sé
que no ha de ser por la fé
sino por la caridad:
esa tu ardiente pasión
es de este fuego pavesa;

Haz que por Dios, etc.

Para que todo te cuadre,
logras ser martir ahora
que después serás Doctora
y también Virgen y Madre:
esta es alta emulación
de la celestial Princesa;

Haz que por Dios, etc.

Soberanamente altiva
al monte Carmelo inflamas;
no lo extraño, que las llamas
siempre suben hacia arriba;

de nuevo Vesubio son
los volcanes que represa;

Haz que por Dios, etc.

Viendo que en él no tropieza
tu ardimiento soberano,
piensas que el monte está llano
y le añades aspereza;
con eso á su elevación
trepas tu ardor más aprieta;

Haz que por Dios, etc.

A tus hijas casas funda
la Corte, el pueblo y ciudad;
¡oh santa virginidad
divinamente fecunda!
Toda piadosa afición
en amarla se interesa;

Haz que por Dios, etc.

Quitóte el amor la vida
suavemente tirano
y te dió muy de antemano,
para matarte, la herida:
era tu respiración
para un golpe mucha empresa;

Haz que por Dios, etc.

En la urna de cristal

donde está tu corazón,
causa la palpitación
continua gota coral:
quiere romper la prisión
por irse á la Sacra Mesa;

Haz que por Dios, etc

Pues del seráfico harpón
tu corazón fué pavesa;

*Haz que por Dios, oh Teresa,
arda nuestro corazón.*

ANTÍFONA

Sancta Mater Teresia, respice de cœlo,
et vide, et visita vineam istam, et perfice
eam, quam plantavit dextera tua.

Ÿ. Ora pro nobis, Sancta Teresia á Jesu.

Ŕ. Ut digni efficiamur promissionibus
Christi.

OREMUS

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut, sicut
de beatæ Teresiæ Virginis tuæ, festivitate
gaudemus, ita cœlestis ejus doctrinæ pabulo
nutriamur, et piæ devotionis erudiamur affec-
tu. Per Christum Dominum nostrum, Jesu-
christum filium tuum, qui tecum vivit et
regnat in unitate Spiritu Sancti, Deus, per
omnia sæcula sæculorum. Amén.

HIMNO

A

SANTA TERESA DE JESÚS



CORO

*Gloria, gloria sin fin á Teresa,
Que de Cristo vindica el honor,
Y á su grey de dolores opresa
Le devuelve paz, dicha y amor.*

ESTROFAS

Grandes hechos, gigantes hazañas
Esclarecen la tierra española,
Más su honor máspreciado en tí sola
Há cifrado, ó Teresa inmortal.
Astros ricos de lumbre y de gloria
En su cielo radiar vió Castilla,
Más que todos hay uno que brilla,
Y es Teresa tan gran luminar.

«Velarás por mi honor que es el tuyo»
A Teresa el Señor dijo un día,

Viendo al mundo que ciego se hundía
En las cimas que abriera Satán
Y Teresa á la voz de su Esposo
Se levanta y con brazo gigante
«¡Atrás!» dice, al ruin protestante...
Y á la España no osó mancillar.

De Jesús los altares sagrados
El hereje en escombros convierte
Deseando en tinieblas de muerte
A la tierra otra vez sumergir;
Más Teresa, de celo abrasada,
Siembra el mundo de templos y altares.
Donde á Cristo se elevan cantáres
De alabanza y de gloria sin fin.

De su pluma sin par brota un río
De sublime, inspirada doctrina,
Que las nieblas del alma ilumina
Con segura y clarísima luz:
Con su ayuda elevar podrá el alma
De «Morada» en «Morada» su vuelo
A la cima del Monte Carmelo
Que cultiva el divino Jesús.

El amor en que siente abrasarse
Y la ausencia de Dios, que la oprime
Enardecen su mente sublime,

Y una cítara de oro empuñó.
De deleite y asombro embargados,
Sus cantáres los hombres oyeron,
Los querubes sus arpas rompieron
Y á su esposa, Jesús sonrió

Apoyada en el brazo potente
De su Dios que la esfuerza y ayuda,
En hollar animosa no duda
Del infierno y del mundo el poder,
Al sentir soberanos alientos
Agitando su pecho, Teresa,
Por menguada desprecia la empresa
Que no es alta, imposible tal vez.


Flor celeste entre mil escogida
Tanta gracia y perfume atesora
Que la llaman gentil «robadora,»
«De las almas» que á ver acerto.
En su hechizo y donaire cautivos
Mil y mil corazones se vieron,
Y sus redes de amor bendijeron
Siendo redes tendidos por Dios.

Orgullosa estar puede la España,
De tener á tan grande Heroína,
Ante quien toda frente se inclina
Por sus luces, virtud y beldad.

Si olvidando la España á Teresa
Los laureles ajó de su historia,
Aún le esperan jornadas de gloria
Desplegando su enseña triunfal

Con ferviente entusiasmo la aclaman
Donde quiera por Madre y Patrona
Y la ciñen radiante corona
Las doncellas del suelo español:
Al olor de sus suaves perfumes
Ván en coro pisando sus huellas
Y Teresa inspirando vá en ellas
Su pureza y seráfico amor.

*Gloria, gloria sin fin á Teresa,
Que de Cristo vindica el honor,
Y á su grey de dolores opresa
Le devuelve paz, dicha y amor.*



VERSOS

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

NACIDOS DEL FUEGO DEL AMOR DE DIOS QUE EN SÍ TENÍA

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión,
Del amor en que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Más causa en mi tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida

Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza
Vivo, de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte dó el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta;
Mira que solo te resta,
Para ganarte, perderte:
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva,
Muerte, no me seas esquiva:
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,

Sinó es perderte á tí
Para mejor á él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á él solo es al que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aún de alivio no carece;
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquésta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero.



OFRECIMIENTO

que de sí, hacia à Dios, Santa Teresa de Jesús.

*Vuestra soy, para Vos naci,
¿Qué mandais hacer de mí?*

Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena á el alma mía;
Dios, un sér, bondad y alteza,
Mirad la suma vileza
Que hoy os canta amor así,
¿Qué quereis Señor de mí?

Vuestra soy, pues me criásteis,
Vuestra, pues me redimísteis,
Vuestra, pues que me sufrísteis,
Vuestra, pues que me llamásteis,
Vuestra, pues me conservásteis,
Vuestra, pues no me perdí,
¿Qué quereis hacer de mí?

¿Qué mandais, pues, buen Señor
Que haga un tan vil criado?
¿Cuál oficio le habeis dado

A este esclavo pecador?
Veísme aquí, mi dulce amor,
Amor dulce, veísme aquí;
¿Qué mandais hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí,
¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida;
Dad salud ó enfermedad,
Honra ó deshonra me dad,
Dadme guerra ó paz cumplida,
Flaqueza ó fuerza á mi vida,
Que á todo diré que sí.
¿Qué quereis hacer de mí?

Dadme riqueza ó pobreza,
Dad consuelo ó desconsuelo.
Dadme alegría ó tristeza,
Dadme infierno ó dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí
¿Qué mandais hacer de mí?

Si quereis, dadme oración,
Sinó, dadme ceguedad,
Si abundancia y devoción
Y sino esterilidad,
Soberana Majestad
Solo hallo paz aquí.
¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor, ignorancia,
Dadme años de abundancia
O de hambre ó carestía;
Dad tinieblas ó claro día,
Resolvedme aquí ó allí;
¿Qué quereis hacer de mí?

Si quereis que me está holgando,
Por amor quiérome holgar;
Si me mandais trabajar,
Morir quiero trabajando,
Decid, ¿dónde, cómo ó cuándo?
Decid, dulce amor, decid.
¿Qué mandais hacer de mí?

Dadme Calvario ó Tabor,
Desierto ó tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa,

Sea yo viña fructuosa
O esteril, si cumple así.
¿Qué mandais hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas,
O de Egipto, Adelantado;
Sea David sufriendo penas,
O David ya encumbrado;
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí,
¿Qué mandais, Señor, de mí?

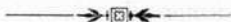
Esté callando ó hablando,
Haga fruto ó no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando;
Esté penando ó gozando,
Solo Vos en mi vivid:
¿Qué mandais hacer de mí?



MÁXIMA EN VERSO

DE LA

SANTA MADRE TERESA DE JESÚS



*Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda;
La paciencia
Todo lo alcanza:
Quien á Dios tiene
Nada le falta,
Solo Dios basta.*

GLOSA

Eleva el pensamiento
Al cielo sube,
Por nada te acongojes,
Nada te turbe.

A Jesucristo sigue
Con pecho grande,
Y venga lo que venga;
Nada te espante.

Ves la gloria del mundo
Es sombra vana,
Nada tiene de estable
Todo se pasa.

Aspira á lo celeste
Que siempre dura,
Fiel y rico en promesas;
Dios no se muda.

Amale cual merece
Bondad inmensa,
Pero no hay amor fino
Sin la paciencia.

Confianza y fé viva
Mantenga el alma,
Que quien cree y espera;
Todo lo alcanza.

Del infierno acosado
Aunque se viere
Burlará sus furores,
Quien á Dios tiene.

Venganle desamparos,
Cruces, desgracias,
Siendo Dios su tesoro;
Nada le falta.

Id, pues, bienes del mundo
Id, dichas vanas;
Aunque todo lo pierdais
Solo Dios basta.

A. M. D. G.

ÍNDICE



Páginas.

A Santa Teresa de Jesús	7
A los devotos Teresianos	11
Mes de Octubre.	19
Acto de Contrición	20
Oración para todos los días del mes. .	22
Oración diaria para terminar el ejercicio.	24
DÍA PRIMERO.—De cuán necesaria es la oración	26
Ejemplo.	31
Máxima y Oración.	32
DÍA SEGUNDO.—Del modo que se debe orar	33
Ejemplo.	38
Máxima y oración	39
DÍA TERCERO.—De la altísima oración que tuvo Santa Teresa	40
Ejemplo.	46
Máxima y Oración.	46
DÍA CUARTO.—De la humildad que tuvo Santa Teresa	48
Ejemplo.	52
Máxima y Oración.	53
DÍA QUINTO.—De la paciencia que tuvo Santa Teresa	54
Ejemplo.	58
Máxima y oración	59
DÍA SEXTO.—De la pureza virginal de	

Santa Teresa	60
Ejemplo.	66
Máxima y oración.	66
DÍA SÉPTIMO.—De la obediencia de Santa Teresa	67
Ejemplo.	72
Máxima y oración.	72
DÍA OCTAVO.—De la pobreza que tuvo Santa Teresa	74
Ejemplo.	79
Máxima y oración.	79
DÍA NOVENO.—De la portentosa peniten- cia de Santa Teresa	81
Ejemplo.	85
Máxima y oración.	86
DÍA DIEZ.—De los grandes trabajos que padebió Santa Teresa.	87
Ejemplo.	92
Máxima y oración.	93
DÍA ONCE.—De la fortaleza y grandeza de ánimo de Santa Teresa.	94
Ejemplo.	98
Máxima y Oración.	99
DÍA DOCE.—De la acrisolada fé de Santa Teresa.	100
Ejemplo.	105
Máxima y oración	105
DÍA TRECE.—De la firmísima esperanza de Santa Teresa.	107
Ejemplo.	113
Máxima y oración.	114
DÍA CATORCE.—De la grande caridad que tuvo Santa Teresa	115

Ejemplo.	122
Máxima y oración.	123
DÍA QUINCE.—De la prudencia singular de Santa Teresa.	124
Ejemplo.	130
Máxima y oración.	130
DÍA DIECISEIS.—Celo que por los intere- ses de Dios tuvo Santa Teresa.	132
Ejemplo.	137
Máxima y oración.	137
DÍA DIECISIETE.—De la sabiduría que tuvo Santa Teresa	139
Ejemplo.	145
Máxima y oración.	145
DÍA DIECIOCHO.—De la sencillez admi- rable de Santa Teresa	147
Ejemplo.	152
Máxima y oración	152
DÍA DIECINUEVE.—De la devoción que tuvo Santa Teresa á su Abogado el bendito Patriarca San José.	153
Ejemplo.	159
Máxima y oración.	160
DÍA VEINTE.—De la tiernísima devoción que tuvo Santa Teresa á la Santísima Virgen María.	161
Ejemplo.	167
Máxima y oración.	168
DÍA VEINTIUNO.—Del ardentísimo amor que á Dios tuvo la gloriosa Virgen Santa Teresa de Jesús.	169
Ejemplo.	174
Máxima y oración.	175

DÍA VEINTIDOS.—Del grande amor que tuvo á la Sagrada Eucaristía, la Virgen Santa Teresa de Jesús.	176
Ejemplo.	183
Máxima y oración.	183
DÍA VEINTITRES.—De la devoción tiernísima que tuvo Santa Teresa á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. .	185
Ejemplo.	192
Máxima y oración.	192
DÍA VEINTICUATRO.—De cuán agradecida fué siempre con quien la favorecía, la Santa Madre Teresa de Jesús.	193
Ejemplo.	199
Máxima y oración.	199
DÍA VEINTICINCO.—De la sublime santidad á que llegó en esta vida, Santa Teresa de Jesús.	201
Ejemplo.	206
Máxima y oración.	206
DÍA VEINTISEIS.—De las gracias sobrenaturales, que de la Bondad Divina recibió, Santa Teresa de Jesús. . . .	208
Ejemplo.	214
Máxima y oración.	215
DÍA VEINTISIETE.—De la Transverberación del Corazón de Santa Teresa de Jesús.	216
Ejemplo.	222
Máxima y oración.	223
DÍA VEINTIOCHO.—Del gran provecho que han causado los admirables escritos de Santa Teresa.	224

Ejemplo	230
Máxima y oración	231
DÍA VEINTINUEVE.—Del glorioso tránsito á los cielos de Santa Teresa de Jesús	232
Ejemplo	238
Máxima y oración	239
DÍA TREINTA.—De la sublime gloria que goza en el cielo, la Virgen Santa Teresa de Jesús	240
Ejemplo	247
Máxima y oración	247
DÍA TREINTAUNO.—De la gran devoción que en España y en todas partes se tiene, á Santa Teresa de Jesús.	249
Ejemplo	258
Máxima y oración	259
Acto de consagración á Santa Teresa de Jesús, que se ha de hacer el último día del mes de Octubre.	260
Memorare al Santo y transverberádo Corazón de Santa Teresa de Jesús.	262
Gozos en honor de la Seráfica Virgen y doctora Santa Teresa de Jesús, Compañera de España.	263
Himno á Santa Teresa de Jesús.	267
Versos de la Santa Madre, Teresa de Jesús, nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía	271
Ofrecimiento que de sí, hacia á Dios, Santa Teresa de Jesús	275
Máxima en verso de la Santa Madre Teresa de Jesús.	279

ERRATAS MÁS NOTABLES

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
13	1	decidóme	decídome
29	20	inegable	innegable
34	5	esteriores	exteriores
36	17	adquiere	adquieren
55	20	necesario	necesaria
56	21	divinos	divinas
60	20	quizo	quiso
64	15	empeñase	empañase
83	9	lo	la
85	20	desauciado	desahuciado
92	5	esclamar	exclamar
95	3	serviera	sirviera
95	12	Veámos	Vémos
104	14	ella	Ella
109	3	contrarestar	contrarrestar
116	24	qu	que
119	1	cua	cual
125	16	a	la
127	25	goznes	gozques
128	12	puede	puedo
132	3	por intereses	por los intereses
133	11	confesionario	confesonario
146	3	quizo	quiso
154	25	supla	suplan

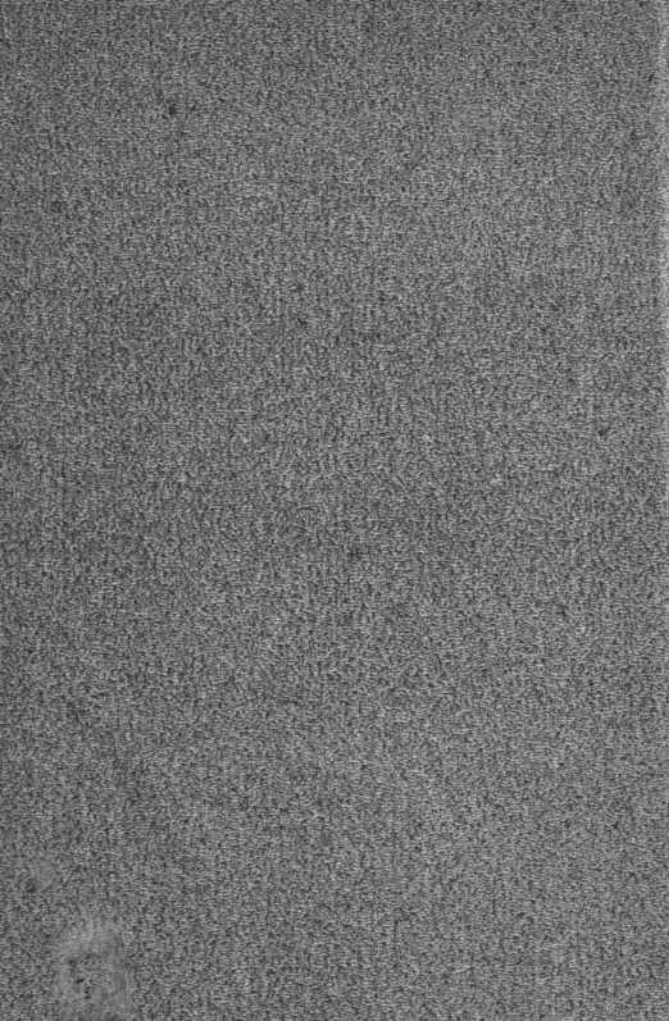
Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
156	20	eligir	elegir
157	7	calidad	calidad
159	11	estenderse	extenderse
160	15	suplicóos	suplicóos
166	23	ella	Ella
168	10	alcanseis	alcanceis
187	18	por que	porque
197	8	lo ocurrió	le ocurrió
204	2	asi mismo	á sí mismo
204	8	por que	porqué
205	10	servió	sirvió
227	20	que impresiona	impresiona
238	11	ventesiete	veintisiete
240	11	paso	peso





Year	Days	Time	Notes
1880	20	10:00	...
1881	2	10:00	...
1882	11	10:00	...
1883	15	10:00	...
1884	22	10:00	...
1885	19	10:00	...
1886	28	10:00	...
1887	8	10:00	...
1888	7	10:00	...
1889	7	10:00	...
1890	10	10:00	...
1891	7	10:00	...
1892	13	10:00	...
1893	13	10:00	...





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	3406	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	96	Precio de adquisición. »
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»

SALCEDO

EL MES

DE

OCTUBRE
